JORGE ONETTI
CONTRAMUTIS



LIBROdot.com
http://www.librodot.co

Esta novela la soñé,
y luego la escribí,
con Andrea durmiendo junto a mí.
Comprended pues,
demonios,
que de algún modo le pertenece.

«No se trata de desear éxitos al agredido,
sino de correr su misma suerte;
acompañarlo a la muerte o a la victoria».

CHE

«Oh, no».

JACQUELINE KENNEDY

Soñó que iban a buscar flores de tilo a lo de Lupo.

El camino escapaba de las casas por un costado. Hacía una ese y, después del puente, moría bajo el pasto, poco antes de la quinta abandonada. Eso lo podía notar claramente. Al mismo tiempo, percibía todo el pueblo como si él fuera un pájaro o una nube.

Su prima, Hilda, traería las flores en un pañuelo de cabeza.

Vio el tilo, a ella y a sí mismo, en una plana perspectiva, superpuestos a la ciudad chata. Un niño les había dado color con lápices de grasa.

De un modo activo, sus padres faltaban. En realidad se habían ido a la capital para que a papá lo operaran. Pero era otra cosa. En el sueño no estaban en absoluto. Habían estado alguna vez sólo para poder ausentarse, entonces, tan intensamente.

Todo quedó quieto como en una estampa. Ahora él sólo podía verse al mirar a Hilda y recoger su mirada. El aroma de las flores bajaba en puntas de pie y saltaba elástico, sorpresivamente.

De todo el sol que había, un rayo le dio en la cara y lo despertó.

Dio vueltas en la cama. Sin haberse recordado aún, salió de su cuarto, caminó entre los ataúdes del corredor y se sentó junto a los pies de Hilda que ya estaba despierta.

Ella se rió al verlo tan dormido: «¿Qué te pasa?»

«Soñé que íbamos a buscar flores de tilo a lo de Lupo».

UNO

Comenzaba la noche cuando el último tren del día llegó a la estación. Se detuvo y luego continuó penetrando la tierra cada vez más y más lejos de la capital, apartándose de la costa.

Sólo un pasajero descendió. Caminó hacia las luces nuevas de los negocios con su cartera de cuero. Sus recuerdos surgían con las primeras estrellas.

Tal vez desde los balcones, desde los negocios desiertos, se lo creyó perdido. Pero la verdad era que se iba encontrando verja a verja, paso a paso.

Allá, en aquel entonces, mamá era un camafeo entre olas de puntillas tibias que olían a heliotropo. Después se convirtió en un gritito claro bajo el emparrado. Borraba el zumbar de los insectos: «Agú--agú, upanene». Pero el interminable rumor de alas, de mandíbulas, de patas, volvía a dominar la jungla del cerco y de la hojarasca.

Y estaba el viento, responsable de aventuras, ladrón de gorras y de globos. Y papá, que inflaba las mejillas y soplaba en la nariz del nene su hedor a tabaco y reía entre los mostachos: «Jajá, qué cara pone». Después otra vez la calma, el sol que bailaba con la sombra del emparrado y los pájaros que venían a recoger las migas mirando a sacudones.

Todo fue un misterio sin temores hasta que llegó la araña. Tecleando sobre las baldosas con sus patas peludas, se acercaba y sólo era una cáscara, una hoja seca que andaba contra el viento, hasta que se volvió un monstruo por un grito de mamá, por una carrera, por un botín que la aplastó junto a la mano del nene que no pudo agarrarla.

Allí cambió el mundo o acabó el paraíso. Y entonces todo fue distinto porque mamá pasó a ser un dedo extendido, una advertencia. Ahora ella estaba lejos, iba y venía íntegra. Era una negra figura con pecho blanco que papá abrazaba o palmeaba en el traste.

Todo empeoró con el invierno que cortó las hojas y concluyó el derrumbe del viejo mundo. El hocico ardía de paspado y las paredes, todas las cosas, acorralaban y decían basta. Pero estaba el abuelo, ah, eso sí, que tenía una voz profunda, una pipa tibia y un vaso de perfume picante que hacía toser con agrado.

Mucho después fue mejor porque abuelo comenzó a recordar en voz alta y sus cuentos eran un triunfo porque demostraban que con astucia, con entereza y con alegría se podía compartir el paraíso con las arañas o, mejor dicho, se sabía que las arañas eran sólo eso y, aún, hojas que caminaban contra el viento.

Pero cierta mañana todos correteaban por la casa y abuelo blasfemaba desde su cama, reprochaba, decía tonterías. Mentía y acusaba porque quería confundir y que lo engañaran, no con palabras, que lo aporrearan porque no se maltrata a un moribundo.

Esa situación se prolongó. Fue un largo drama y la casa fue un teatro, una ficción impuesta por el viejo que tenía sus tretas como ignorar los horarios o despistar su orina que escrutaban los médicos.

Su nieto fue el cómplice que le pasaba botellas por la ventana porque estaba subyugado y confiaba en que ese juego sería interminable o culminaría en una iluminación o en una conquista.

Sin embargo, llegaron el silencio, las velas, el llanto y los negros cojudos aparejados al carro que encabezó el cortejo.

Así se fue el abuelo y así llegó el futuro.

El viejo, humorista o taimado, dejó ruinas y ficción a sus queridos deudos. No apremiante pero implacable, la fortuna se trasmutó en apariencia.

El nene sufrió destierro en la capital. Tías, primas y todo un mundo nuevo fue atisbado desde ventanas vehículos de escueto itinerario.

Eso fue casi todo lo que se permitió recordar el hombre con cartera de cuero que se sorprendió ante el mausoleo que fuera de su familia y que volvió del cementerio a su casa donde entró violando una ventana para escándalo del polvo, las ratas y la pelusa.

«¿Pensaste?», preguntó Hilda.

«Exijo un cliente».

«Imagínatelo».

«No. Sin el cuerpo del delito no hay crimen y sin cliente no habrá historia».

«Está bien, Peloquieto, vos te lo perdés. Quedate en Sitiecito. Yo quería inventar un cliente de la capital. ¿Te das una idea?»

Se había apagado el crepúsculo cuando una sombra más se detuvo frente a la vidriera como una flecha en el arco que formaban las letras doradas de LAPICNIRP AL AÌREHCOC, según se leía desde el fresco local poblado por macetas con palmas, sillones y escritorio.

Los dos callaron. Ya paladeaban el sabor a tedio de esa noche, oían las repetidas gárgaras de los dados dentro del cubilete. Por eso ella dijo:

«Quiero cambiar. Quiero empezar de una vez con nuestro juego. Basta de dados y de pavadas».

«Te pedí un cliente».

«Andá, autor moral del crimen, bah», dijo ella.

Cuando la flecha se desprendió del arco dorado y entró en el negocio con calculado aplomo, lo primero que advirtieron fue un forastero. Luego constataron su elegancia trasnochada y polvorienta como ropas de utilería.

«Buenas noches. Vengo a contratar servicios», dijo el hombre. Peloquieto lo invitó a sentarse pero el forastero permaneció de pie. Sacó una cigarrera, convidó y fumó.

«Claro, declamó escuchando su propia voz, ustedes ignoran quién soy. Y yo ignoro si todavía soy. ¡Cuánta ignorancia! Me llamo Roberto ¿y usted?»

«Peloquieto».

«Hace bien, qué embromar».

Quedaron un instante mirándose, como gimnastas. que buscaran en la memoria de sus músculos y tomaran posiciones antes de una prueba arriesgada. Luego el hombre dio unos pasos y quedó de espaldas a la vidriera y dijo:

«Oh», sacudió la cabeza desaprobando y carraspeó. Volvió a decir «Oh», sonrió complacido y declamó:

«Oh, si esta concreta, tan compacta, carne se fundiera, si pudiera transformarse en rocío. O que no se llamara cobarde al que busca el suicidio. Qué hipócritas, corrompidos y vanos me resultan los gestos de este mundo. Qué asco y qué vergüenza, muchachos. Es un campo de cizaña que crece sólo para esparcir su semilla emponzoñada y únicamente habitado por seres groseros y rapaces.

»Solamente hace cinco meses que murió. No, no tanto: ni cinco. Tan buena con los pargatas que no hubiera permitido que ni un soplo celeste rozara con demasiada violencia sus rostros.

»Si pudiera recuperar el tino. Ah, si me fuera dado elegir, aunque erróneamente, para abandonar esta triste condición indecisa y traidora.

»Optando por el mal, no traicionaría, al menos, a esos torvos seres que desprecio porque reflejan parte de mi rostro, cuando los miro, cubriéndome de oprobio.

»No nublen sus semblantes oscureciéndome así esta dulce noche. Es sólo *Hamlet,* primer acto, mis queridos.

»¿Qué hacer? ¿Inventarlos a ustedes en este sitio absurdo que quizás no exista y dejar que me piensen con cariño implacable? O, más bien, ¿regresar a la noche y olvidarlos condenándolos a la nada?

»Oh, si ustedes, par de pensamientos de idiota, especie de fantasmas, pudieran ser mis jueces. Si estas meras invocaciones de mi fantasía se condensaran hasta la densidad de mi carne y arrojaran sus dedos hacia mi persona, qué alivio. Entonces, podría invalidarlos.

»¿No soy un buen tipo? ¿No son acaso, ustedes, dos bellos pensamientos que me absuelven como testimonio de buenas acciones?

»No contesten. Olviden informarme que soy mi propio juez y que, por lo tanto, eso es lo que me rompe. »He sido un bufón entre bufones. Puedo dar volteretas y mentir. O resolver:

»Amo los bandos reales y
considerando:
Que es muy duro ser hombre;
que me niego a juzgar y a ser juzgado;
que etcétera y porque sí,
dispongo:
Primo: rehuso seguir inventándolos,
ridículos fantasmas,
en este absurdo lugar que no existe.
Segundo: Los condeno

a
vivir pasando así
yo
a ser un subproducto
de pobres magines temblorosos.
Tercero: Serán
enteramente responsables de sus actos
por el sólo hecho de haber sido
coagulados.
Cuarto: De forma.
O sea: Buenas noches
queridos
y
hermosos sueños».

Hizo una burlona reverencia el hombre, se deslizó junto al escritorio y salió, casi podría jurarse, a través de la puerta cerrada. O, al menos, ellos no percibieron su partida, inmóviles, congelados por el hálito de aquel monólogo tan inesperado como previsible.

«Parecés una momia», dijo él cuando se hubo rompido el encanto. Ella lo miró. Los ojos le anegaban el rostro y el pelo formaba ritmos en torno a su cabeza.

«Idiota. No sabés nada», y desapareció en la trastienda como si fuera a echarse a llorar sobre la cama. En cambio, regresó con un cuaderno, titulado con esmero, que se llamaba así: *Roberto Lupo.*

Peloquieto se puso a hojearlo con la punta de los

dedos:

Acodado en una estufa con bibelotes de porcelana o respaldado por prolijas bibliotecas, también prestadas, sonriendo siempre con satisfacción atormentada o mirando la lejanía desde el guardabarros de un automóvil ajeno, el cliente soportaba la curiosidad de las cámaras con orgullo y resignación.

Los titulares eran más torpes que las fotografías y trataban de manosear la intimidad con sumo respeto mientras que constelaciones de estrellas mal dibujadas ocupaban cualquier espacio libre.

Peloquieto abandonó el álbum de recortes sobre la mesa y dijo como un silbido: «Que los hay, los hay».

«Lo reconocí de entrada. Debe ser un error o una broma».

«Pesada», afirmó Peloquieto mientras juntaba coraje para revisar un sobre que el hombre había dejado sobre el escritorio. Sacó un documento. La foto de la cédula mostraba la imagen del mismo hombre que habitaba el álbum, aunque más prevenido, espiando de reojo desde la cartulina brillante. Dentro del sobre quedaba un billete de cien pesos, abusivamente simbólico.

«Me voy hasta la quinta».

«Vamos», aceptó ella. «Voy solo».

«Estoy aquí para cuidarte», sonrió Hilda. «¿No digas?»

De modo que salieron juntos.

Sólo brillaban el boliche y las estrellas. Hacia el arroyo, crecían el canto de los sapos y la oscuridad de la noche sin luna.

No hablaron. Se tomaron de la mano para sortear los charcos, las cunetas, los falsos obstáculos que inventaba la noche sobre la tierra.

Bordearon el arroyo hasta llegar al puente, que era un esqueleto de madera, y atravesaron la frescura del agua nocturna.

De pronto, les pareció que sus pasos podían despertar a todo el pueblo. Los perros ladraron a lo lejos y comenzó a sonar, allá en las chacras, el bandoneón de una fiesta lejana. Avanzaban mientras que las risas, los gritos y la música llegaban cada vez más claros.

Hubo una pausa, un aire enmudecido, y un chasquido ajeno a la noche golpeó el silencio. El viento murmuró como una sábana limpia, las risas volvieron a bailar desde las chacras y la noche retornó el sueño sobre su otro costado.

Entonces vieron la ventana llena de luz, abierta y esperándolos. Era la casa de los Lupo. Se miraron, o más bien respiraron cara contra cara, y fueron hasta la ventana.

No era macabro. Era, simplemente, un hombre agotado, vencido para siempre. Tenía los brazos sobre una mesa y la cabeza entre una vela y un revólver.

Los ojos del cliente miraban hacia dentro.

Ellos retrocedieron y la luna, al principio aplastada contra el horizonte, comenzó el rebote como una pesada, falsa naranja.

«Ahora que hay un sol que aplasta las casas y los fantasmas están en naftalina. ¿Podés decirme, Pelo, a qué fuimos?»

«No lo sé».

«¿Fuimos a salvarlo o a constatar su muerte?»

«No lo sé».

«Tendrías que saberlo».

«Vos ¿lo sabés?»

«Yo tampoco. Pero podríamos haberlo salvado».

«¿De qué? ¿De Roberto Lupo? ¿De una infancia sin juguetes y un pasado sin honor? Haceme el favor, Hilda. Hace mucho que ese tipo era cadáver».

«La verdad es que no nos dio tiempo».

«¿Tiempo, para qué?»

«Para nada».

Afuera la fuerza del sol dibujaba un temblor luminoso sobre el empedrado. Desde la calle, entró Miguel. «¿Supieron?, dijo. Apareció un finado en la quinta de los Lupo».

«¿Un finado?»

«¿Qué finado?»

«El mismísimo Roberto Lupo. Lo encontró Bermúdez cuando venía a tomar servicio», explicó Miguel.

«Ajá», comentó Peloquieto.

«Hacés bien en no preocuparte, Pelo, dijo Miguel. Vine a darte la noticia pero ahora me doy cuenta de que no es negocio para vos. Parece que el hombre andaba en la mala ¿entendés? y agarró un fierro y se hizo comida de comisario».

«Chau», dijo Peloquieto.

«Chau», aceptó Miguel.

La situación se volvió más fastidiosa cuando leyeron *El Guardián.* Bajo el título de «Actitud ejemplar debe asumir la comunidad», el periódico católico usaba las palabras Dios, Patria y Hogar para exigir, con alusiones, que Lupo no fuera enterrado cristianamente y hasta insinuaba que sería más útil en la Facultad de Medicina y, menos pernicioso, yaciendo en otro pueblo de los alrededores.

«Qué exagerados, dijo Hilda. No es para tanto».

«Es para tanto si te digo que el director de *El Guardián* arruinó a los Lupo y prácticamente les robó la quinta y hasta el panteón».

«¿Sabés?, Hilda, agregó. No tengo simpatía por Lupo sino solidaridad».

«Sí. Sobre su fantasma vamos a tejer nuestro juego ¿no es así?»

«No. No es solamente así».

Peloquieto salió a la calle. Iba decidido a enfrentarse con el comisario para que no hiciera caso de *El Guardián.* Caminaba por la plaza con los pulgares enganchados en el cinturón.

Cruzó en diagonal por entre los canteros mientras elaboraba argumentos. Sin embargo, la presencia del milico portero lo desanimó y prefirió sentarse en un banco. Buscaba una solución cuando otra, enterita, dobló la esquina trotando detrás de su abdomen. Era el doctor Vergara que volvía de la consulta del hospital.

Entonces fue hasta la puerta con chapa de bronce y penetró en la salita donde los muebles parecían dormir como gatos, ajenos al ruido de fregado y a los aromas que venían de la cocina, aguardando la hora de las visitas para despertar y escuchar y comentar con crujidos las repetidas historias de dismenorreas, apéndices y partos trabajosos.

No tuvo que esperar mucho luego del llamado. La puerta del consultorio se abrió con ruido de vidrios flojos y el doctor Vergara, más gordo aún en mangas de camisa, lo invitó a entrar.

«¿Qué? ¿Hay novedades de don Guillermo?»

«No, mamá quedó en telegrafiar ni bien tengan fecha para la operación».

«No hay que preocuparse. No hay que preocuparse. Y... ¿qué te trajo por aquí?»

«Nada, venía. Quisiera que me ayude. Di mi palabra, ahora tengo que cumplirla pero surgieron complicaciones».

«Si surgieron complicaciones, m'hijito, dijo el médico mirándolo por encima de sus anteojos, lo mejor es que te apresures a cumplir la promesa. Te adelanto que yo no soy partero y menos... ya sabés qué, mocoso».

«No, no. Las complicaciones son con la policía».

«Eso es más grave, exclamó Vergara elevando los brazos al cielo, sentate y contame cómo hiciste ese disparate, porque sabrás que es un crimen y que el Código Penal...»

«Pero no. Es un problema personal. Mío, personal».

«Animal. ¿No te enseñó tu padre a cuidarte? Hay que ser ¿eh? Bueno, bajate los pantalones», ordenó dejándose caer en su sillón giratorio.

«Decime qué sentís».

«Siento solidaridad».

«Soli... ¿qué?»

«Solidaridad con un muerto que está preso. Es más: quieren deportarlo y soy el único, en todo el pueblo, dispuesto a pelear por él. Y, usted, el único que nos puede ayudar. »

«Ah, ¿te referís a Roberto?» Había comprendido y estaba grave, casi nostálgico.

«Roberto Lupo, sí».

«¿Lo conocías?»

«No. Vino a contratar su propio entierro antes de... Ahora le quieren negar un poco de la tierra que le robaron».

«Así es, mocoso, pero callate la boca». Se sacó los anteojos para pasarse un pañuelo por la cara y dijo: «Y yo ¿qué puedo hacer?»

«Apoyarme, hablar con el comisario y darme un certificado de defunción. Con los del cementerio me las arreglo yo siempre que tenga los papeles en regla, y, claro el cuerpo del delito».

«Está bien. Le voy a hablar a Panchito que no se me va a negar. No hagas bulla y lo que dicen esos chupacirios, ese usurero, no te lo tomés tan al pie de la letra. Mucho blablablá y Dios con mayúscula y después viene cualquiera y ¡pif! les desinfla el globo».

«Andate tranquilo, concluyó, que me voy a encargar de ajustarles las clavijas a esos clericales del demonio».

Peloquieto agradeció y salió a la plaza. Sentía mucho alivio pero la victoria le parecía mediocre.

«Así se pasan la vida: pif, pif y, después, comen juntos en *El Porvenir.*»

(Lemos, el peluquero de Sitiecito, no tiene a quien contar lo que todos saben. Por eso, cuando algún viajante nuevo llega para afeitarse, prolonga el enjabonado, multiplica las pasadas de navaja y lo cuenta así:

«Aunque el día era azul, nubes de plomo rodaban hacia la costa. No se si me explico, ¿sabe? Usted es nuevo por acá. Todos dicen que me pongo literario y, algunos, agregan que doy la lata. Gajes del oficio.

»Como le iba diciendo, había llovido los días anteriores ¿o no? ¿o fue cuando la seca? La cosa que ese día soplaba el campero y todo estaba lleno

de sol y nubes como espuma gris. Como mezclar agua con aceite, dirá usted, pero no: como zambullirse en el arroyo sur y abrir los ojos cualquier día de verano.

»Hay veces en que el viajante se duerme o gruñe y escruta los niquelados, las sillas, los ventiladores, los copos de cabello que caen sobre el peinador como una nevada en negativo o tiembla con la navaja contra la garganta.

»Así fue ese día. Los muchachos habían ido a pescar ranas. Pronto volvieron el camino sin haber conseguido otra cosa que embarrarse. Fue entonces cuando vieron el cortejo y todos adivinaron quien era el finado sin tener que pensar mucho. Peloquieto ¿lo conoce? iba en el pescante de la carroza y Miguel en el remís, bueno, usted no los conoce pero los conocerá pronto.

»¿Tira? Los muchachos los siguieron, les tiraron piedras a la galera, sin querer ofender, sin pretender dar en el blanco. Pelo, que iba muy serio, no aceptó la broma y les largó un fustazo. Quedaron perplejos porque esas pedradas eran casi un rito y se actuaba con discreción: una pedrada o dos justo en la curva del camino donde nadie podía verlos.

»Un pacto no se puede romper así como así. Por eso, dejaron pasar el cortejo y lo siguieron. Le juro que se pusieron de acuerdo sin hablar palabra. Cuando la alcanzaron, la carroza ya había llegado al cementerio.

»Bueno, llamaron aparte a Peloquieto --yo le puse ese sobrenombre porque abusa de la gomina-- lo llevaron junto al paredón de los nichos vacíos y saltaron sobre él. No se resistió y fue fácil meterlo en uno de los departamentos sin alquilar. Señor, yo soy respetuoso de los difuntos no vaya a creer... Pero fue cosa de chiquilines, pura inocencia, le aseguro.

»Lo metieron en el nicho ¿no? Entonces comprendieron que a Pelo no le incomodaba; que dejaba hacer como un cómplice. Sólo mi chico, el mayor, se dio cuenta y se apartó porque, claro, así no le encontraba ninguna gracia. Me dijo que los demás tardaron en notarlo y que él los observaba y que todo resultaba muy extraño. Dice: *Era curioso ver el entierro de veras y el nuestro: como ver conversar a dos mudos o mirar de muy lejos la pantalla del cine al aire libre y estar en otra cosa.* Mi hijo sale a mí: es observador y deja volar la fantasía, modestia aparte.

»Y, si al finado le faltó iglesia, a Pelo le sobraron monaguillos, pues muchos de los chicos estaban en esa época de empacharse con hostias y disminuir la limosna.

»Y, si allí fueron unas pocas palabras de despedida, en el entierro chico fue un alboroto de latines: *Dominus dedit, dominus abstulit, sit nomen Domini benedictum* y amén, amén y vuelta a empezar y Pelo con la galera rodando por el suelo y la cabeza para abajo, viendo el mundo al revés y al muerto subir a la fosa en lugar de bajar como si tratara de probar suerte en el cielo antes de resignarse.

»La broma, dice mi chico, se les apagó de pronto y ayudaron a Pelo a salir de la muerte. Se sonreía grave como un angelito de mausoleo y, sacudiéndose la ropa, se fue sin insultarlos. Eso no podía ser porque los llenaba de vergüenza. No supieron dónde meterse así que se volvieron para el pueblo.

»¿Mojamos? Y, entonces, a una de esas nubes que le dije se le dio por lloverse. Se hubieran empapado si no los alcanza Pelo con la carroza y los invita a subir. Así volvieron: justito en el lugar del muerto. Sin hablarse, sin mirarse siquiera.

»Disculpará la charla, señor. Es el oficio y, encima, yo que soy algo literario. Pero si se lo conté fue porque usted me parece inteligente y capaz de comprender lo que muchos no pescan: que se puede perder el tiempo pero no la vida. ¿Me explico? Si el tiempo se va para siempre, la vida de cualquier pobre diablo nunca es un desperdicio ¿o no? Y que no me oigan los del Guardián, por las dudas.

»Servido, señor, gracias»).

«Revertere ad Locum Tuum. ¿Cuántas veces pasé por el portal del cementerio sin advertir estas letras que tallan palabras con hachas de bronce y lloran cardenillo?», recitó Peloquieto.

Hilda dijo:

«Vos lo querés ver todo negro pero, para el juego, es mejor así. De este modo nos complementaremos». Peloquieto cerró los ojos y se recostó con la nuca en el fondo del sillón. Miró como sus largas piernas subían para caer detrás del brazo de cuero y admitió su derrota junto con el deseo de participar en el juego. Pero le quedaba el temor al ridículo, a no saber qué hacer ni cómo.

«Bueno, empezá vos primero», dijo.

Ahora estaban los dos incómodos y quedaron en silencio. Finalmente, Peloquieto estiró una mano y apagó la lámpara. Poco a poco, la oscuridad de esa súbita noche fue penumbra y así comenzó Hilda:

«De su vida en el caserón sabemos algo y por eso no podemos decir nada ni inventarlo. Nos queda toda la época desde su partida a la capital hasta su regreso aquí para contratar el entierro. De este período sí que no sabemos nada y eso es lo bueno porque nos permite inventarlo todo y afirmar, por ejemplo, que la casa era umbría y tenía gatos, un pequeño jardín, cortinas de macramé, tías y helechos.

»Su padre, que usara cuellos de celuloide, bigotes y hermosos ojos grises, había muerto. Sin embargo, para Roberto, éste no era un hecho importante. Muerte había sido la del abuelo que consumió su vida y su fortuna y no aceptó la tumba. Fue una muerte total, definitiva.

»De modo que lo vemos una mañana llegando a la Estación Central. Estaba encantado. Su tía Carola había ido a buscarlo al pobrecito mientras que su madre se ocupaba de la mudanza y de ciertos asuntos monetarios con la ayuda de tío Felipe.

»Y fue como nacer de nuevo pero con la conciencia de la maravilla que es, por ejemplo, un tranvía. Y quiso tomarlo hasta la casa. Subieron. El tranvía comenzó su estruendo gagá y a sacudirse mientras que el guarda caminaba como un marinero. Por eso Roberto, al verle la gorra, sus ojos azules, su cara quemada en rojo, comprendió que era un capitán retirado a quien,

alguna traición en un puerto del Séribe o de la Actyna lo había obligado a esconderse por un tiempo.

»Sobre el primer día es muy poco lo que puede decirse salvo que se evaporó como el éter y que, por la noche y ya en la cama, Roberto veía vacas y montes de eucaliptus, cielo y sonoros tranvías tripulados por piratas y mucho cemento elevándose por todas partes, en caprichosas direcciones.

»Esa noche no soñó nada. Al despertarse se creía aún en el caserón y gozó de esa violenta sensación de estar fuera de lugar y de tiempo que, a veces, nos asalta en lechos desconocidos.

»Para otro niño el cambio hubiera sido brusco, hasta doloroso. Pero a él le gustó desde siempre meterse en la piel del prójimo o ser fiel a una personalidad imaginaria.

»Por esa época era solitario. Precisaba conquistar al nuevo mundo y por eso se replegó para ir asimilándolo palmo a palmo.

»La mañana apuntaba con el sonido de la calle y el progreso del sol sobre el ropero. Pero llegaba realmente cuando el íntimo aroma del café triunfaba en la cocina. Entonces Roberto se estiraba en su cama y se acurrucaba de nuevo, ahora sonriendo en espera de que el perfume a café penetrara tenue, girando en el aire y enmarañando sus hilos con el olor del sueño. Luego había sonar de lozas, se abría la puerta y todo se volvía más concreto, en especial el café con leche que humeaba en el tazón y los panes de Viena cortados a lo largo, en cuatro tajadas como porciones de sandía, y con mucha manteca.

»Pronto descubrió que era una especie de mascota y los panes comenzaron a llegar con dulces o mermeladas.

»Pocos poderes podemos descubrir en nosotros. Sin embargo, los fines con que los aplicamos son infinitos. Roberto quiso saber hasta dónde podía exigir y no encontró límites.

»No avasallaba con gritos ni prepotencia. Había descubierto que era simpático y subyugaba a las tías.

»Estos ejercicios de conquista y dominación estaban equilibrados por largos silencios, casi ausencias, porque descubrir y asimilar todo lo nuevo lo llevaba a ensimismarse en el misterioso rodar de las pelusas bajo el armario, la diferente velocidad del tiempo, el sonido extraño de palabras nuevas, los niños ciudadanos, el trajín de la calle y el enigma de los buzones.

»En un mes, nadie podía distinguirlo de los demás chicos ni aun asombrarlo porque estaba como vacunado contra la sorpresa.

»A todo esto, podrías creer que Roberto no tenía hermanos. Sin embargo, con él eran ocho. Siempre fue el menor y no sólo porque su madre no tuvo otros hijos después de él.

»La ventaja que llevaba a sus hermanos respecto al conocimiento de la ciudad quiso mantenerla y la mantuvo durante toda su vida. Antes que ellos conoció el zoológico, el cine, los lagos, el centro, los teléfonos y hasta los ascensores.

»Hay que reconocer que era más despierto que sus cuatro hermanos, no hablemos de las niñas, y que comprendía, percibía o asimilaba con enorme

facilidad. De modo que al volver junto a ellos la separación de intereses, de costumbres, se hizo muy notable.

»La madre recibía una pensión, una pequeña renta o algo por el estilo. Se instalaron en una casita decorosa y estrecha donde todos tuvieron que compartir sus dormitorios: las chicas en uno, los varones en otro y Robertito con mamá.

»¿Qué más puedo decirte de esa época? El dinero les alcanzaba para vivir bien, fueron a la escuela, habitaban un mundo donde todos eran niños fuertes, hermosos, creyendo que la plata era gratis como el aire.

»Claro que puedo hablarte de la madre. Como buena hija de italianos, practicaba un catolicismo lleno de ardides y demandas. Tenía cabellos negros, ojos enormes y una sonrisa que otorgaba. De la vida sólo esperaba poder criar sanos a sus hijos. Su futuro económico estaba en manos del tío Felipe y de San Cayetano.

»Sus mayores placeres eran las visitas, las galletitas mojadas en oporto y, por las noches, percibir el aroma, la respiración, los gestos apenas esbozados de Robertito que dormía a su lado con una expresión reconcentrada.

»Y conseguir que durmiera también era agradable porque le permitía volver a su infancia, recordar a sus padres, sus historias, sus cantos. Lo convidaba muchas noches con sus galletitas borrachas y, de unos cuantos libros, solía sacar curiosidades y transformarlas en cuentos: el del pescadito que guía al, tiburón entre las esponjas; el del pajarito que limpia los dientes al cocodrilo; el de las hadas, los enanos y los hongos que brotan en la noche junto con las brujas para crear historias.

»Todos estos personajes visitaban la habitación en penumbra, borrando el retrato de papá iluminado por una vela, las numerosas estampitas, el rosario, las fotos de familia y la de Robertito con el pelo como Napo y una húmeda sonrisa sobre un cuello de encajes. Calzado con botitas, deslumbrado por la realidad de cartón y cortinados en que vivía el fotógrafo.

»Así terminaba sus noches, amparado en el perfume de su madre, dejando que su voz lo arropara. Y esa voz era la sustancia de que se nutren los mitos, los héroes y los fantasmas.

»Se dormía sin transición y las historias se prolongaban en los sueños y los sueños en los juegos que llegaban por la mañana y ese era el mundo».

Pero él, dijo Peloquieto, ¿quién era? Esta pregunta es tonta. Lo que quise decir fue: ¿Qué nos puede importar su mundo si no descubrimos por qué vino a terminar en la quinta; por qué de ese modo?

Es cierto que su vida era un círculo de fantasías. Creo que sí. Pero te aseguro que no pudo durar mucho. Por lo menos no sin que la realidad golpeara.

Entonces la capital era pequeña. Las calles del centro pronto morían entre las quintas. Lo que hoy son los barrios eran pueblos y las palabras tenían otros valores distintos a los de ahora. El aire todavía olía a río.

Después del principio, el aire se fue oscureciendo sobre la ciudad. Los caseríos, las gentes, comenzaron a aglutinarse como las primeras gotas de lluvia sobre el asfalto hasta formar ese mar hoy tan confuso y apretado.

Quizás me haya apartado del asunto pero creo que esto hay que tenerlo en cuenta y también la creencia de las gentes en que todo permanecería inmutable, preparándose para vivir eternamente, en un país de estancias, de quintas, de tango y comité.

Y, hablando de las quintas, allí se desarrollaron los combates, fueron las islas de Sandokan donde Roberto y los suyos conquistaban el botín de frutas o choclos burlando perros y talianos.

Correteaban por los alrededores con hondas, bolitas, baleros o pintando en las paredes que daban a los baldíos cosas como «Defensores Desafía», según las épocas, pero siempre con igual entusiasmo, con el mismo sabor de aventura.

Roberto trotaba tras de la pandilla. Era el más chico, un estorbo para las retiradas, para vadear los zanjones, para las guerrillas. Pero había que aguantarlo cuando no lo conseguían despistar.

Su único mérito estaba en ser un buen espectador y un buen cronista de las hazañas. Por eso los héroes le dieron el puesto de mascota, de campana, de encubridor o pretexto ante la madre.

Aunque lo consideraran mascota, trataban de evitarlo porque notaban que era diferente, que observaba demasiado y que no participaba.

Fue en la fiesta de San Pedro y San Pablo, recuerdo. Habían juntado, entre todos, una montaña de ramas y robado batatas para asarlas en la hoguera.

La noche era fría. Estaba llena de estrellas blancas y de pibes entre un aire de fiesta. Eduardo, el hermano mayor, comprobó que ya estaba el kerosén, el muñeco, las batatas, la factura, los caramelos y miró alrededor para saber si las chicas habían cumplido la orden de retirada. No estaban. Entonces era el momento de encender la fogata.

Todos gritaban a Eduardo que tenía los fósforos listos. De pronto se detuvo. Miró a Roberto y dijo:

«Vos, andate».

«¿Por qué?», preguntó Roberto.

«No te hagás el que no sabés. No ayudaste. ¿Quién te crees que sos?»

Todos rieron. Roberto se fue a casa llorando. Mamá lo vio llegar, se enteró, llamó a Eduardo y le impuso a Roberto.

La fogata ya crepitaba, alejaba el frío, la noche y borraba un gran círculo de estrellas. Estallaron los cohetes, murió el muñeco y llegó el momento de asar las batatas y contar cuentos de Quevedo.

Entonces fue cuando Eduardo azuzó al Petiso contra Roberto.

El Petiso se vio obligado a pararse encandilado y a penetrar en la noche fría donde Roberto esperaba con una piedra en la mano. Con el pie, hizo una raya en el polvo y escupió.

Roberto no quería pelear. Deseaba solamente comer batatas asadas y participar de la fiesta. Alguien lo empujó por la espalda. Tropezó contra el Petiso, sintió un golpe en la oreja y cayó viendo las chispas que subían veloces como para ocupar el lugar de las estrellas borradas por la fogata. Antes de que pudiera pararse, lo empujaron con el pie sin mucha violencia y

rodó entre el polvo y las risas. Quedó un momento quieto. Luego se incorporó y se fue hacia las quintas.

Desde un matorral pudo ver que ya lo olvidaban, que volvía la alegría como si él nunca hubiera existido. Hablaban y Roberto no llegaba a distinguir las palabras.

La oreja de Roberto ardía como si estuviera aún junto a la fogata. Temblaba de rabia seleccionando venganzas. Los vio moverse, rojos y negros alrededor de la hoguera, hasta que apareció un caballo que escapaba de algo y quería evitar el fuego. Ellos escucharon el trote. Tenían la imaginación exaltada y lo apedrearon espontáneamente.

El caballo escapó hacia donde estaba Roberto y quedó pastando entre los matorrales.

Aquí, Peloquieto encendió un cigarrillo. Comprobó que Hilda lo escuchaba y continuó:

Cuando se consumieron las fogatas, todos los chicos fueron a sus camas. Olían a humo y pensaban que todo lo bueno se acaba pronto o constataban que habían sido felices. Todos menos Roberto.

Sus hermanas notaron que no estaba y despertaron a la madre que había quedado dormida en un sillón. Entonces, toda la familia salió a recorrer el barrio.

Ya quedaban pocas luces encendidas y Roberto no respondía a los llamados. Lo buscaron en todos los escondrijos y volvieron alarmados a la casa.

En la vereda de enfrente, junto a los ligustros,

Eduardo vio al caballo. Se acercó para espantarlo otra vez y se detuvo.

«Vengan, gritó. Aquí estaba».

El caballo tenía una soga al cuello y el otro extremo estaba atado a un bulto sentado al pie de un árbol. Roberto se despertó y se paró. La soga le colgaba de la cintura.

«Este es mi amigo, dijo, Déjennos solos».

Me pierdo en las quintas, dijo Hilda, y en todos esos enredos de muchachos. No es que no comprenda lo que significan una fogata y unas batatas asadas. Sólo digo que estoy inquieta.

Siento que debo hablar rápidamente como si lo desconocido se rebelara y yo tuviera que apresurarme antes de que comience a despistarnos. No vamos a escribir su historia. Simplemente siento que debemos atrapar lunas, vientos, sonrisas, todo aquel tiempo ido y guardarlo en estas noches para que él no escape.

Todo su barrio está perdido para siempre y él lo descubrió cuando era muy tarde. Aquellos eran tiempos viejos, más viejos que los nuestros y tuvieron su particular hermosura pero ya se acabaron. Es cierto que cada niño podrá recobrarlos a su manera pero ese juego idiota de los de antes se acabó, se acabó, y sólo los pobres de espíritu intentarán prolongarlos como se quiso hacer. Era una forma despreocupada de vivir, que muere o mata, y a la que pronto asesinaré para siempre.

Porque estamos en el filo, en el límite, de ese hermoso barrio de esperpentos. Porque voy a perderlo y lo amo, tengo derecho a recordarlo desde ya como me parezca; a descubrir todo lo que desee y a mentir o a callar para rescatar algo.

El mundo de por acá estaba niño y creía que, lo que hoy es realidad para nosotros, quedaría indefinidamente en el sueño o la pesadilla.

Cuando se coagularon las imágenes de sus sueños y comenzaron a correr por las calles, ellos cantaron como burlándose de sí mismos: El automóvil, mamá, es una cosa. Es una cosa, mamá, maravillosa.

No te rías. Es hermoso poder asombrarse y creer que se está en el principio de un nuevo mundo. Lo triste es cuando no podemos participar en su creación, cuando lo que debiéramos estar haciendo nosotros nos lo cuentan o nos lo regalan como un juguete dejándonos pueriles hasta la muerte.

Así fue todo. No les dejaron ganarse la vida: simplemente les chuparon la sangre, les adecuaron los sueños. Puf, fue todo un asco. No les permitieron hacer su propio juego, como tratamos de hacerlo ahora nosotros, sino que les trajeron trencitos, tranvías, para que fueran al trabajo y a paseo los domingos. Algunos hasta podían usar barcos prestados para ir a Castania.

Robertito quiso usar el barco y aquí es donde le vuelvo a atrapar como un espectador, como un tipo que ve y casi llega a comprender pero no se mete.

Bueno, ya aterricé. Ahora podés prestarme más atención. Tus famosas quintas escaparon lejos. Habían nacido los barrios haciendo de la capital lo que es hoy: una ciudad viva y hermosa.

Cierto que las diversas bellezas de sus barrios aún no habían confundido sus tramas. La ultrajaban numerosos desiertos de chatura; pero, quien quisiera, podía amarla porque la incontenible vida de sus habitantes humanizaba las fachadas presuntuosas, conseguía que los puentes superaran el hierro y la mampostería y hasta que los monumentos ocultaran su fealdad en complicidad con la lluvia y las palomas.

Me pregunto por qué hablamos más de la ciudad que de Roberto. No importa, es así.

Roberto, antes de terminar la escuela encontró --no un amigo ni un compañero-- un eco. Así como un gato juega con una madeja de lana y aprende a cazar ratones, la fantasía, la sociabilidad, la simpatía y otros poderes consiguen ejercitarse con cualquiera. Pero hace falta que ese cualquiera exista; que ofrezca alguna pequeña resistencia y reaccione dentro de lo posible.

Tenía, igual que vos, los ojos verdes y jugaba con el gato, como vos quisieras jugar conmigo y conseguía lo mismo aunque buscara otras cosas. Claro que él no sabía qué era lo que quería encontrar cuando probaba hasta donde podía llegar con la gente. Supongo que se buscaba a sí mismo.

Estamos hablando de esos años fugaces que sólo se pueden retener en el recuerdo. Los dos chiquilines correteaban en un paisaje de eucaliptus, escaleras mecánicas, zanjas, letreros luminosos, vías muertas, cinematógrafos, cielos frescos y nubes de hollín. Exploraban la ciudad con idéntica sorpresa en todos sus parajes.

Llegó un día en que se separaron sin notarlo y Roberto ya fumaba con soltura y simpatizaba con un grupo de café que hablaba de cosas nuevas, jugaba al billar y maldecía demasiado.

Unos se perdían en la neblina y llegaban otros como caballos de refresco. Finalmente se formó un grupo estable con Juan, que empezó a trabajar; Pedro, que estudiaba; Mauricio, que ayudaba a su padre en la tienda; Pablo, que era el hijo del dentista y dudaba siempre y Roberto, que tenía grandes planes y era generoso y los compartía.

«Vos, Pedro, decía, tenés que seguir para médico. Mauricio hereda el negocio y lo vende. Compramos un yate, ese que vimos en la costa, y damos la vuelta al mundo. Pablo cocina y Juan atiende las máquinas. Pero, antes que nada, tenemos que sacarnos el apéndice».

«¿Y, vos, qué hacés?», preguntaba Juan.

«¿Yo? Yo llevo el libro de bitácora».

Todos reían. Algunas noches viajaron por el Mirífico, entre las islas plagadas de duvanesas que los llamaban desde las playas con collares de flores y con músicas.

La amistad de este grupo se trasladó y comenzó a operar en un café del centro. A causa de ciertos contactos o quizás por la abundancia de librerías, hubo una época en que casi todos ejecutaban poesía. Tanto poema y hablar de Rioda o de Canedo llegó a ser un asco que empalagaba las noches.

Hasta que esto pasó reemplazado por otros temas. Se encontraban desorientados y buscaban sus vocaciones.

Llegó una primavera abriendo ventanas y mezclando ámbitos. Junto con ella, apareció Pedro con un talonario para un pícnic de estudiantes en Las Islas.

Y allí fueron. Donde los sauces lloran un agua transparente; las canoas, de numerosos remos, caminan sobre el río como los mosquitos y los lanchones se deslizan hacia el sur, aprovechando la inclinación del mapa.

¿Ves esta taza? Aquí el esmalte se quebró sin sentido aparente. Así se trizó la tierra en Las Islas para que el río la penetrara, para que pudiera acariciarle todos sus flancos, sus curvas, sus intersticios. Por eso aquél es un sitio para el amor. La soledad se encuentra en cada matorral, en cada remanso y los pájaros purifican el aire con sus gritos.

Dada la época, muy pocas muchachas compartieron esa excursión y, por eso mismo, las que fueron sabían lo que hacían. De entre ellas perduraron Marcela, Carmen, Aurora, Beba y, más tarde, se consolidó Julia.

Pero vamos a la fiesta junto al río. Se baila, se discute, $e sonríe y se pasea por el monte. Después de la siesta, alguien nota que falta Roberto. Lo llaman por sobre el agua, por encima de las islas, por entre los matorrales de la costa. Finalmente lo encuentran en un muelle vecino con una damajuana y un isleño. «¿Qué hacés, Roberto?», le preguntan.

«Confraternizo. Soy un dios amigable».

«¿Qué hacés, Baco?, se burla Pedro. Qué tipo divertido».

«No. Profundamente triste».

«Triste ¿por qué?», ríe Carmen.

«Porque soy un dios sin herramientas», contesta Roberto volviendo boca abajo la damajuana.

«Parece que hay sequía», sonríe el isleño bajo su sombrero. Roberto lo abraza y declara:

«No soy culpable, compañero. Simplemente, ando sin herramientas».

Pero quedaba mucha tarde por delante y es sabido que los dioses tienen cantidad de recursos. Porque encontró herramientas, el dios no pudo volver por sí solo. Lo regresaron sus apóstoles a veces dormido, obsceno por momentos.

Lo peor que puede ocurrirle a un dios es lograr adeptos muy rápidamente y sin esfuerzo. Eso lo lleva a confiar más en el ritual que en la esencia de su divinidad.

Por contradicción este Baco nació de las aguas, sobre un muelle carcomido y a la sombra de los sauces llorones: tristes bebedores de ese líquido ambiguo y dominante.

«Sí, sí, dijo Peloquieto. Eso ya lo sabemos».

«No interrumpas. Este juego también tiene sus reglas. Primera: que no te metas vos cuanto me toca a mí. Segunda: la absoluta libertad de imaginar. Y tiene también sus sanciones. Ahora debo meterlo en un lío».

«¿A quién?»

«A Lupo. Y te lo mando a Sotís a ver que podés contarme de las aguas del Garma».

«Si te interrumpí fue porque estabas hablando mucho sobre los hechos en lugar de mostrarlos. Pero, no lo mandes a Sotís, Hilda».

«El fue. Además, es la multa por sonso, por no saber --tremendo grandote-- que sólo hay un peligro de muerte, que sólo se muere por una única causa: ir al juego de los otros. Lo demás no es muerte --todos morimos-- puede ser simple ausencia».

Peloquieto se puso de pie para acabar con el juego. Ella le daba un perfil; miraba hacia la noche y la lejanía pero las vidrieras le servían de espejo para observarlo. Fue cuando la comenzó a ver, a descubrirla, y comprendió que el juego era más serio de lo que parecía. Se hundió en el sillón y la voz retomó el relato como si fuera un elemento, el curso de un río luego de un bloqueo temporario.

No estoy segura, en realidad, si fue por la muerte de un tío o por el remate del panteón. Lo cierto es que llegó plata. No mucha y menos aún con tantos para dividirla. Pero ahí lo tenemos a Roberto frente a las costas de Burdún y más tarde llegando a una ciudad que lo decepciona.

Sé que dejo muchos cabos sueltos y que te molesta encontrarlo en Sotís, pero vos te lo buscaste y yo me muero de sueño. Mañana, la noche será tuya y harás con él lo que quieras porque yo sé respetar tu juego.

«¿Llevándome al tuyo?», murmuró Peloquieto. Ella no dijo nada.

«El vapor abandona los muelles, comenzó Peloquieto, esos muelles donde los tokos sudan, cantan y trabajan y los marbles merodean tratando de vender algo o de conseguirlo; de desbaratar o construir una intriga. Pero, decime: ¿lo amabas a Lupo?»

«Lo admiraba. Era actor de cine».

«La costa de Burdún se aleja. ¿Tengo que ir a Sotís? Prefiero Erkes».

«Tenés que ir a Sotís. Sos un joven artista y corren los años veinte o treinta».

«Bueno. Sé que le fue mal en Sotís porque no supo atrapar la ciudad ni a las gentes. Yo, en cambio, estoy dispuesto a pasar una buena temporada».

En aquellos tiempos en que yo era Lupo, el único asombro que me permití fueron las costas. En ellas creí reconocer ciertos cuadros y sentí rabia. Mi propósito era darle tiempo a la vida. Me asqueaban esas ratas que se rellenan de información como aperitivo y después ya no pueden sentarse a la mesa. ¿Entendés? Quería vivir Marcelo y Coleta antes de leerlo. Según este ejemplo, sin llegar a leerlo. Y, para remedio, estaba condenado a Sotís.

De pronto, comprendí que debía adoptar una actitud noble. Fue por eso que entré en Sotís, no como un turista, sino como alguien que vuelve de pasar un fin de semana en el campo. Tomé en alquiler la primera pieza que visité aunque no me gustaba y su precio era alto. Allí me instalé como un vecino más cuyos abuelos blandieran tacuaras durante la Revolución o reventaran en las filas de la caballería.

Pronto descubrí que era más importante decir oxte con soltura que cualquier otro recurso para que no me sospecharan extranjero y me tomaran como un tipo más de entre ellos.

Fueron días hermosos, no puedo negarlo. Era como vivir dentro de otra piel. La portera ayudaba pues para ella era el mismo estudiante, vago, estafador o artista que durante años ocupara la misma habitación cambiando solamente un poco el aspecto, tal vez los modos, pero no las mañas.

De manera que yo había sido Julien, Hans, Tommy, Paco. Y, si ahora me sentía Roberto, eso era cosa mía y sólo un detalle. Además ya ni siquiera me quedaba el sonido abierto de mi nombre sino que sonaba con una vocal de menos y pertenecía a un extraño.

Disfrazado de Robert bajé al café de la esquina donde constaté que el patrón no era un gordo rubicundo de bigotes retorcidos ni llevaba chaleco ni ligas en los brazos de la camisa. Era simplemente gallego y masticaba un escarbadientes.

«Estoy en casa», dije satisfecho. Abrí el diario, murmuré: oxte, calculando que me oyera el mozo y pedía apocopadamente un café.

Observando mejor, pude comprobar que había algo inconfundiblemente landés: las sillas de hierro trabajado en formas suaves y con asiento de madera. En lo referente a la mugre y los anuncios, hay que recordar que son similares en cualquier lugar del mundo.

Cuando el mozo llegó con un pernó sufrí una sensación de fracaso. «Oxte», murmuré esta vez muy seriamente.

Por fortuna mi abuelo solía tomar ese licor desconcertante. Lo bebía colocando primero el azúcar en una cucharita y dejando gotear agua encima. De ese modo, el agua rebozaba la cucharita y caía dentro del licor llevando el azúcar disuelto. Montar todo este aparato me devolvió el aplomo y me demostró que ser heredo alcohólico puede tener sus ventajas.

Desde entonces siempre bebí pernó que a mí no me gustaba pero a Robert sí.

Hice también mis paseos, sin demasiada avidez, como un empleado en vacaciones que no tiene dinero para ir a pasarlas al sur o a las montañas. Visité las plazas, busqué por muchos barrios algún tabaco pasable porque no toleraba los cigarrillos landeses y terminé fumando los Sayers que tampoco me gustaban pero tenían una cajilla que me evocaba infinidad de falsos recuerdos.

Dejaba que la ciudad me fuera entrando por los poros. Cierta tarde de sol en que estaba sentado en la vereda de un café, el viento de allá me trajo palabras de acá. Miré y vi: Sentado entre un grupo de personas, Ernesto, amigo de otros barrios, hablaba con énfasis.

Como dentro de mi esmerada educación se me había enseñado que el mundo es un pañuelo, me resultó fácil sobreponerme al asombro de encontrarlo

allí.

«Hola», le dije y fui a estrecharle la mano. Me presentó a los otros que pronto se olvidaron de mí y continuaron una discusión interrumpida.

Los hombres, por supuesto, llevaban unas hermosas barbas y las mujeres las caras muy lavadas. Pensé que, como a mí, no les alcanzaba el dinero pero no dije una palabra. Los escuché con atención porque tengo gran simpatía por los extranjeros, gente que, pienso, por muy chata que sea siempre nos dice algo nuevo o que desconocíamos.

No sé por qué me cayeron en gracia esos sudorejanos. Tal vez porque me hacían pensar en sus playas, en sus campos, en sus cocoteros, en fin: en las vacaciones que no me había podido tomar ese año.

Las muchachas eran muy despiertas durante el desayuno. Quizás se aprovecharan de que los hombres tenían sus bocas llenas de media luna y café con leche y entonces decían cosas sorprendentes y, aun, profundas. Como por ejemplo: «Miguel, ¿tú crees que Faulkner respeta los cánones horacianos?»

Yo no entendía nada. Miguel gruñía entre el hojaldre y ellas seguían divagando con trascendencia. Pero no podía quedarme allí, como un ignorante, y les ofrecí generosamente: «¿Apetecen un fláutico fumatélico para refrescar las vías orgánicas, respiratorias, pulmonarias?»

Me observaron con sorpresa. Ellos se despertaron de pronto y dejaron sus mandíbulas en mitad de la masticación. Ellas se dedicaron demasiado a manejar utensilios y bajaron los párpados conmiseradas.

Comprendí que debía irme y dejarlos comentar el asunto con toda comodidad. De modo que me llevé los Sayers y a Flora que era la más hermosa y ávida del grupo y que, me gusta creerlo, había comprendido.

Pero de lo que estoy seguro es de que Flora comprendió conmigo que no era imprescindible referirse asiduamente a los cánones horacianos porque la cultura estaba en el vino con queso, en el sol, en el juego de los niños, en los maquinistas que comían junto a la estación de Taulón y en el amor. Así se lo deseo, al menos.

Me había anotado en un curso de arte escénico pero lo abandoné al comprobar que aprendía más con ella cuando simulaba o me mentía o cuando fingía cualquier patraña para pasar el rato.

Fue una hermosa temporada que se oscureció con la palabra guerra. Cayeron sus primeras gotas sobre Castania y yo me vine dueño de un pasado, una enfermedad venérea y un plano del vermes.

«Hola», les dije a todos y me negué a contar mi aventura. A mi madre, le traje agua de Poudres.

«No eras así, como contás que eras, en Sotís. Pero no importa. ¿Te acordás?, dijo Hilda. Era el momento en que nuestro grupo se consolidó en el café Carlista. Bah. Digo "nuestro" aunque me hiciera a un lado. Yo era la única a quien lo que más le importaba era casarse y tener muchos hijos. A las otras también pero fingían o se habían convencido a sí mismas de que tenían intereses anteriores como la literatura y otras cositas».

Fue entonces cuando volviste de Castania. Yo era Julia y te había conocido en aquel pícnic en las islas.

Al verte de nuevo, comprendí dos cosas: que te amaba y que me ibas a arruinar la vida. Por eso dejé de frecuentar el *Carlista*.

A pesar de eso, algunas mañanas mi jardín se poblaba de monstruos, de seres absurdos que no parecían vivir sino jugar a violar prejuicios ya que no podían superarlos.

Esos bichos eran ustedes en los cuentos que Carmen me traía de aquellas noches vividas por muchachas con medias trescuartos y zapatos de varón, rodeadas de compañeros insatisfechos que hablaban indiscriminadamente de Plestche, de Prax, de Gonolevsky, de Ruisso y creían que la revolución comenzaba por el amor libre.

Cierta vez fue primavera y, como una tormenta, rodó la historia de la Beba sobre posos de café, entre los aromas a tibio alquitrán, a cigarrillos *Virginia,* a la tinta fresca de las sextas ediciones.

Yo recibí esa historia como un eco. No. Más bien como un disfraz arrugado en la mañana siguiente al baile en el que ocurrió de todo menos lo que una esperaba.

Junto al pasto inglés, a la sombra del cedrón y en su perfume, me permití creerlo todo. Incluso las mentiras que apuntalaban esos relatos.

¿Te acordás? La Beba y Pedro fueron los primeros en casarse. Iban a cumplir el año cuando una noche ella llegó al departamento y no se sacó la boina ni abandonó la cartera.

Encendió un cigarrillo y le comunicó que se iba porque amaba a Juan, según lo habían descubierto y comprobado.

Pedro estaba en la cama y ya no leía. Miraba algo en el cielo raso donde el crepúsculo había dejado sombras verdosas. Al rato parpadeó, tosió y dijo: «Cebate un amargo».

Naturalmente que esa noche la pasaron juntos y, además discutieron sobre *La Chatura Trágica* hasta que ella, recordando un pasaje de la novela y demostrando no tener tacto, lo estropeó todo al decir: «Tú no eres el tú de mi vida. Juan sí y yo para él».

«Bestia, gritó Pedro mientras corría por la pieza desesperado, tirando almohadas, sin saber si debía pegarle o no. Dos bestias. Perfectas bestias».

Luego rió un rato y se tiró en la cama igual que al principio.

«Cursis. En todo caso: cursis».

Ella no dijo nada. Tenía mucho sueño. Los dos tenían sueño y se quedaron dormidos.

Juan vivía a tres cuadras de casa de Pedro. Al otro día, Pedro no fue a trabajar y, pacientemente, hizo la mudanza de la Beba sobre sus propios hombros y entre la intriga de los vecinos.

Todos siguieron amigos. Habían triunfado sobre los prejuicios burgueses y reinaba la calma.

Los esperpentos me visitaban, como dije, a través de Carmen. Pero una tarde Pedro comenzó a venir a casa. Cierta vez fuimos a dar una vuelta y, en el rosedal, me dijo que me amaba. Me reí entre las flores. Luego deduje que se había convencido de que yo sería para él el che de su vida y volví a reír sin contestarle.

Allí comenzó el asedio. La bombonera simulando un libro, las dedicatorias en panfletos y poesías, las amenazas, fueron sus armas de ataque.

No me ocupaba de él hasta que me llamó por teléfono y dijo: «Tomé cianuro, te amo, adiós».

Había exagerado la dosis y eso nos dio tiempo de buscarlo y hacerle lavar el estómago porque con su vómito no parecía suficiente.

No sé si me olvidó pronto porque ese breve contacto con la medicina le descubrió un mal en los pulmones. Se fue a las sierras y empezó a escribir tangos.

Recuerdo este hecho porque nos juntó a nosotros. Ya no podía escaparte más. Que fuera lo que quisiera ser. La vida entonces era muy larga.

«Apagá la luz, ¿querés?»

(Me acuerdo bien: era el momento. Estabas frente a mí. Yo te miraba como ahora. No me importaba otra cosa ni me importa. Te amo, dije, y caemos abrasados sobre la frescura de las sábanas. No llorás. Sin embargo, una pesada lágrima te brilla bajo un ojo y miro esa lágrima donde estamos presos al revés, prisioneros en el lado de afuera de esa joya temblorosa que, al final, estalla en rayos dorados ocultándome la cara de Dios. Después lloré o lloro para mis adentros presagiando, no sé por qué, el futuro de tus senos. Tirado en la cama, la cabeza sobre tu vientre, los veo: dos cúpulas flanqueando la aguja del mentón. Pero no tiene importancia. Regreso desde abajo, subo como

el mate por una bombilla torneada, lento y brillante como una columna de mercurio, hasta llegar a tu boca. Hilda, te grito, Julia, te amo. Te amo nuevamente, nos amamos. Me acuerdo ¿te acordás? era el momento culminante y no pensábamos nada, es decir: nuestros cuerpos pensaban por nosotros y esto era la alegría. Son muchas alegrías o, no sé, descubrimientos ancestrales que nos golpean los rojos rostros helados. Ya no había más lágrimas y esa sensación de pasado y presente simultáneos, ó un presente quemándose como pólvora, nos hacia sentir la eternidad que realmente parecía interminable y, de haberlo sabido entonces, es decir: de haber reparado en eso, habríamos invitado al asombro para que nos admirara. Son cosas de la edad, no hay que tomarlo a mal, tampoco a bien. No hay que tomarlo. Vercingetórix --te dije-- chalupa, merrykrismas. Y fue entonces que estallaron nuevamente los platillos de bronce, la púa quedó cabeceando sin sentido en el final del disco y nosotros anonadados, ofrendados, sudados, dados, dos).

DOS

«Ya lo sabés ahora: así soy yo. Así son las mujeres», dijo Hilda. «Conservar no siempre es oponerse al cambio; es guardar lo entrañable. No sé si comprendés. Es evitar lo fácil, lo falso, lo forzado. Esperar que las cosas maduren desde dentro. Mientras tanto nos ayudan los ritos, los gestos repetidos que sabemos formar desde hace mucho».

«Pero somos otros, no lo niegues. Somos nosotros más que nunca».

«Uh. Eso no impide el juego. Lo serio va por dentro, te digo, y nos esperará hasta que podamos echarle sal en la cola».

«¿Ug? Te estás bandeando para el radioteatro. Pero lo veo claro. ¿Querés un cigarrillo? Es cuestión de triturarlo».

«De fumarlo».

«Hablaba de Roberto, de Lupo. Hacerlo picadillo, asesinarlo o, como decís, fumata bianca».

«Se perforó solito, sin tu ayuda directa».

«Ta, ta, ta, ta. Quizás yo no lo mate pero lo iré secando».

«Tonce ¿continuamos, Peloquieto?»

Vamos. Volvamos al amor en la calle Selasco: hay glicinas. Se inventó el colectivo. Hace mucho verano y hay cerveza. El frankfurter todavía no se llamaba pancho. ¿Te estiro el panorama? El mundo está revuelto y desparejo. Lleno de asesinatos. Pero en Selasco todo está como vos: con un oculto cambio. Hay muchas procesiones, pero todas por dentro. Los gordos planchan con sus culos todas las asperezas: quieren que todo siga como tus «gestos repetidos». Los locos que aparecen son aislados y escasos. O no fungen de locos: mueren de hambre, de balas o engordando. Algunos sablescorvos no rebuznan y aprenden a parlar aunque hocicando. Pero, dijo el inglés que esta era otra historia.

Estamos en Selasco, enamorados. Alrededor se canta: *los amores, con la crisis, andan dificiles, andan dificiles y los muchachos se hacen los giles.* Pero esa tendencia no nos importa. Tenemos fe, glándulas y corazones. O sea, casi todos los palos de la baraja: abundan los bastos y las espadas; yo siempre tengo mis copas y tus ojos son como el dos de oros.

Música maestro, que ahora empieza el tanguito: «El mozo no quiso aceptarme tus ojos como pago. Pero yo, Julia, ni siquiera una guiñada para nadie. Quedate tranquila y decile a tu vieja que no se ponga cargosa, que transija para el lado de la paciencia. Rizzuto me prometió un contrato para el cine. La cosa es entrar por la puerta grande. Cuando me venga la buena nos casamos».

«Precisamos muy poco: una cama, una radio, una bolsa de yerba para el mate y un caballete para que pintés tus cuadros y un primus, me olvidaba».

«Yo prefiero esperar, Roberto. Mi madre no me importa para esto, dijo Hilda, pero quiero tener un chico y un chico tiene que comer todos los días».

«Ya te expliqué, Julia, lo del cine».

«Rizzuto te vende cualquier cosa. Te paga cuatro uiskis, flota hacia el techo con tus invenciones y se olvida».

«Me tiene simpatía, no se olvida de mí, sabe que soy violento. Le dije: si me falla lo estrangulo».

«¿Morirá? ¿Será guerrero?»

«Por entonces se asustó. Pero después rió entre la grasa de su cara y dijo: Usted es un buen actor y un mal borracho. Mierda, le dije, tengo mi cultura además de la alcólica. Mis libros bien leídos, mis copas bien tomadas, mi buen Sotís repleto de landesas. Él me llamó pedante pero después se olvida».

«Y te carbura al borde del estaño para orbitar hacia los cielos rasos».

«Me tiene simpatía».

«¿Te parece?»

«Ya te dije que sí. Mirá: tomá tu reja, tu planta de cedrón, tus buenasnoches. Saludos a tu vieja. Cuidado en el jardín que ya no hay luna».

Mi abuelo, el italiano, el de los ojos verdes, dijo Hilda, se había acriollado y de sus ojos decía que eran dos escupidas de mate amargo. Lo recuerdo porque era El Abuelo entre todos, el modelo perfecto, sin ofender al tuyo. Y era, por lo tanto, el abuelo de Julia, de Chaplin, y hasta de los bastardos de origen ignorado.

Y esto ¿a qué venía? Ah, claro, era por mí, quiero decir por Julia. Abuelo repetía: No te confiés del burro que comienza trotando.

Así empezó la cosa entre nosotros en los principios del cuarentaitantos:

Murió el sargento Laprida, te dijeron y eso te puso feliz como un caballo. Viniste y me dijiste: «Julia, mañana nos casamos».

«¿Qué te pasa?»

«Me hicieron el contrato. Seré un bombero muerto en un incendio. Pero a mí ¿qué se me importa? La cosa es romper con esta mala racha, la racha seca del desocupado. Mi vieja me lo dijo: "Dejalo en manos de San Cayetano". No sé qué chiste le hice sobre mi hermana que queda a vestir santos, la virtud, las velas y los beatos. No me acuerdo pero sí de los altares de su cuarto. En uno ¿te acordás? está mi padre duro y bien muerto en un frío retrato y, en el otro, está ese Cayetano con espigas de trigo, con monedas de canto».

«Mañana nos casamos ¿me dijiste?»

«Sí. Se va la vida, se va y no vuelve. Decidite».

«Sos vos quien decidís».

«Entonces, vamos».

Hablaste con mi madre. Conseguiste la casa, la cama, yo puse el caballete, y como si hubiera sido mañana, nos casamos.

Hubo asado esa noche. Me entristece pensar qué fue de esos muchachos. Estaban todos vivos y eran locos. Pero hoy la locura se les habrá enfriado y sólo la recuerdan aunque muy, pero muy, de rato en rato. La recitan con rencor en el café *Carlista* cuando un loco caliente les pronostica cambios. «Yo esperaba lo mismo, parecen insinuarle, te estás equivocando».

Fue una noche de asado y de alegría. Hubo cantos: los de la República que llegaron aquí después de su naufragio.

¿Te acordás? Formaron una ristra como de bataclanas. Con las piernas desnudas, zapateando en el patio gritaban que hay que sacudir el esqueleto porque se apolilla si se queda quieto. Vos reías, reías, hasta que viste a Mauricio, sonriendo por encima de su palmbich estrenado, sin rodilleras, tieso.

No voy a censurar lo que le hiciste. El vino rojo estalló en su solapa, brotó como hemorragia destruyendo su tétrica postura de empleado. Sólo dije «carajo» y «no me importa» y yo hubiera llorado. Estaba colorado de vino, de vergüenza, de rabia o qué sé yo, serio y temblando. Las bataclanas quedaron con su esqueleto tieso y, más que apolillado, acribillado por estupor y asombro.

Dijiste: «Perdoname, hermano. Yo sólo quería que te sintieras cómodo. Pago tintorería y no hay problemas. Sigamos con el baile y con el canto».

Pero no fue lo mismo. La alegría había abortado un monstruo cabizbajo. Lograste lo peor: un enemigo inerme, un tendero humillado en día domingo, porque ya no era sábado según decían los gallos con su eterno gargajo.

Vos ya estabas borracho y te fuiste al jardín y desde allí decías: «Quiero, como Verlén, orinar las estrellas por sobre los heliotropos asombrados».

He dejado de amarte. Y tus retratos ya no me dicen nada. Están en el cuaderno como una cualquiercosa, fríos como un legajo, como si hubieras sido prócer adulterado, un pequeño canalla engrandecido por intereses varios.

No quiero ser injusta --porque no fuiste eso-- pero quiero decirme la verdad después de tantos años. Y que resuene aquel silencio de la primera noche. Silencio con ronquidos porque debo aclarar que te dormiste sin haberme tocado.

La manzana estaba rodeada y un macizo talego, endomingado dueño de los almacenes, sonreía nervioso emergiendo de su oronda familia.

En la noche, los focos poderosos parecían garantizar la falsedad de las llamas. Y el sargento Laprida correteaba feliz o fingía aplomo esperando impaciente la hora de morir en olor de churrasco.

Rizzuto resoplaba y también murmuraba: «Estos electricistas, siempre con el prurito de no quedar pegados, electrocutados». Mientras, bomberos con las caras tiznadas antes del incendio, fumaban alrededor del tanque de inflamable.

Los vecinos alborotaban desde sus ventanas.

«Silencio», dijo Rizzuto por decir. Luego impartió tareas. Las luces aumentaron y López, detrás de sus tremendos bigotes postizos, inició una escena inconexa.

«Sargento», me dijo. «Ya nadie se anima a escalar. Es una cortina de fuego inexpugnable y hay gentes atrapadas».

Y avancé hacia las llamas.

Noté que la escalera estaba mal asentada contra la pared del depósito pero no era el momento de evidenciar ningún tipo de vacilaciones por lo que seguí subiendo lentamente sobre el disciplinado fuego de los artefactos.

Todo iba bien. Incluso cuando la escalera tembló al ubicarse bajo mi peso y se me cayó el casco. «Más realismo», pensé.

Y hubo mucho más realismo porque el casco había ido a derribar una canaleta incendiada. Hilos de fuego se esparcieron geométricamente por las baldosas mientras que el respiradero del sótano se transformaba en un enigma.

Los focos grandes fueron apagados y quedé en la zona donde presionaba la oscuridad. Se habían olvidado de mí y yo de ellos porque me divertía viendo al talego ejercer su desesperación de pingüino.

Rizzuto desapareció mientras que el talego lo buscaba con ganas de abrazarlo fuerte, de partirle el pescuezo.

Debí bajar de la escalera porque corría peligro de que la retiraran conmigo encaramado. Algunos comenzaron a tirar agua hacia el sótano mientras que el fuego de los artefactos había sido apagado, lo que daba una sensación de frío y desolación intensos.

El talego quería matarnos a todos pero se derrumbó cuando los bomberos de verdad saltaron de sus carros de aspaviento y comenzaron a buscar una boca de agua con sus linternas.

Otros subieron a los techos para violar claraboyas que gemían sus trizas en el aire después del golpe de las hachas.

Una vez derrumbado, se enterneció el talego y, ya fuera porque me tomara por un bombero de endeveras o porque en su pecho no había cabida para el rencor, procedió a contarme la historia de su vida.

Era una historia como otras --a la cual algún día le pondré moraleja-- pero que ya desde un principio demostraba cuán desatinado resulta arriesgar treinta años de sacrificio a las patas de un burro. Es decir, desturftiando la expresión, lo necio que había sido el talego dejándose encandilar por las luces malas del set y de la fama que lo indujeron a confiar el depósito de sus almacenes a Rizzuto que hablabablá como un empresario pero procedía como un artista.

Cuando pronunciaba la palabra artista, el hombre sufría unas arcadas incoersibles que me inducían a compasión.

Pero, como debía desahogarse, esa sucia palabra le explotaba en la boca con demasiada frecuencia provocándole mal aliento, lo que me obligó a recurrir a los cajones que se iban apilando en la calle de donde saqué una botella que resultó ser manzanilla.

Hundido que hube el corcho con este dedo, procedí a reconfortar al buen hombre con tan perfumado brebaje y, ante sus ruegos, también empiné hacia el humo que cada vez era más denso.

A todo esto, algunos bomberos continuaban sin suerte buscando una toma de agua por las inmediaciones.

Al talego le cayó bien la manzanilla y, después de muchos largos besos al gollete, me dijo: «Sargento, he leído mucho en los periódicos sobre la eficacia de su entidad y no desconozco los hechos heroicos y los centenares de

mártires que han ido jalonando la arriesgada vida de la institución. Pero nunca hubiera imaginado tanta fineza ni un trato así de solícito proveniente de un soldado del fuego».

«Para eso estamos, buen hombre, para eso estamos», le dije tratando de no contradecirlo en lo más mínimo para que no se llevara una decepción.

Seguimos hablando de todo un poco y me producía mucha alegría ver como el talego se había sobrepuesto tan rápidamente a la adversidad.

En eso estábamos y él que me decía cómo había ido ahorrando centavo sobre centavo, cuando una ovación saludó el hallazgo de una boca agua por los bomberos. Pese a que el fenómeno era opuesto al de Colón y la muy católica reina, el talego comenzó a aplaudir a la luz del fuego que ahora flameaba en todo su apogeo.

Fue entonces cuando se acercó un oficial de policía para pedir datos al talego y fue muy bien recibido y agasajado.

El buen hombre hizo mi elogio ante la autoridad y quiso, personalmente, convidarnos con bebida más adecuada para lo cual se dirigió a otro montón de cajones de donde trajo un coñac. El policía explicó que no podía tomar estando de servicio pero, por no pasar por guarango y no provocar ofensa alguna, aceptó los tragos.

Seguimos así, en alegre tenida, hasta que llegó la mujer del talego apareciendo no sé de dónde ni cómo había desaparecido. No sé si fue por su presencia, por la mezcla de bebidas o por la fría garúa de las mangueras que nos refrescaba los rostros, pero la verdad fue que el talego tuvo una recaída recordando que yo era un artista.

Le volvieron las náuseas y el alboroto y me denunció como incendiario, como ladrón de manzanilla y como autor de otros numerosos crímenes.

Entonces el guardián del orden me agarró a patadas en dirección al patrullero y me llevó al nosocomio. Quise decir: a la seccional correspondiente. Con lo poco que había chupado parecía estar más mamado que yo, como si el coñac lo transfigurara, pero todo era producto del beber. Quise decir: del deber.

Su cambio obedecía a la sorpresa de ver que yo, a quien había considerado un hombre honesto, era en realidad un simple delincuente. Era yo quien había cambiado.

Recién al otro día Rizzuto me sacó del calabozo.

Te aseguro que me produjo un hueco en el estómago pasar frente a las cenizas del depósito, sin haber casi dormido, con mi disfraz de bombero y acompañado de Rizzuto. Era demasiada desolación, concluyó Peloquieto.

«Sí, dijo Hilda, sí. Pero no sé a qué viene tanta abstinencia: una botella de manzanilla y un poco de coñac. Cuando te trajo Rizzuto seguías borracho».

«Eran los nervios».

«No, no estoy haciéndote reproches. Lo que busco es inventar una verdad casi tan auténtica como una buena mentira».

«Hilda, que hablás demasiado. Dejá que las cosas corran y que vivan o te voy a mandar a Saifa. Nos quedan quizás noventa días y noventa noches

girando alrededor del astro y si, como un perro, te mordés la cola podés evaporarte».

Y así fue como dieron por terminada la noche y se acostaron en la cama más grande.

No era como un rito. Era vital y necesario como hacer el amor, como sembrar para un campesino, como pasar la garlopa para un auténtico carpintero y ensamblar y oler la viruta y reconocer así el árbol. Por eso la otra noche los tomó de nuevo para el juego. Y la vida común estaba reemplazada por otra más auténtica, deseada y elegida.

«Entre bomberos, mi querido sargento, no nos vamos a pisar la manguera. Porque ¿estabas jugando entonces o jugás a que jugabas? No la voy de gatamaula pero, la verdad, es que éramos bastante inconscientes los inconscientes y estábamos en manos de los concienzudos. Notarás que, en estilo cantinflero, me estoy refiriendo a la belepoc. No diré que no hemos avanzado mucho, no. Hay que reconocer que estamos mucho más igual que antes. Esa es la diferencia: lo sabemos. Dame un cigarrillo».

«Tomá, dijo Peloquieto. Si me permitís, estás dando la lata y también interfiriendo en mi juego. Para no tener que aplicar penal, voy a interferir yo en tu mismo tono así quedamos mano a mano; hubo dos belepoques. Puede continuar».

«Reconozco que estuve latosa y me aparté pero, cuando te digo alguna verdad, no tenés por qué ponerte impertinente y pedante porque, al querer profundizar, simplificás más. Guardá los clisés que se te rayan. Amén».

Hilda largó el humo hacia el techo y continuó:

La mugre del cuerpo, cuando es verdadera, ¿tiene olor a kerosén y a girasol o es que el kerosén imita el olor de la mugre? Digo esto por el aroma del almacén que estaba en el frente de nuestra casa, regentado por una familia de polacos. A un costado, comenzaba el bolsillo de payaso pintado con un ocre miserable, con siete puertas color caca. El 3 era nuestro nido de amor.

Cuando realmente murió el sargento Laprida te metiste en el radioteatro. No tenía aparato para escucharte hasta que un día fuiste a la fiambrería y compraste una radio. A pesar de que era usada, costó cincuenta pesos. Pero el fiambrero, que se había comprado una nueva, te la dio a plazos. Entonces pude al fin escuchar tu hermosa voz pronunciando convincentemente lo que abominabas. Y lloré. Y, cuando llegaste, reí por cobardía.

Y es verdad que cuando se derrama una gota se derraman cien. Porque así me hice cómplice, no ya de tu debilidad, sino de los propios Rizzutos y tengo mi culpa.

Pero vayamos hasta el café *Carlista*.

«Hola», nos dijo Mauricio.

«¿Ya viniste a joder?», saludó Pedro. Juan sonrió y ese gesto desmoronó una larga ceniza de su cigarrillo que cayó, como una lágrima en bruto, sobre la solapa de su saco azul.

«¿Estaban hablando de mí?», dijiste.

«¿Quién carajo se va a ocupar de vos?», preguntó Pedro. «Llegaste justo cuando hacíamos caer al gobierno y nos interrumpiste en el momento de instaurar el estado obrero. Sos flor de retranquero, sos».

«¿Voltear al gobierno?, dijiste. Les van a ganar de mano. Me pasaron un dato que viene de la propia bosta del caballo: Como todos saben, Maltuz es muy goloso. Entonces, "¿Gusta un bomboncito, presidente? ¿Gusta otro?". Lo van a matar a dulces».

«¿Por qué no vas y le salvás la vida?, preguntó Pedro. A lo mejor, te acomodás en el cine».

«No, no. No podemos permitir que esos ángeles no tengan sentido», dijiste señalando hacia arriba, al otro lado de la calle.

«Ya empezaste».

«Allí están, tal vez desde el Centenario o, aun, esperando desde el otro siglo, el paso de los presidentes muertos. Señores fallecidos por gula, por cebones; viejos caralisas con sus ideas protegidas por galeras bricanas o kepíes. Y ellos allí, triunfando del hollín, del verdín, del orín, con sus largas trompetas de yeso para tocar a muerto como si quisieran apresurar la demolición aunque bien saben que recién vendrá un día antes del fin de esta eternidad y arrasará sus graciosas nalgas, sus mofletes».

«¿Estás ensayando o snifsnif?», te preguntó Pedro.

«Están, están, imbécil».

Y, cuando miramos mejor, estaban. Los habíamos desapercibido durante años en el frontón de una casa. «¿Cómo los descubriste, Roberto?»

«Bueno, Julia, una noche que esperé aquí y no viniste. Me quedé solo hasta la madrugada. Había perdido el último tranvía y me fui caminando hasta casa. El de la izquierda planeó sobre mi cabeza con el pretexto de acompañarme pero me lloró historias minúsculas: que el otro lo relegaba, esos asuntitos. Lo puse en su lugar recordándole que el municipio no permite andar en camisa por la calle y allí está. Eso es todo».

«Hablemos de otra cosa», dijo Pedro.

Juan continuaba llorando su ceniza y, como Buda sonreía para adentro entre sus largas orejas rasgadas.

«En lugar de perder el tiempo acá haciendo especulaciones sin mucho fundamento científico, habló por fin Juan, ¿por qué no vamos a consultar a Márquez?» Márquez vivía en Boyada. Tocamos el timbre que sonó en el fondo de un silencio excesivo. Luego, golpeamos la puerta, volvimos a pulsar y comentamos.

Un crujido traicionó al habitante. Fingimos consultas como si consideráramos abandonar el sitio. Entonces fue cuando nuestros reojos captaron el triángulo negro del visillo levantado.

Ya era nuestro y llamamos como si fuera la primera vez. Al rato, una vieja con cara de cera y cuello de encaje --pura invención pues estoy segura de que no existió nunca-- nos abrió la puerta.

«Está llenando la bañadera, nos dijo la fantasma con sonrisita. Ya viene».

No sin malicia, un reloj hamacaba su corazón de bronce en la penumbra distrayéndonos para cubrir el mutis de la curruca.

Esfumada la aparición, fueron surgiendo los objetos de un comedor con sillas enfundadas, aparadores con panza y con patas de grifo y tantas otras cosas muy en su lugar.

Sofocando nuestros murmullos, llegó Márquez. Aparentaba tener edad, es decir, era de esos hombres de quienes se afirma que su edad es indeterminable. Lo que sí no se podía determinar, por momentos, era su sexo.

«Bueno, bueno, suspiró. No esperaba esta delegación aunque no me sorprende».

Nos hizo sentar sobre las sillas enfundadas, alrededor de la mesa ovalada que también usaba patas de grifo, y alisó la carpeta que se arrugaba bajo un fuentón de cristal con burbujas.

El silencio saturó el aire hasta que él dijo como un abuelo cínico:

«Cada cual, estará librado a su suerte».

«Mala suerte», dijiste.

«Oiga, Márquez, atropelló Pedro, queríamos saber si tiene hecho el horóscopo del gobierno».

«Los gobiernos son cosas demasiado accidentales y efímeras».

«Sí, sí, aceptó Pedro, pero no nos va a decir que

no sabe nada de nada».

«No».

«No le rogués», le dijiste a Pedro.

«No me hago rogar, dijo Márquez. Quiero significar que, a lo sumo, podría haber perdido mi tiempo en hacer un horóscopo del país. Pero ni eso siquiera». Dejó que el reloj campaneara la escena y agregó: «Lo que se viene es el Amasijón. Para saberlo no precisé de horóscopos. Todo está aquí».

Aquí, era una gastada Biblia que agarró de arriba del aparador.

«Viene en estos siete días aunque todavía no pude averiguar la fecha exacta. ¿Alguno de ustedes soñó en colores?»

No. Nadie recordaba haber soñado así. Entonces Márquez recurrió al libro, como yo ahora, y, en palabras parecidas a estas, se abrió su boca:

Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas: porque el tiempo está cerca.

Yo sé tus obras, y tu trabajo y paciencias; y que tú no puedes sufrir los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos.

Y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado por mi nombre, y no has desfallecido.

(Salteaba cantidad de versículos, vacilaba y seguía).

Mas tienes esto: que aborreces los hechos de los Nikitaítas; los cuales yo también aborrezco.

Yo sé tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, mas sinagoga de Satanás, son.

No tengas ningún temor de las cosas que has de padecer. He aquí, el diablo ha de enviar algunos de vosotros a la cárcel, para que seáis probados. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.

(El libro era un pretexto ya que parecía recitar de memoria.)

El que tiene oído, oiga.

En verdad os digo, que allí se han entronizado los que tienen la doctrina de los Nikitaítas, lo cual yo aborrezco, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. Conozco sus obras, que no son ni fríos ni calientes.

¡Ojalá fueran fríos o calientes!

Mas porque son tibios, y no fríos ni calientes, les vomitaré de mi boca. Porque dicen: somos ricos, y estamos enriquecidos, y no tenemos necesidad de ninguna cosa y no conocen que son cuitados y miserables y pobres y ciegos y desnudos...

Y después de estas cosas vi cuatro ángeles caídos que estaban sobre los cuatro ángulos de la tierra deteniendo los cuatro vientos de la tierra, para que no soplase viento sobre la tierra, ni sobre la mar, ni sobre ningún árbol. Y vi otro ángel que subía del nacimiento del sol, teniendo el sello del Hombre vivo: y clamó con gran voz a los cuatro ángeles, a los cuales era dado hacer daño a la tierra y a la mar. Y he aquí que él traía viento nuevo sobre la tierra, y vivificante, y la gloria y la sabiduría, y la honra y la potencia y la fortaleza. Y todos serían así liberados.

Y he aquí que el primer ángel de los cuatro tocó la trompeta, y fue hecho granizo y fuego, y la tercera parte de los navíos pereció.

Y el segundo ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una grande estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó en la tercera parte de los ríos, y en las fuentes de las aguas.

Y el nombre de la estrella se dice Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas fue vuelta en ajenjo: y muchos hombres murieron por las aguas, porque fueron hechas amargas.

Y el tercer ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo en la tierra; y le fue dada la llave del pozo del abismo.

Y del humo del pozo salieron langostas sobre la tierra, y el parecer de las langostas era semejante a caballos aparejados para la guerra, y sus caras como caras de hombres, y en ellas la señal de la bestia.

Y tenían cabellos como cabellos de mujeres: y sus dientes eran como dientes de leones, y tenían corazas como corazas de hierro; y el estruendo de sus alas, como el ruido de carros que con muchos caballos corren a la batalla, no mataban el sonido del miedo de sus débiles mandíbulas, y su poder era hacer daño a los hombres cinco días.

Y el cuarto ángel tocó la trompeta; mas habiendo pasado el día quinto subió el ángel del nacimiento del sol, y aniquiló a los ángeles de los cuatro ángulos de la tierra.

Todo lo dicho ocurrirá. Y los falsos apóstoles yacerán entre cenizas.

Y los moradores de la tierra se gozarán sobre ellos, y se alegrarán, y se enviarán dones los unos a los otros; porque éstos y sus cuatro falsos ángeles han atormentado a los que moran sobre la tierra.

Mas no será sólo el ángel del nacimiento del sol, y otros vendrán nacidos de todos los pueblos y tocarán la trompeta, y serán hechas grandes voces en la tierra, que dirán: los reinos del mundo han venido a ser del Hombre y sólo para el Hombre limpio de la señal de la bestia, y reinará para siempre jamás. Amén.

«Y, si es verdad que aquel viejo caduco no pudo haber dicho exactamente estas palabras, yo así las dije y queden como ciertas e irrefutables».

«Sí, dijo Peloquieto, así fue la cosa. Después Márquez depositó la Biblia como a una amante agotada o ni siquiera eso: como un pellejo muerto o una naranja chupada, junto a la roca de cristal con burbujas y afirmó que aquello que nos había leído, junto con otros anuncios hechos por él, no eran otra cosa que el Amasijón y que se produciría antes de siete días».

Toda su perorata le había conferido grandeza y su cuerpo se había vuelto diáfano pero su cuero comenzó a revelar mataduras semejantes a la del que forraba el manoseado libro cuando nos confió sus precauciones ante el Amasijón.

Se reveló, él, también, como un falso profeta cuando admitió que separaría su destino del nuestro gracias a sus reservas de porotos, de recortes de cáscaras de queso, de enlatados, de tachos y bañaderas llenos de agua.

Con profunda tristeza, le dije: «Váyase a la mierda, señor», ya que entre nosotros no existía demasiada confianza.

Se volvió sulfuroso pero quedó mudo, pues no esperaba semejante actitud por parte de sus discípulos. No lo dejé reaccionar y agregué: «Sí, señor. Yo también tengo mis ángeles alcahuetes y algo que despertará su codicia: verdaderos sueños en colores cuando mezclo la grapa con el vino».

Porque realmente desperté su codicia o porque quiso desviar la atención de mis primeras palabras, lo cierto es que se mostró de inmediato ávido por conocer la sustancia de sueños de tal categoría.

Y le conté, no sé si te acordás, el sueño blando y recurrente que funcionaba así:

Son siempre iguales y, cuando comienzan, ya los conozco íntegros como si se tratara de una vieja película filmada por mí. Sin embargo, como su autor es un artista, cada vez causan lo que deben provocar, accionan los mecanismos necesarios y consiguen decir algo.

La cosa empieza como si fuera fatal y es inevitable.

En una habitación penumbrosa que da a una vieja galería, estoy sentado junto a una mesa de ping-pong sin red y cuya tabla es de color pizarra claro. A la otra punta se sienta un desconocido mayor que yo a quien percibo claramente (ahora mismo veo su rostro pero no puedo describirlo porque no lo recuerdo) y sé de él que nunca lo encontraré por ahí a menos que se den muy especiales circunstancias. Después de tantos sueños, sospecho que ese hombre es solamente una imagen idealizada de migo mismo.

Cada uno de nosotros dos se encuentra interesado por otra cosa. El mira hacia el fondo de la pieza y sé que habla con otros tipos que, supongo, juegan billar.

Doy un perfil a la mesa y el izquierdo a la puerta que da a la galería. Estoy bien despierto pero sueño que sueño otro sueño en el cual también participo. El primer sueño es secundario, el segundo primario y son paralelos o simultáneos.

En el primero sólo omití un elemento que es fundamental: una araña pollito.

Esa araña viene tecleando hacia mí, lo que me obliga a tamborillear los dedos en el borde de la tabla. Entonces regresa hacia el otro que cumple una maniobra similar. Todo sigue así, sin variación alguna, y es muy desagradable.

El sueño número dos ocurre en el costado izquierdo de la habitación, a la derecha de mi contrincante, y es color amarillo. Todo allí es amarillo si bien en sus diversas tonalidades. Transcurre en la luna.

Allí todo es gomoso, quiero decir, blando.

Hay un buzón que se curva y hay una música, mi dios, qué música, que también es blanda y no suena pero hermosa y adecuada. Tampoco puedo memorarla. La percibo con la vibración de mis partes rígidas, mis huesos, como un sordomudo de nacimiento que nunca tendrá el prejuicio del oír que pudiera tener un sordo impuro.

Y un tranvía reblandecido en el cual viajo y eso me satisface. Pero tengo que apartar a la araña.

Al mismo tiempo estoy desdoblado -ahora en tres- en un vendedor de diarios que se apoya en el buzón y me mira y me juzga. Comprendo que mi satisfacción es idiota. Que, mientras le siga el juego al tipo de la araña, no habrá felicidad para nadie.

Tengo que apartar a esa araña.

Entreveo sólo tres posibilidades: ir decididamente al juego del otro, dejando que todo continúe igual; no espantar más a la araña, pero me saltaría al cuello; o aplastar al bicho lo que derrumbaría todo el sueño de la derecha --yo incluido-- y mi mundo lunar se expandería por toda la pantalla. Pero sufro miedo y asco y no lo hago.

Alguna vez me animaré, quiero creerlo. Dejaré de ser cómplice.

Este, Márquez, concluí, es mi Amasijón de bolsillo. Tal vez coincida con el suyo aunque es más lúcido y no esquiva la responsabilidad de los hombres. Demuestra que estamos fritos si vamos al juego de los otros.

«Oh, oh, oh tú, que desbudelas uturuncos», gritó Hilda.

«¿Yo desbudelo?»

«Tú desbudelas».

«¿El desbudela?»

«Nosotros desbudelamos».

«Bien, dijo Peloquieto, bajate de la mesa y desbudelá todo lo que se te antoje».

«No, desbudelaremos juntos: Oh, tú, que desbudelas uturuncos».

«Amasijado seas».

«Por los siglos de los siglos».

«Amén».

«¿Eso es todo?»

«Es nada. El asunto está en saber si llegó la fin del mundo».

«¿Cuála?»

«La de Márquez o tu Amasijoncito de bolsillo».

«Veamos: No tardó el ángel de la trompeta en ver pasar el féretro del gran presidente Maltuz, muerto a dulces. Algo se había cumplido pero nada había cambiado. Entonces ¿qué?»

«Entonces estaba gestándose la edad de los desbudeladores», continuó Hilda.

«No entiendo nada».

«Entendé o te rompo el alma a patadas. ¿Entendido?

«Entendido».

«Márquez se metió en la bañadera y allí se comió sus porotos y sus recortes de queso eructando frustración. Con su boca bajo el nivel de las aguas, burbujeaba: *putdebotle, putdebotleindeuoter*. Era todo lo que quedaba de aquel falso profeta».

«Y yo ¿qué hice?»

«¿Vos? Pensaste en vos. Te mirabas el ombligo o mirabas el techo, como un pájaro cuando toma agua. El ombligo, calculando si podrías hacerme el amor luego de haber mirado tanto techo al empinar el codo».

«Campaña falsa. Campaña canallesca».

«Bah, pero la cosa mejoró para nosotros. Comenzaste a filmar y tu hermoso rostro, afeminadamente varonil, brotó en las revistas de cine. Estabas triunfando. ¡Aleluya! ¡Aleluya, cha-cha-cha!»

«Llegaron los desbudeladores, agregó Hilda, que vienen a ser los bomberos del Amasijón, para imponer el orden y todos ellos, cada uno a su tiempo, se sintieron dioses porque les habían enseñado que al principio fue el caos. Alumno Peloquieto: súbase a esta mesa, de la cual el vértigo me arroja, y háganos una exposición científica del mecanismo desbudelatorio, según Prax».

Pelo se limitó a sentarse sobre el borde de la mesa y dijo:

«Bien, este... el mecanismo desbudelatorio, pese a haber obtenido lamentables triunfos en las últimas décadas, ya había sido definido por Prax como un mero paliativo. Prax apoyaba su tesis en un análisis objetivo de la historia que sólo contribuía a corroborarla y los hechos posteriores no han conseguido sino robustecerla aún más.

La desbudelación sólo ha obtenido triunfos parciales, aunque trágicos y muchas veces prolongados, sobre los uturuncos en la escala mundial. En los casos en que se ha logrado erradicar los más graves estadios del

desbudelamiento, la lucha debió continuarse aunque con enorme margen a favor de los uturuncos.

Los desbudeladores tienden a provocar graves recaídas en filas uturuncas porque han practicado la contaminación masiva. Aquellos uturuncos que han logrado la inmunización natural o científica son una ínfima minoría y sólo pueden llevar hasta el fin la lucha antidesbudelatoria apoyándose en las grandes masas que, por vivir en el campo o marginadas de la civilización, se hallan incontaminadas hasta cierto punto.

En cuanto a la situación actual del problema, en esta zona del mundo, el hecho más significativo es que el Amasijón ha cambiado de signo.

De haber sido utilizado, el Amasijón, como un arma intimidatoria global para detener el uturunquismo incipiente ha pasado a ser un peligro sólo para desbudeladores. Es decir: de haber querido representar la fin del mundo, ahora solamente significa la fin de un mundo que únicamente a los desbudeladores interesa conservar. En esas estamos, doña».

«Muy bien, niño Peloquieto. Se ha ganado un 10 y una caja de útiles. Ahora hablaré yo. Les contaré un cuento durante el recreo porque llueve y no pueden salir al patio».

Llovía realmente. Era una tormenta que profundizaba la noche y el aislamiento. En el local de *La Principal* las palmas parecían intuir un rescate, creer que los rayos y el agua las liberarían de sus macetas. Sólo faltó un gato malparido que les fuera con algunas reflexiones cínicas para abatirlas, pero no había nadie más que los dos adolescentes y eso fue, sin duda, una buena fortuna para las palmas que quedaron a la expectativa.

«Alumno Peloquieto, dijo Hilda. Usted omitió decir que muchos uturuncos suelen sufrir recaídas desbudelatorias y que sólo pueden reaccionar ante el desprecio de sus iguales o ante un desacertado ataque desde el campo desbudelador que bien se cuida de hacerlo, por regla general. Pero esto está más desarrollado en la lección del miércoles próximo».

Vamos ahora a nuestro lindo cuentito:

«Había una vez un país donde hablaba la perdiz y el zorro era comisario... Pero no. Por aquí vamos mal, vamos mal, mal».

«Perdón, estaba equivocada. Dame un cigarrillo y empecemos de nuevo».

«Tomá. ¿Desde dónde?»

«¿Qué importa? Desde cualquier parte. Lo importante es que no nos equivoquemos demasiado. Propongo que consideremos un éxodo».

«Éxodo ¿de qué?»

«Eso lo iremos descubriendo o no».

«¿Sabés que me gusta? Porque una vez pensé sobre ese asunto y creo que hay dos o tres formas de éxodo aunque cualquiera de ellas, contra lo que pudiera creerse, están respaldadas por una gran fortaleza, por una visión muy profunda y a largo plazo que finalmente triunfa.

»El éxodo es sólo una táctica pero infalible si se la aplica con sabiduría. Uno, puede llamarse pasivo: el tipo se va seguido de unos cuantos, se fortalecen con la perspectiva, vuelven y triunfan. Otro, podría considerarse positivo: el tipo se fue y volvió solo pero a su paso se unen muchedumbres. Y

habría uno más que combina a los anteriores y es sinuoso, va y vuelve, se debilita y crece, irrumpe y huye».

«Pelo, mi amor, hoy parece que estás para dar lecciones. Mirá; no sé si será como vos decís pero propongo una cosa: que el nuestro combine las tres formas si es preciso, pero que no pueda escapar de la ciudad. Levantaron los puentes, el puerto está bloqueado y los aviones evitan esta peste. Lupo está condenado a un éxodo inmóvil».

«Ta bien, Hilda, exodamos. Exodamos, nomás». Hilda ya estaba carburando. Sin embargo esperó que un relámpago le fertilizara la imaginación antes de comenzar.

«Había una vez un país -dijo- donde la gente no era feliz porque muchos se creían muy zorros. Estos zorros eran también unos pobres infelices: los que vendían tónico capilar, eran calvos; los que vendían libros, analfabetos; los que vendían la salvación eterna, unos perdidos; los que vendían protección, desamparados. En fin, en ese dominio de los intermediarios, todos se creían muy zorros pero eran perros del perro de los perros».

«Estaban también los que no vendían nada. Compraban y eran estafados. No vendían nada pero los zorros, los muy perros o sea: los hijos de perra, traficaban con sus cuerpos».

«Telón. Te sacaste las ganas de contar un cuentito. Yo, Roberto Lupo, emprenderé un éxodo secreto».

«Una secreta exodación».

«Un alarmante exudado».

«¡Vergüenza!»

«Pecado oxidado, ra-ra-ra». Hilda rió, encendió otro cigarrillo y dijo: «Lo que resultaba más sospechoso era que nada se había modificado. Eran las mismas gentes con sus caras de siempre, violetas o verdes según cambiaran las luces de neón. Dentro del ómnibus, todos vacilaron hacia delante cuando el policía cortó el paso. El tipo miró hacia fuera por la ventanilla y sudó con la frente y con las sienes: tenía miedo sin saber por qué».

Julia estaba en el *Carlista* ante una mesa para ella sola. Tres metros más allá sus amigos hablaban junto a la ventana del café como si fueran desconocidos.

El tipo que había sufrido aquel miedo entró apartando las puertas batientes que daban a la esquina. Llegó hasta Julia y la besó.

«Hace rato que te esperaba».

«Sí. Desviaron el tránsito y eso me demoró más. Cubana sello rojo».

«¿Doble?», preguntó el mozo.

«Como siempre».

«Roberto, todo esto es ridículo. O no venimos más *al Carlista* o..».

«O», dijo él.

El ruido de cuarenta conversaciones mezcladas subía y bajaba, chocaba en direcciones contrarias formando crestas como un mar en una costa profunda.

«Ahora sí que quisiera estar en Sotís con vos, Julia». «¿Quisieras escaparte?»

«¿De qué?»

«Claro, ¿de qué?»

«Ojalá existiera algo que me diera terror. Algo concreto, quiero decir. Porque, a veces, sufro miedo. En Sotís recorreríamos las costas del Garma hasta no aguantar más el frío. Habría un hermoso crepúsculo pero inmediatamente llegaría una noche espantosa a las calles. Entonces compraríamos un libro, una revista, una botella, bastantes cigarrillos, y nos iríamos a la cama protegidos contra el mundo por la felicidad y el calor que irradiarían nuestros cuerpos».

«Claro. Doblemente protegidos del mundo porque no estaríamos en el nuestro. De todos modos, eso no es más que un deseo».

«Levantaron los puentes».

«Bajaron los tanques. ¿Y Chicci?»

«¿Chicci? Con sus solemnes payasadas. Vení, les voy a contar a los muchachos».

«¿A qué estás jugando, Roberto?»

«No quiero contarlo dos veces».

«Lo que querés es público».

«Vamos, idiota».

Se acercaron a la mesa de sus amigos. «Hola», dijo Mauricio.

«¿Ya viniste a joder?, saludó Pedro. Juan sonrió y ese gesto desmoronó una larga ceniza de su cigarrillo que cayó, como una lágrima en bruto, sobre la solapa de su saco azul.

«¿Estaban hablando de mí?», preguntó Roberto.

«¿Quién carajo se va a ocupar de vos?, dijo Pedro. Llegaste justo cuando hacíamos caer al gobierno y nos interrumpiste en el momento de instaurar el estado obrero».

«¿Voltear al gobierno?, dijo Roberto. Ya les ganaron de mano. Chicci, que es un caballero foráneo y obsoleto, calóse el hongo, se puso el entallado sobretodo negro y agitó sus pantalones de fantasía sobre sus polainas hasta el largo automóvil».

«¡Tontos, más que tontos! ¿Ignoráis, acaso, que luego el pequeño Chicci abordó el buque insignia en la vetusta dársena?»

Y eso no es todo. Dos gordos ministros llegaron bufando cuando ya habían retirado la planchada. El primero, saltó graciosamente por estribor y, bastante descompuesto, declamó: «Presente, excelencia», ganándose un histórico abrazo.

El otro lo que más cerca encontró fue la popa y, como el miedo no es sonso, se largó igual. Perdió la galera y el paraguas mientras que dos fornidos marineros lo izaron de su indecoroso pataleo.

En eso llegó un portavoz rebelde. Se cuadró y, sacando un bando, se puso a leer a los gritos:

«Al pueblo de la Nación:

»Las Fuerzas Armadas triunfantes se han levantado contra un régimen corrupto desde sus bases, que no representa más que a un pequeño grupo y burla la voluntad mayoritaria del pueblo que sólo exige el fiel cumplimiento de las leyes y el respeto de sus profundas convicciones democráticas.

»Como intérpretes de los anhelos populares y en salvaguarda del prestigio de la Nación, los jefes militares pundonorosos se han visto compelidos a tomar las armas para rescatar las tradiciones inmarcesibles de la Patria asentadas en los tres sólidos pilares de Dios-Patria-Hogar, con la convicción de que la historia sabrá justificar esta acción que han emprendido en cumplimiento de elementales e irrenunciables deberes.

»¡FIRMADO, GENERAL DE DIVISIÓN, *MARCIAL FOCILÓN!*»

No se sabe si los fugitivos lo oyeron pero sí trascendió que el portavoz tuvo que sentarse en un pilón por la cianosis, ¿saben?

«Basta, loco, dijo Pedro. Nos van a llevar a todos en cana. »

«Francamente, éste podría usar su imaginación para algo más productivo. ¿Por qué no te ponés a hacer guiones?», comentó Mauricio.

Entonces Julia y Roberto se fueron. El afirmaba que era cierto todo lo que había dicho aunque no quería revelar de dónde lo conocía. Las patrullas en las calles daban verosimilitud a esa historia fantasiosa.

Al otro día Julia no supo nada sobre el paradero de Roberto, concluyó Hilda. Contá donde anduviste, pelandrún.

«Fue un amigo de Rizzuto, un coronel retirado, quien me dio esa versión. Después vos misma, Julia, pudiste ver que era cierta, afirmó Peloquieto. Te dejé en casa y fui hasta el boliche a comprar cigarrillos. Mientras tomaba mi *cubana* en el mostrador, entró Juan. Me contó que, no bien salimos del *Carlista,* cayó la policía a pedir documentos y que el patrón se había asustado y afirmado que yo era un agitador, dándoles mi nombre.

»Fui a casa hasta que te vi dormida, casi como ahora, y me escapé. Pero tenemos que acostarnos ya pues no doy más. La seguimos mañana».

TRES

Te diré la verdad sobre ese período, comenzó Peloquieto. Como la versión que tuviste hasta ahora te convenció sin reparos, sé que te será muy difícil creerme. Aceptaste que me había escondido en la quinta de Rizzuto pero, en realidad, fue así:

Supuse que el sitio más seguro de la ciudad sería el barrio aristocrático y por eso me fui derecho a la zona de La Recova. Allí entré al *Garete* para tomar

algo y pensar qué hacer.

Frente a una mesa medio arrinconada, de espaldas a la pared, estaba El Elusivo.

«Hola, le dije. Si no espera a nadie, lo voy a acompañar».

«Tanto como esperar, no espero. Aunque, en una de esas, lo estaba esperando a usted».

«¿Me esperaba?»

«No, nada de eso. Pero ¿quién podría afirmar rotundamente lo contrario?»

«Bueno, de todos modos, quisiera no haber sido demasiado impuntual», me burlé.

El Elusivo estaba tomando una de esas mezclas malditas que se llaman Arco Iris o Bandera de no sé dónde, hechas con franjas de licores. Tenía una cara lisa y siempre usaba anteojos oscuros.

Me pregunté si sería prudente hablarle con franqueza.

«¿Qué se sabe de la revolución?»

«¿Revolución?», preguntó.

«Sí».

«Bueno, tanto como revolución no debe ser, me parece. Tal vez se la podría llamar asonada, no sé. Esta tarde no leí más que los cables en el diario. Las cosas están feas en todas partes. Fíjese que en Ulitusa parece que hubiera habido algo así como un terremoto. Cinco mil muertos, dicen».

Miré, sobre el mostrador, las campanas de vidrio que protegían los huevos duros -allí se comían para acompañar el whisky- y lamenté que no fuera posible encerrar al Elusivo en una de ellas.

Observarlo resbalar en el primer huevo y caer en el borde del plato. Luego ver cómo se las ingeniaba con su paraguas para llegar a la cúspide abriendo pequeñas heridas en la clara y gozar con su decepción cuando tratara de alcanzar el agujerito del techo por donde, de todos modos, le sería imposible escapar por ser tan estrecho.

En eso llegó Elba a quien yo había visto una o dos veces, y le dijo al Elusivo: «¿Me esperaste mucho, Elús?» y me saludó con verdadera alegría.

«Está fantástica esta revolución aunque, bien mirado, podría ser mejor -comentó Elba-. Algunos tipos de este barrio que tocaran el violín-violón, por ejemplo, ¿no te parece, Elús?»

«Oh, qué feo que es ser resentido. ¿Qué tomás, gorda?», suspiró Elús.

«Pero decí qué te parece. ¿No sería mejor como yo dije?»

«O peor, o que no hubiera ocurrido, gruñó Elús. Mirá: si me hiciste esperar demasiado o si te estuve esperando, no sé. Lo que sé es que dudo que pueda seguir esperando que vos esperes que te espere indefinidamente».

Y se fue.

«Es un desesperado, rió Elba. Cuando lo sacan de sus casillas no sabe ni lo que dice. Es un tartamudeador de palabras enteras».

La acompañé en la risa.

«¿Qué tomás, gorda?», le dije.

«No me llames así, no sos ningún tilingo. Tampoco te burles de él, porque no es tu amigo».

«Tenés razón, acepté. Servirías para un papel de carácter. ¿Qué tomás?»

«Lo mismo que vos. No todos pueden subir tan rápido como vos. ¿Papel? Bolos, papelitos en jiras por provincias y eso con mucha suerte. Me pregunto si seré realmente una actriz».

«Yo también tengo dudas con mi vocación, mentí, por eso estoy aquí».

Levantó las cejas.

«Sí, necesito un lugar solitario donde pueda esconderme y empezar a pintar. Eso es lo que preciso: un lugar secreto aunque fuera la última mazmorra. ¡Ahora mismo!»

Descubrí que ella no me creía. Se había dado cuenta absolutamente de todo.

«Ajá, dijo, hagamos un pacto. Te doy esa mazmorra. Ese lugar secreto. Hasta te ofrezco comida. Pero con una condición: aparte de pintar no harás ninguna otra cosa y tendrás que producir un cuadro por día».

«¿Estás loca? ¿Sabés lo que significa un cuadro por día?»

«Por semana, digamos».

«Mirá, te puede salir un cuadro en un día o en una semana, pero también puede llevarte meses. Es muy elástico el asunto».

«Uno por semana. ¿Sí o no?»

«Aceptado».

«No te hagas problema. El aislamiento y la castidá te van a ayudar».

«¿Cómo es el asunto?», quise saber.

«Yo no hice preguntas».

Había resultado ser una mujer muy diferente de lo que yo pensaba de ella. Estuvimos hablando de todo un poco sin aburrirnos para nada.

Ocurrió que vivía a media cuadra del *Garete,* en una casa de departamentos bastante lujosa para esa época. Me llamó la atención pero no dije nada. Subimos al cuarto piso donde Elba me sacó del ascensor y murmuró: «Es en el quinto. Te me quedás en la escalera sin que te vea nadie. Vas a entrar de contrabando. Si demoro mucho en venir no te pongás nervioso. Fumá».

Y subió al piso de arriba.

Por un lado me divertía y por el otro me daba una bronca bárbara. No me convenía irme y dudaba si sería bueno quedarme. Entonces fumé como un tipo que espera en la maternidad, sin sentir ningún gusto.

El automático apagó las luces y la claridad de afuera empezó a notarse contra una pared de la escalera mientras que, en la opuesta, miles de puntos brillantes estallaban como estrellas frías en el vidrio grumoso de la ventana.

Me dediqué a mirar esas chispas congeladas hasta descubrir que formaban un archipiélago y que, cuando por alguna calle de los alrededores

pasaba un auto, un faro se encendía en cada isla y barría el mar de vidrio en semicírculo.

Percibía que, en la luz descompuesta, incoherente y mezclada de cada estrella o isla o quieta chispa, se procedía a una indeseada promiscuidad de intimidades y de ámbitos. Y que, sin embargo, al mismo tiempo las luces de las ventanas y de los faroles de los alrededores se combinaban en cada grumo de vidrio de un modo diferente de acuerdo a leyes o armonías propias. Cada grumo era un mundo en un universo plano que yo no llegaba a comprender porque pretendía interpretar cada matiz o cada destello tratando de descubrir su fuente pero esas estrellas frías ya nada tenían que ver con su contorno.

Alguien entró en la planta baja. Apretó un botón que borró los grumos luminosos y pulsó otro despertando al motor del ascensor que tosió y zumbó mientras que la caja iba dejando un chasquido por piso como si llevara la cuenta, con los dedos de una mano reseca, para estar segura de dónde debía detenerse.

Esto se repitió demasiado mientras que Elba no volvía y yo la insultaba desesperadamente inmóvil, con los riñones fríos contra los escalones de marmolina, fumando a veces.

El ascensor transportaba trozos de diálogos que morían en algún piso detrás de una puerta de madera o silencios que podrían significar amor, que podían significar odio, que podían significar hastío.

Había encendido un cigarrillo y comprobaba cómo la brasa teñía las islas más cercanas, cuando una disputa trepó por la estructura del edificio. Al principio fue como una música, como un cántico, pero después era algo desolador que me llenaba de asco y de tristeza.

La cosa se hizo más fuerte y en algunos lugares aumentaron silencios atentos, quietos espacios huecos acechantes. De pronto se callaron y casi en seguida se abrió una puerta a un lamento de mujer y telas hicieron frufrú, en la caja de resonancia de la escalera, iniciando una huida. La puerta de calle golpeó y todo volvió a lo normal dentro del edificio.

Elba ¿se habría burlado de mí? ¿Habría tomado algún viaje de ascensor para dejarme allí, solo, como un idiota? No lo creía pero ya tenía ganas de irme, de dejar que me atraparan si era que alguien alguna vez había querido hacerlo.

Las islas de vidrio se iban apagando de a poco hasta quedarse quietas y adormecidas. Sólo de vez en cuando se encendían de golpe, con crudeza y sin misterio, cuando alguien iba a uno de los baños que daban al mismo pozo de aire. Corría el agua y las islas volvían a entornar sus ojos.

Una sirena se iba acercando. Podía tratarse de una ambulancia o de un coche policial. Comprendí que podrían venir por el lío de abajo y calculé qué sería mejor: salir de esa trampa o quedarme dejando que pasara lo que quisiera pasar.

Me quedé. A todo esto, la sirena ya estaba cerca, ya se detenía en la calle. Pasó un rato sin ninguna novedad. Me corrí hasta el quinto piso y asomé la

cabeza contra la pared y sobre el último peldaño. No sabía cual puerta podía ser la de Elba y resultaba peligroso estar allí y que saliera alguien y me descubriera en esa actitud.

Volví a mi lugar junto a las estrellas dormidas. La sirena se encendió de nuevo y se alejó. Recién entonces me di cuenta de lo cansado que estaba, del sueño que tenía.

En el quinto se abrió una puerta: algunos comentarios, risas discretas, despedida. El ascensor subió y bajó. Se abrió y se cerró la puerta de calle; recién entonces se cerró la del quinto. Pac, volvió la oscuridad. Las chispas de vidrio estaban cada vez más pálidas, esfumadas.

«Es absurdo, protesté, completamente absurdo». Fumé. El sueño se me iba. Tenía ganas de tomar una copa. «Mierda, murmuré, grandísima mierda. ¿Qué estoy haciendo acá?» No encontré ninguna respuesta.

Lo. único que quedaba por hacer era esperar la mañana, salir sin ser visto, ir y explicarle a Julia cualquier otra historia de esa noche. Cualquiera, sin pensar demasiado, ya que la única que no me creería sería la verdadera.

«Ro». Alguien pretendía hablar con mi nuca: «Vení, Ro».

«¿A quién llamás?»

«A vos, ¿a quién si no?»

«Podría ser a un perro, Elba. Yo me llamo Roberto. Robertito, Tito. ¿Por qué Ro?»

«Vamos, movete Ro, no seas tan pesado. Subí».

«Guauguau», le dije y trepé apoyándome también en las manos. Antes de incorporarme, le olí entre las rodillas, un poquito más arriba. Olía bien.

«Tarado, me dijo, seguime sin hacer ruido». Me dio una mano y nos introdujimos en las sombras.

Un dulce aroma a perfume humano triunfaba sobre el de extractos importados, bebidas y humo frío de tabaco. Doblamos hacia la izquierda y olía a moho, a sumidero dormido. Ella se detuvo y me empujó contra una pared muy fría.

«Dejame cerrar la puerta, dijo. Ahora seguí mis pasos, caminá derecho sobre una línea de baldosas». Eso no era caminar: un pie iba siempre delante del otro, no había espacio para más, y cuando un zapato se corría demasiado hacia un costado sonaba ting y sonaba tríndiling.

Nos fuimos acercando y finalmente llegamos, luego de atravesar otra puerta, a un lugar con toda una pared listada verticalmente de luz y donde corría el aire.

«Ro, he aquí tu mazmorra».

«Prendé la luz», le dije.

«No, no. Sólo luz natural. Vida sana y fiebre creadora. Ya vas a ver».

«Escuchame una cosa: ¿qué inventaste? ¿me querés meter en un lío peor?»

«¿Cuál lío?, preguntó; mirá: sólo tenés que obedecer. No me hagas perder más tiempo. Vendré todos los días por la mañana o por la noche o cuando sea posible, y te traeré lo que precises. Esta puerta de fierro tenés que

dejarla cerrada y no te muevas de aquí. En esa punta hay un baño de servicio que no se usa. Tenés que esperar que otros hagan correr agua tratando de coincidir. Ya te acostumbrarás. Adiós, Ro. Mañana te traeré pintura y todo eso».

Y se fue, caminando hacia atrás, agachada a medida que iba borrando la pista que había despejado entre las botellas para nuestra entrada.

Hubiera armado un gran escándalo, en circunstancias normales, pero pasó que no creí una palabra de lo que había oído y dudé mucho de la realidad vislumbrada. Cuando acomodé la vista encontré una colchoneta de goma inflada, una manta, un vaso, una botella con un buen resto y cigarrillos. Tomé un trago, me tiré, me tapé y olvidé toda esa noche absurda.

Decenas de bronquios aventaron de sí sus tenues tapices saludando el nuevo día y apretadas burbujas camuflaron el hedor a sepulcro de tantas bocas clausuradas como abluciones giraron cantando hacia el fondo de las cañerías. Después el sol se colocó alto sobre los patios de toda esa manzana y sólo el hambre logró abrirme los ojos.

Abrir los ojos fue volver a cerrarlos. «Estoy tomando mucho», pensé. Me tapé la cara con las manos y espié hacia lo alto: El techo estaba listado en abanico. Cerré los ojos y sacudí mi cuerpo: No estaba en un lecho corriente; el colchón tenía una sorda resonancia metálica.

De pronto me resigné a aceptar la existencia de Elba, del Elusivo, del general Focilón, de todo el asunto en el que estaba metido.

Hacía calor y tenía hambre. Por el ángulo que formaban la pared y el piso de baldosas, circulaban pequeñas hormigas coloradas. «Debe de haber comida cerca», deduje. Pero no me movía. Sentía el cuerpo relleno de huesos, salvo en el estómago, y estaba como maniatado.

La mirada perdida en la plancha de hierro de la parte inferior de la puerta, traté de adivinar con la piel, con los músculos superficiales, qué era lo que me estaba pasando.

Percibí humedades, zonas entumecidas y duras espirales que me apretaban en diversos sentidos. Entonces recordé que debía de estar vestido, hasta con corbata. Expandí los músculos del cuello como para hacer saltar el botón pero no hubo resistencia.

Pronto me cansé de ese juego. Tenía que levantarme, bañarme y comer. Y ¿qué cuernos estaba haciendo Elba que no venía de una vez? Maldita. No pensaba moverme hasta que no apareciera. Me moriría de hambre, de calor, de sed. Reventaría con tal de complicarle la vida por no estar allí para complacerme.

Después el sol me pegó en el lomo. «El sol quita el hambre, me dije, y la inmovilidad la adormece». Allá abajo, en los patios, había ruido de palos, de latones, de mujeres fregando y hablando y de niños. Dos o tres radios, a potencias bastante discretas, mezclaban sus emisiones. Yo mantenía los ojos cerrados o miraba sin ver, padeciendo una histeria seca, asfixiante, punzante, enceguecedora, como una nube de gofio.

Me mantuve en un ensueño rencoroso casi hasta el crepúsculo. Entonces recobré, no la alegría, pero sí cierta tibieza interna que me permitió relajar

todos mis músculos y respirar hondo. Fue en ese instante que noté como la vejiga estaba a punto de estallarme y me deslicé hasta el baño.

Orinado que hube, sentí renacer el optimismo y resolví adaptarme a mi situación. «Después de todo, en el peor de los casos, le digo a Elba que me voy y chau», razoné.

Como noté que no había lámparas eléctricas de mi lado, decidí que antes de que oscureciera debía hacer alguna exploración. Espié por un vidrio a un ámbito hecho para cocina pero aparentemente sólo destinado a depósito de botellas vacías. Por allí habíamos atravesado la noche anterior con Elba.

La mayoría correspondía a las botellas de bebida blanca, había unas pocas de vino y muchas de perfume. Como una ciudad de vidrio, cubrían la llanura del piso, las laderas de los estantes y la cúspide de la heladera.

La refrigeradora estaba junto a la otra puerta, a la que daba a las piezas interiores, y era lo único que parecía vivir en la casa cuando se acaloraba y vibraba para enfriar.

«Esta cocina sí que ha sido tomada», me dije. Me pregunté si habrían tomado ya la casa de gobierno.

Decidí aliviarme de todas las ropas que pude --considerando la emergencia de que me descubrieran, no llegué al desnudo-- y liquidé el resto de la bebida mientras fumaba de corrido. El hambre me saltó encima al primer trago pero luego se alejó, se agazapó en la nuca, quedó registrada como dato en algún centro nervioso bloqueado después por el alcohol.

Sin muchas ganas fue cayendo la tarde mientras que yo flotaba sobre el aire apretado en la colchoneta y espiaba por una de las rendijas. Estas rendijas quedaban entre maderas que iban del piso al techo y giraban alrededor de ejes verticales dejando mayor o menor luz entre ellas según se movieran, todas a un tiempo, hacia un lado o hacia el otro.

Quise ampliar la visión pero los engranajes chillaron en la pared de tal modo que temí me descubrieran. Por eso volví a mi lecho de goma inflada desde donde se veía un patio con muchos cajones de cerveza, que, supuse, pertenecería al *Garete.*

La noche demoró en llegar. Alguien vivía y se movía en la casa, alguien abría de rato en rato la heladera. Cuando pasó esa hora tan ruidosa que el crepúsculo lleva a las casas, recién fue noche.

Por ratos me dormía pero, cuando abría los ojos, seguía soñando o, mejor, imaginando, recordando fríamente un futuro ridículo donde me vengaba de mis deudores.

Hacia la madrugada, como una giganta entre la ciudad de botellas, llegó Elba. Traía paquetes. La luna le rayaba la cara y sólo le permitía brillar un ojo por vez a causa de lo anchas que eran las franjas de sombra.

«Te quiero, le dije, sos el bicho más simpático del mundo. Sólo deseaba verte a vos y a más nadie». De inmediato me puse a comer sánduiches, a tomar una cerveza muy perfumada que me mojaba con espuma la nariz, que era líquida, líquida, pero se evaporaba en mi sed como escupida en una plancha caliente.

«Te traje cosas para pintar», me dijo.

«Uhú».

«Tomaron la casa de gobierno pero dicen que la casa no está definida».

«Hm».

«Bueno, cuando termines de comer, hablamos». Terminé de comer bien rápido y tan inesperada le cayó a mi estómago la carga que sentí un suave y dulce marco.

«Mirá, le dije, hace un rato te odiaba y ahora te amo con loca pasión. Esta comida, esta cerveza, me salvaron la vida».

Encendimos cigarrillos. «¿Cómo estás?», dijo.

«Mirá, esta jaula sucia me parece ahora confortable. Sin embargo, ahora que ya... es decir: ahora que lo pienso mejor, debería irme de acá».

«Estás loco, reloco. ¿Te crees que ahora que gasté toda mi plata en estas cosas de pintura, te voy a dejar ir? Mirá, Ro: como vuelvas a hablar de eso, te escupo».

«Bueno, le dije, acostate acá».

«Ni loca. ¿Dijiste que precisabas estar acá para pintar? Pues para eso vas a estar acá y para nada más».

«No seas tan ortodoja».

«¿Tan?»

«Ortodoja, ortodoxa».

«Hablame en cristiano».

«Que no seas tan maternal».

«Soy mujer ¿no?»

«Sos, pero basta porque si no vamos a empezar de vuelta por el principio y veo que no tengo suerte alguna».

«Tenés: querés pintar y podés. Yo te resuelvo todo». «Gracias. ¿Qué pasa afuera?»

«Bueno, los generales mueven a sus soldaditos: parece que Focilón copa la parada pero todavía están pulseando».

«Averiguame todo bien detallado para mañana».

«Sí. Ahora me voy, Ro».

«Y yo me quedo en la cucha. Está bien».

«¿No está bien?»

«Está. Beso tu mano, gracias».

«Chau, loco», dijo y se fue haciendo cantar botellas.

«¿Qué tendré?, pensé. ¿Es una maldición que Elba conmigo sea maternal o es mejor así?» Ahí me saltó el sueño a los párpados, me tiré y me dormí.

Así pasaron los días hasta que recorté grasa de jamón y la usé para untar los engranajes que hacían girar la persiana. Azoteas, muros, ventanas, tendederos, aire con copas de árboles de la calle, muros --se trancó el engranaje--, sigue, siguen muros, balcones, no. No.

«Me estaré volviendo loco: creo aunque no haya evidencia y descreo de la mismísima realidad».

«Pero no puede ser. A ver para el otro lado: balcones, muros, árboles de la calle y volvamos: árboles, muros, balcón, cuatro mujeres desnudas».

¿Por qué 4-Mujeresnudas-4 junto a un balcón abierto, frente a todas las ventanas de los alrededores? No se ocupan de nadie. Cada una está en sus cosas. Una tiene los pies bajo un ropero y hace flexiones con los músculos del estómago: Sube y baja. Otra, en primer plano, practica otra gimnasia, se aburre, luego se corta las uñas de los pies. En la cama, la tercera lee abstraída: se acaricia el sexo y huele las yemas de sus dedos una y otra vez. La última se mueve en el fondo de la habitación, ordena ropas y canturrea.

Siento la palidez en mi cara y un mareo. Me tiro en el colchón y bebo un resto de orín frío, de cerveza caliente.

«Raíz cuadrada de la Gran Siete», murmuré con frialdad matemática. «Justo a mí, justo a mí».

«Las malditas viven aquí. Son ellas las que usan mi heladera, quienes ríen falso de noche y por las mañanas con rencor. Y no es un tango, no es tongo, es así. Todos los días desde mi jaula de verano vengo viendo a cada una templando y asentando su desnudez. Yo, Ro, el perro del perro de los perros, atado por mi timidez o finalmente por acatar las leyes. Preso acá. Enchastrando una tela con furor, como un asesino la pared de su celda. Qué cuadro, compañero. ¿Es un vómito negro? ¿Un estallido de vísceras? Recuerdo los desnudos de Malfittani y me avergüenzo: soy una bestia primitiva, un reprimido sexual, blandito, que descuartiza a sus mujeres por resultar demasiado cobarde como para suicidarse. Escuchame, Elba, me hiciste una broma sangrienta. Sisisí, me sobraste desde un principio. Ahora sacame de aquí o irrumpo y que me rompan. Entonces deciles que estoy aquí. Entonces deciles que me dejen dormir con ellas todas las madrugadas. Puedo hacerlo. Mucha efe, sí, mucha efe. Escuchame: ya es muy de noche, se callan las risas y los celos me carcomen. Celo a cuatro mujeres, cuatro, que no he tocado, que ni siquiera me han visto ni saben que existo y las deseo. Ningún califa, ningún bienaventurado islamita ha podido sufrir lo que yo desde que Alá es Alá. Y por las mañanas siempre lo mismo: sus balcones cerrados, duermen para después recomenzar con esas gimnasias inocentes, golpeando con su indiferencia a quien quiera mirarlas. Maduras, aplomadas, prácticas, vitalmente sabias: femeninas. Entonces me doy cuenta de mi imbecilidad. Tengo una aproximada noción de sus dimensiones inconmensurables, pero no puedo con ella. Soy imbécil y actúo como imbécil. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué otra cosa puedo hacer? El colmo sería olvidarme que soy imbécil. Acá, solo y perdido. Solo. Sacame ese espejismo, sacame ese espejismo o dejá que me tire. Fuera, esta jaula jediente. Quiero flotar sobre la ciudad de botellas y escaparme. Ellas están allí, están de nuevo allí enrulándose el sexo, flexionando, oliendo, doradas y rotundas. ¡Elba!»

«¡Hilda, socorro!»

«Bueno, tranquilícese, mi Tantalito, dijo Hilda. Ya pasó, ya pasó».

«Me revienta que me hables así», Peloquieto viró del pálido al rojo.

«Disculpame. Olvidé que estábamos jugando».

«¿Celos?»

«Sí y no. Hubiera preferido tener celos. Pasaste un mal momento, triste».

«Lo pasó él. Si yo hubiera estado allí, otro gallo cantaría. »

«¿De verdad?»

«¿No?»

«Puede ser».

«Bah».

«No me negarás que tengo que rescatarte. Pero ¿cómo? A ver: ¡Atención! ¡Alinearse! ¡Distancia! ¡Firmes! ¡De frente, marr!»

Unos pocos soldaditos con sueño machacan la noche, trituran la mica de los adoquines.

Dos-uno-dos. Dos-uno-dos. Dos-uno-dos-uno-dos-unodos. Dos-uno-dos. Se duermen bajo los cascos, protestan, se rebelan, sudan, se aburren, lloran, se cuentan historias, extrañan, sonríen. Dos-uno-dos. Llegan frente a la casa donde se oculta Lupo. ¡Alto! Las esquinas están bloqueadas, la manzana rodeada. Rompen la puerta o despiertan al portero. Trepan por las escaleras luego de dejar un centinela en la calle. Dos oficiales suben por el ascensor. Llegan y golpean la puerta de las mujeres desnudas. Un grito ahogado. Dos silencios. Ajetreos. Voces agrias, de hombres, te llegan confusas, Roberto.

¡Al fin! ¿No es así? Indeciso, sucio, barbudo, etílico y casto. Y pecador: estás esperando, una vez más, que alguien decida en tu hogar.

Podría darte a elegir, Ro, la clase de muerte, el tipo de salida elegante que fuera de tu agrado. Pero no. Saldrás, saldrás sin haberte animado a hacerlo vos mismo pero no por mi voluntad sino porque las cosas ruedan hacia adelante. Diré lo que diga y saldrá lo que salga.

Por ejemplo:

«Señores, ¿estas son horas?»

«Apártese. Queremos a Focilón».

Un gritito de mujer que hubiera metido el pie en el agua fría antes de zambullirse.

«Acá estoy, señores. Ignoraba que era requerido».

«Está detenido, general. Haga el favor de vestirse y acompañarnos».

Ruidos confusos, Ro. ¿Te olvidarán? Arranca el motor de la heladera y las botellas de su cúspide se entrechocan.

«¿Qué fue eso?»

«¿Quién está allí?»

«Hay que investigar, hay que investigar». Ya vienen surcando el vidrio: trindiling, crash. «Y, vos, ¿quién sos y qué estás haciendo acá?»

«Si le dijera lo del ómnibus, no me creería», dijiste. «Ajá, muy viejo, muy sonso».

«Sin embargo, estoy esperando que pase algo: que me pasen por alto ¿eh?»

«Salí, caminá, caminá, borracho».

La ciudad de botellas, toda terremoteada, la luz que te encandila. Bajás la cortina y te aislás del mundo: todo comienza a suceder fuera de vos, tortuga estupefacta. Llegás hasta el yip sin tocar el suelo y dormís en el calabozo de un cuartel. Cada minuto que pasa, sos menos diferente para los demás hasta que te pegan cuatro gritos por estar allí pasando la gran vida,

refregando retretes. Te encajan un fusil y, sin pensar en tu pobre madre viuda, te mandan a una «avanzada».

Llueve. Están acampados en un parque. Hay una antiaérea, dos tanques, varias ametralladoras y carpas. No pasa nada. No hay plafón. ¿No es una tarde ideal para dormir la siesta? Ustedes, soldaditos, háganse hombres. Nosotros, nos hicimos militares, podemos dormir.

¿Cómo es esta guerra? No sé contestar. Supongo que como casi todas las otras pero llevada a extremos

incruentos de abuso, de ridículo, de indiferencia. Sólo puedo contar lo que te pasó, Ro, aquella tarde de lluvia.

Madre hay una sola pero suele ser difusa en la distancia. Eso que se da en llamar mujeres de pueblo o buena gente, comenzó a llegar cuando escampó.

Entraron al parque con canastas desbordando comida. Sus hijos no estaban allí sino en algún otro sitio bajo el mismo aguacero, la misma vida dura porque sí. Otras mujeres harían lo mismo en todas partes: llevar comida para hijos, preguntar demasiado, escupir sobre el gobierno y los altos mandos naturales. Debían retirarse cuando los pequeños oficiales con madres de luxe, tracción delantera y sonido estereofónico, tascaban su soledad.

Entonces todo ese nudo de gratitud y de amor abstracto, abstracto y hormonal, debía desatarse en palabras.

«Yo soy de Lynch. ¿Se puede saber qué estoy haciendo acá? Quisiera acostarme y escuchar la lluvia pero antes habría que terminar con todos esos maricones que nos tienen acá».

«Tenés un fusil ¿eh?»

«¿Tendrás otras cosas?»

«Tengo para los dos. Pero no me voy a hacer partir en cuatro para que ustedes se la lleven de arriba».

«Por mí, no te molestes».

«Por nosotros, tampoco. Buscate quien te haga una cuarta y te saque de este pantano. Seremos todos muy felices. Ay».

«Hace falta un hombre fuerte y honesto».

«Prefiero una mujer tierna y dura».

«Al carajo. ¿Saben lo que yo haría, si hiciera? Seguiría con esta revolución hasta que no quedara vividor ni galerudo con cabeza o cerraría los cuarteles por quiebra y a otra cosa».

«Qué fácil había sido».

«Cómo será la cañada...»

«Esa muchacha que vino con la señora del Pollo ¿se parece a tu hermana, me dijiste?»

«¿A la tuya?»

«Charlatanes. Sólo querrían bajar a alguien para trepar ustedes ¿eh, veterano?»

El veterano eras vos, Ro, sólo porque les llevabas unos pocos años. Dijiste: «Bueno, dejalos. No les digas ya charlatanes. Nos han enseñado hasta

pudrirnos que los hombres se entienden hablando. Cuando todos seamos hombres, puede ser. Por ahora, la única forma de entendernos es haciendo. Dejalos que hagan o dejalos que charlen. Ellos sabrán».

«Cha que te salió bien el espiche, veterano. Pero si vos esperás que éstos hagan algo más que apestar, morirás de viejo».

«Y, nosotros ¿qué hacemos?»

«Che, por lo menos sabemos que no hacemos nada. Vení. Vamos a bajarnos este frasquito antes de que vuelva Ña Disciplina».

El general Focilón estaba preso. Sus incursiones en la política no le daban frutos. Ahora todo era cosa de negociar con los soldaditos en la calle y después guardarlos hasta la próxima. Mientras tanto, seguía la lluvia.

No pasaría mucho tiempo antes de que comenzara a funcionar la cosa nostra. «¿Qué te ocurrió, pobre Ro, mientras tanto?»

«Bueno, dijo Peloquieto, de todos modos, muchas gracias». Se arqueó para desentumecerse y fue hasta las vidrieras. Allí, afuera, también llovía.

Regresó hacia Hilda orlado de volutas, sacudió su cigarrillo sobre una palmera dejando caer rala nevada entre las hojas y continuó:

«Ahora, por ahora, la verdad suele estar más acá o más allá de lo que vemos. Es por eso que generalmente sale fuera de foco. Lo cierto es que me escapé disfrazado de escoba. Barrí todos mis prejuicios, todos mis temores. A otra cosa».

«Julia, mi amor, te invito a ver mi mejor película:

«PRINCIPAL FILM»
Presenta a
Roberto Lupo
en

UN ELEFANTE MOLESTA A MUCHA GENTE

Reparto:
Ekthorpe..... Roberto Lupo
Elefante..... André Riviere
Cuidador..... Juan Julio
Araca Carodila..... Marcelo Mastravoni
Secretario..... Isidoro San Isidro

Primer plano de un reloj anacrónico y mal iluminado que opina: «Toc-trec. Toc-trec = Tac».

Una mano sube hasta las agujas pretendiendo adelantar el reloj de la historia. Pertenece a un profesor de ideas un tanto radicales. La banda sonora registra el reloj pulsera del profesor, que refuta a su colega:

«Tic-tac + Tic-tac = $\sqrt{}_t$ tic-tac-tic-tac».

Las agujas del reloj de la historia transportan bancos de guano de mosca, lo cual hace que la mano se arrepienta y baje.

Enfoque general de una sala de profesores. La cámara avanza lenta hacia el doctor Ekthorpe quien baja de una silla sobre la que ha estado parado junto al reloj y se limpia las manos. Muestra el rostro de Ekthorpe que expresa que su dueño se siente feliz y nada de eso; satisfecho y todo lo contrario. Su diáfana epidermis de lactante, quizás de casto, forra contradicciones.

Hojea una libreta de su clase nocturna cuando un portero se le acerca rengueando y le dice con sumo respeto: «¿Usted es profesor de Historia Natural?»

«Sí».

«Entonces ¿me permite una pregunta?»

«Decí nomás, che».

«¿Cuánto pesa un elefante promedio?»

(Recordá que la cámara actúa, siempre que es conveniente y aun con cierto abuso, en despiadados primeros planos.)

«Qué preguntita, che, qué preguntita. Veamos: Fromdebotton acaba de publicar, en Alemania, el tomo veinte, no, miento: veintiuno, de su Contribución al Estudio del Elephas Indicus o Elephas Maximus. Se trata de un estudio parcial de los proboscidios, ya que también existe en la actualidad el Loxodonta Africana. Tengo hasta el tomo dieciocho pero no encontré nada relativo al promedio de peso de este desmesurado mamífero. Y son unos libros grandes como esta carpeta. Qué cosa, che, qué cosa. Me dejaste perplejo», dice.

«Gracias igual», contesta el portero y sale para hacer sonar la campanilla de entrada a clase.

Ekthorpe evidencia mortificación en su rostro. Esto le hace reparar en un viejo profesor que mira abstraído el techo y olvidar que es sordo.

«Todo lo que se puede hablar en torno al elefante y éste se preocupa por el peso promedio», le dice. «Debe de ser un pedante o un oligofrénico o las dos cosas. Pero ¿de cuál manera? ¿Un pedante oligofrénico o un oligofrénico pedante? Lo observaré, lo observaré».

El viejo profesor sonríe y responde: «Flojas y colgantes, olvidadas por el plumero de la burocracia».

«Muy bien observado. Eso es colega: la burocracia. No estoy como para preocuparme por un portero oligodante o pedafrénico porque mañana mismo tengo una entrevista con el señor Presidente», comenta.

«Y todo se podría arreglar de un plumerazo».

«De un plumazo, dirá, de un plumazo. Buenas noches».

El rostro de Ekthorpe se esfuma y es suplantado por el mismo profesor esperando muy atildado en una antesala de la Presidencia del Consejo Municipal.

Agitación inusual, entradas y salidas de funcionarios por la puerta del despacho indican que está sucediendo algo anormal.

Finalmente le toca el turno a Ekthorpe. Sus espaldas tapan la abertura de la puerta que se cierra. Luego se ve el interior del despacho y la cara de Ekthorpe expresa eso que se suele denominar embarazo.

Como una bola de plomo histérico, el caduco Presidente Carodila rebota una y otra vez sobre una revista de poesía.

Esa crítica directa y vital no llega a embotar la perspicacia del profesor quien murmura sacudiendo la cabeza con una sonrisa idiota: «Cuán astuto es nuestro Presidente. Por alguna oculta razón, hace esto delante de mí. ¿Pensará impulsar la educación física?»

«Buen día, profesor, disculpe, saluda Carodila a través de resoplidos. Pero nadie está a salvo de la, uf, infamia. Mire, mire, ahora que somos cogobierno estos insectos se vienen con sus versitos de mala muerte pretendiendo empañar mi personalidad. ¡Cuánta bajeza!»

Ekthorpe mira la estropeada revista. «Lea, lea eso en voz alta», dice Carodila.

El profesor lee sin entusiasmo:

«¿Quién trae el alma en alcobas y consigo propio trilla?
Corcovilla».

«¿Sigo?»
«Sí, continúe».

«¿Quién tiene cara de endecha
y presume de aleluya?
¿Quién, porque parezca suya,
no hace cosa bien hecha?
¿Quién alienta a la derecha
a buscar ruido en la villa?
Corcovilla».

«¿Quién fuera plaga en Egito,
si alcanzara a Faraón?
¿Quién tentara a San Antón,
licenciado orejoncito?
¿Quién como lego ha escrito
la doctrina y la cartilla?

Corcovilla».

«¿Quién...?»

«Bueno, profesor, no se engolisine».

«Por favor, señor Presidente. Pero, perdone, esto no creo que tenga nada que ver con usted, se refiere a un problema muy viejo, sumamente fenecido».

«¡Cuánta ingenuidad! Bien, profesor, usted no es un político y por eso no comprende. Vayamos a otra cosa. Olvidemos. Olvidemos el desagradable contratiempo de la poesía y vayamos al asunto en cuestión, querido Ekthorpe. Sin rodeos y en una palabra: le ofrezco la dirección del Jardín Zoológico. ¿Qué me contesta?»

«Gracias, yo...»

«No me agradezca, no», sonríe Carodila. «Considero que es usted la persona más capacitada y sé que le gustará el puesto y sabrá desempeñarlo brillantemente. ¿Acepta?»

«Sí, muchas gracias, señor Presidente».

Carodila se pasa la mano por su rostro seboso y dice: «Soy yo quien le agradece y no se imagina cuánto. Necesitamos hombres como usted porque nuestro futuro se basa en el presente inmediato y desemboca en la victoria. Somos, como yo le decía y usted bien lo sabe, cogobierno. Ejercemos el gobierno municipal y seremos juzgados por el pueblo de acuerdo a nuestra gestión actual. En cuanto a lo específicamente referido a su cargo, debo adelantarle que nuestros expertos no han estado ociosos. Acá tengo un estudio, desde ya lo pongo en sus manos, que indaga sobre las preferencias del pueblo. Una amplia y profunda encuesta ha demostrado que el elefante y los monos son los animales preferidos por el proletariado y las capas medias que constituyen el 78,3 por ciento de nuestro electorado».

«Perdón, ¿dijo el elefante?»

«Sí, profesor, el elefante. Sabemos que usted es un gran teórico de los elefantes y ahora podrá comprobar sus teorías en la práctica. Elefante hay uno sólo, en nuestro zoológico quiero decir. De modo que, subraya Carodila enarcando las cejas, de modo que hay que darle un especial cuidado. Con esto le quiero significar: término medio. Ni favoritismo hacia el paquidermo ni mucho menos dejadez».

«Comprendo, comprendo».

«Tengo conciencia del enorme peso que deposito sobre sus hombros pero sé que habrá de sobrellevarlo con dignidad y eficiencia en aras del futuro de nuestro

gran pueblo».

«Le presentaré un plan de trabajo», se anima a decir Ekthorpe.

«Correcto. Tiene usted que considerar que su gestión, sumada a una científica recolección de residuos, barrido, limpieza y demás servicios deben impulsar a las masas de votantes a dar un giro a la izquierda, lo que posibilitará en las próximas elecciones una verdadera apertura democrática. Adiós, profesor, y buena suerte».

Se ve a Ekthorpe por la calle donde mucha gente circula con indiferencia y urgente apatía. Contonea los hombros, da saltitos, saluda, acaricia las cabezas de los niños. Nadie le lleva el apunte. Sólo una mujer, de rictus agrio, lo mira extrañada durante un segundo.

Ekthorpe llega a su casa donde entra tarareando «La donna è mobile».

Mañana de sol. Ekthorpe se apersona junto con su secretario privado, Isidoro, en el jardín zoológico para tomar posesión de su cargo.

Ante un grupo de empleados, algunos de incompletos uniformes desteñidos, otros con sacos de lustrina, Ekthorpe se presenta y, brevemente, les da un panorama de su gestión futura. Un pequeño discurso mimado del nuevo director que sólo mueve los labios y gesticula. La banda sonora reproduce gritos de animales con hambre.

Un gesto ampuloso de Ekthorpe se ve cortado por la salida del cuidador, quien dice en *off:* «Voy a dar de comer a DaliIa». La escena queda quieta durante unos segundos, como una diapositiva, y vuelve al movimiento.

Vista hasta el final de un camino del jardín flanqueado por jaulas. Garúa. Ekthorpe entra bajo un paraguas avanzando a pasos ágiles. Se detiene en seco como si se hubiera escapado el león. Luego dobla hacia un costado del camino. La cámara se ha ido acercando. Ekthorpe se detiene cauteloso.

El cuidador, de espaldas a Ekthorpe, está hablando con Dalila que le apoya la trompa sobre un hombro.

«No era como acá. A ver esa memoria, dice Juan Julio, cuando llovía, llovía en serio. Lo vi en las películas. Y lo soñé. Sí, lo sueño seguido. A veces, vamos por los senderos. Arriba se abrazan las ramas y vos sabés sumar mi altura a la tuya y mi cabeza no corre peligro. Vagamos entre hojas más grandes que tus orejas. O paseamos por encima de la miseria, junto a estaciones de ferrocarril donde los muertos de hambre se están muriendo de eso, y…»

«Y usted también se va a morir de hambre si no trabaja y deja tranquilo al elefante», interrumpe Ekthorpe. Dalila lo mira con fastidio, el cuidador con desprecio, y dice: «Este es mi deber: estar junto al elefante y, de serme posible, en el elefante».

«Cuáles son o dejan de ser las tareas lo determino yo. Haga el favor de ocuparse de los cisnes y limpie la jaula de las cacatúas», ordena el profesor.

Juan Julio, sólo por disciplina, pero más que nada por su amor al elefante, acata.

Con una velocidad un tanto acelerada, se registran numerosas entradas y salidas de Ekthorpe. Rápidos primeros planos muestran miradas de rencor intercambiadas por Ekthorpe de un lado y el cuidador y Dalila por el otro.

Despacho de Ekthorpe. Se ve al profesor pisoteando un periódico como se viera anteriormente a Carodila. Entre salto y salto se alcanza a leer un titular catástrofe que dice:

«ZOO: PRESUPUESTO CON ELEFANTIASIS».

Ekthorpe abandona su tarea y ordena: «Que venga inmediatamente el cuidador».

Isidoro sale presuroso y funcional.

Entra Juan Julio. Expresa resignación.

«¿Cuánto come Dalila por día?», pregunta Ekthorpe.

«Uh. Algunas toneladas. Sólo de rabanitos, quinientos kilos».

«Bien, desde hoy, suprímale los rabanitos».

«Pero señor».

«Pero nada. Hay que ahorrar. Todo sube».

Se repiten las entradas y salidas aceleradas de Ekthorpe donde aparecen miradas de rencor y aun de resentimiento.

Frente del Palacio Municipal. La cámara se aproxima a una ventana y entra al despacho de Carodila.

«Mi querido profesor Ekthorpe. ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho?», dramatiza el Presidente. Le dije: «Hay que acercarse al pueblo, en este caso, al elefante. Pero usted me está torturando a esa noble bestia, según me han informado. ¿Tiene usted algo personal contra los elefantes? ¿Algún trauma de infancia?»

«No, de ninguna manera, pero usted conoce la campaña del gobierno Central contra el presupuesto del zoo. Hay que ahorrar».

«Sí, sí. Pero no a costa del elefante, por amor de Prax. ¿Por qué no castigar preferiblemente a los animales suntuarios como el pavo real, la vicuña, el faisán y etcétera?»

«Y etcétera, etcétera, le dice Ekthorpe en el zoo a Juan Julio. En cuanto a Dalila, puede volver a darle rabanitos».

El cuidador se retira y Ekthorpe le dice a su secretario: «Hay que ahorrar, todo sube. Empecemos por despedir a Juan Julio. ¿Qué le parece?»

Isidoro zalema y sale.

Juan Julio, sin uniforme de cuidador, continúa visitando diariamente a Dalila. Sin recursos legales para echarlo, con crecientes problemas económicos, Ekthorpe vuelve a hacer pasadas frenéticas junto a los amigos y a suprimir la cuota de rabanitos.

Una garúa anega las grietas del elefante. El agua se acumula en el ángulo inferior de un pliegue, desborda, disminuye y vuelve a crecer.

Ekthorpe se aproxima bajo su paraguas y Juan Julio le sale al paso.

«Doctor, le dice, hay que operar a Dalila».

«Vaya a operarse usted».

«¿Yo? ¿Y de qué?»

«¡Del mediastino! Pero déjeme en paz y deje prosperar al elefante».

«No, prosperar, no. O-pe-rar a Dalila, le he dicho». Ekthorpe aparta a Juan Julio de su camino. «Opérelo usted», grita y se aleja.

Isidoro ha visto la escena desde una de las ventanas de la oficina del zoo y recibe a Ekthorpe con una sonrisa.

«Buenas, chif, dice, tengo una gran noticia: hablé con el comisario y nos va a librar de ese Juan Julio».

«Si ese tarado desaparece, mándele un par de faisanes al comisario».

«O.K»., ríe Isidoro.

El comisario, su grasienta esposa y otros seres ordinarios y cursientos devoran ave con solemnidad histericoide.

Dalila se desinfla a simple vista. Su piel empalidece hasta el blanco ceniciento, le crecen largas y pobladas cejas negras y, entre ellas, una arruga vertical le parte la frente.

Ahora Ekthorpe mira con desesperación al elefante. Y con odio.

Una mañana desolada, de sol frío, Dalila enloquece. Menos destrozar bazares, hace todo lo que es recomendable en tales circunstancias.

Lo que se dice la pavura, ataca a Ekthorpe y a su secretario.

«Mi querido Isidoro, esa bestia tiene algo personal contra mí. Créame. He hecho todo lo imaginable para lograr una coexistencia pacífica pero ha sido en vano».

«¿Llamo a los veterinarios?»

«Llame a la polícía. ¡Que lo repriman!» Dalila entra la trompa por una ventana, barrita, descalabra un escritorio.

«¡Que lo reduzcan, que lo fusilen, que lo hagan bosta!», histeriza Ekthorpe trepado en un perchero.

Luego del sonido de las sirenas, llegan los carros de asalto. El comisario de los faisanes dirige la operación.

Dalila trota arrasando canteros, pequeñas bardas, restaurando el orden de la selva. Un giro del elefante provoca desbandes de los grupos de fusileros. Un barrito, paraliza los movimientos tácticos.

Dalila no tiene nada personal contra esos hombres de azul pero sabe que no le traen nada para su dolor de muelas.

A unos cincuenta metros de Dalila, aparece Juan Julio pronunciando palabras dulces. El elefante se detiene para escuchar. Después, avanza decididamente.

«Salven a ese inconsciente», ordena el comisario.

Con unos cuantos culatazos en la cabeza, Juan Julio queda a salvo. Dalila continúa avanzando pero grupos de estampidos lo devuelven a la locura. Gira y arremete contra los fusileros. Sangra.

Los milicos, cuyas inclinaciones y medios económicos han determinado su ausencia en zafaris, tiran al bulto.

Ahora Dalila describe círculos hacia el costado de sus heridas. No comprende y llora con desesperación.

Otra vez hacen fuego. Dalila comienza a sentir los primeros balazos allá dentro suyo. Luego acusa en seguida todas las andanadas pero continúa esparciendo su locura y su sangre y miedo entre los hombres.

Los policías se repliegan. Durante un cuarto de hora Dalila se dedica a sufrir, estampados en rojo sus costados.

Juan Julio despierta y llama al comisario. Le explica dónde tienen que darle para despenarlo.

El comisario instruye a su tropa que luego se desplaza en grupos hacia Dalila. Vuelven a oírse las descargas y crece el furor del elefante. Por casualidad, una bala encuentra el camino del oído o el del corazón.

Dalila dobla las rodillas, se balancea, y cae sobre un costado. Con un suspiro, levanta una nube de polvo que tarda en depositarse. Se estremece. La postura le marca un rictus como una sonrisa.

Ekthorpe, en su despacho, ha recobrado la calma. «Envíe una nota al museo de Ciencias Naturales donando el cuerpo», ordena Isidoro. «Si hay sobrantes de carne aprovechables, que los devuelvan para los chacales».

En diferentes ocasiones, se ve pasar a Ekthorpe frente a la jaula vacía del elefante. «Cerrado por refacciones», dice un cartel frente a la caseta donde se abusan los gorriones.

Es primavera. Una manifestación estudiantil con carteles que dicen: «Aislar al gobierno», «Dejemos sola a la dictadura», es disuelta con gases y bastones.

Ekthorpe entra al Palacio Municipal. En la sala de espera, donde permanece solo, hace silenciosas morisquetas. Finalmente Carodila lo recibe.

«¿Cómo está usted, profesor?»

«Bien, muy bien, señor Presidente».

«Habrá sabido de la renuncia de Fernández a la dirección del Museo. Bien. Se trata de una actitud típica de individualismo pequeñoburgués que no hace sino hacerle el juego al gobierno Central. No podemos entregar posiciones», declama Carodila. «Bien, querido Ek. ¿Me permite que le diga Ek? Una vez más, recurro a sus inestimables servicios y a su espíritu de lucha: acepte la dirección del Museo».

«Señor, yo…»

«Nada. Lo del elefante ya está olvidado hace tiempo. Son errores de los cuales nadie está libre, imponderables. ¿Acepta?»

«Es un honor».

«¡Bravo! Acá tiene su nombramiento. Venga un abrazo».

Despacho de la dirección del museo de Ciencias Naturales. Ek pronuncia un discurso mudo similar al del zoo aunque más solemne. Esta vez lo rodean personajes con galera y damas.

«Ahora, dice Ek, os invito a recorrer las salas más importantes».

Salen.

Vitrinas con momias, esqueletos, esponjas. Murmullos de inteligencia. Pasan a otra sala con insectos, pájaros disecados y láminas. Entran a otra sala mucho más amplia.

Más esqueletos enormes. En el otro extremo del salón hay un grupo de jóvenes. Ek y los personajes se aproximan a ellos.

Ek va distraído, radiante, hasta que se topa con Dalila embalsamado con un cartel que dice: «¡Ekthorpe asesino!»

Los estudiantes gritan: «¡Asesino! ¡Colaboracionista!»

Ek levanta los brazos, gira como en un paso de baile y cae muerto.

Juan Julio, vestido de ordenanza, le pasa el plumero al cadáver del director mientras que todos los demás huyen.

Dalila muestra su cartel y la sonrisa estereotipada de su muerte mientras que Juan Julio continúa pasando el plumero a Ekthorpe y ejecuta pasos de ballet al compás de «La danza de las horas». La escena se aleja muy lentamente.

F I N

CUATRO

«Y cómo no, claro que sí, existe y funge el escamoteado complejo de Peter Pan», dijo Hilda.

«¿Qué estás diciendo? ¿A qué viene eso?»

«Nada, que estemos atentos a las trampas de Lupo. Querrá encerrarnos en un círculo mágico para poder recuperar su barrio perdido».

«¿Intuición femenina?»

«Sabiduría femenina».

«¿Nada más?»

«Ni nada menos».

«Pucha, me parece que ya estamos en ese círculo vicioso».

«Es un círculo temible, un lazo que nos tiene preparado para hacerse inmortal».

«Le pegaré con un grito sagrado».

«Libertad, libertad, libertad, rió Hilda. Es sencillo ¿no?»

«No».

«¿Qué, entonces?»

«Catastrófico si seguís haciendo tiempo con pavadas. Tenés el cerebro vacío, no se te ocurre nada para esta noche ¿no es así?»

«Vamos, Pelo, me sobran ocurrencias. Sólo que no quiero humillarte. Te amo tanto».

«Oh, Julia. ¿Verdad que me amas?»

«Sí, sí, Robert. Por eso tiemblo ante la idea de que algo pueda destruir nuestro amor».

«¿Te refieres al lazo de Loup?»

«Oh, sí, amor mío».

«Pierde cuidado. Yo sabré darle su merecido a ese

canalla».

«Cuídate. Perderte a ti sería perder tu amor. Antes la muerte que tal zozobra».

«Déjame. Voy a pedirle cuentas a ese cobarde. Así sabremos si él es nuestro preso o si es que nos tiene atrapados a nosotros».

«Oh, no», gimió Hilda. Y cambiando de tono: «Cortina musical. Mañana, en este mismo punto del dial,

etcétera».

Luego arrancó:

Salís de la radio degustando la prostitución y el fracaso. Nada mejor que un trago. En *el Carlista* te encontrás con la barra. Saludos. Ellos están hablando de la guerra o del crimen del día. Vos bebés en silencio, el rostro alargado por cierta fatiga, hasta que llego yo. «Hola, Julia», se me saluda. La conversación continúa hasta que vos decís:

«Animalitos, brutos seres pensantes, os distraen con hechos lejanos y dramas pasionales. ¿Recordáis que desaparecí hace pocas semanas?»

«Sí, estabas debajo de una cama».

«Falso. Tremendo error. Estaba en una lamasería de extramuros. Fui allí para aprender a olvidar lo superfluo. Una sacerdotiza de la Cosa Nostra me despertaba con azotes todas las madrugadas. Su nombre era Elba.

»Esta santa mujer me reveló que regresará al mundo para cumplir una misión divina: iniciar, sólo iniciar, el rescate de la Cosa Nostra, enajenada a la sazón. »Para tal fin, ha contraído matrimonio secreto con el general Focilón, futuro presidente de la República.

»Sí, sí. No me miren así con esas caras. Sé que Focilón está preso. Yo presencié su arresto. Pero saldrá.

»Mientras permanecemos aquí, hablando de cosas extrañas, miles de tipos marchan hacia la casa de gobierno. Confluyen, anegan, gritan, se agitan. Están dispuestos a dar la vida por Focilón.

»Comprendo que lo que les digo los sorprenda, que los deje paralizados. Pero es así y hay más: En fuentes oficiales, se afirma que tienen cola.

»Sin embargo, he podido verlos planeando sobre las azoteas, saltando de un alambre del alumbrado al otro, pero no percibí alas ni rabos. Curiosamente, no son nada animales. Parece que todo lo que son capaces de hacer se debe a su falta de prejuicios».

«Roberto, hablá más bajo que todos nos miran».

«Mientras no nos escuchen, no habrá problemas, querida. Y si nos oyen, que sepan la verdad que, amarga y duele, pero el mal evitar suele.

»No pueden darse una idea de lo que significa ese espectáculo, el de la plaza. Si todos los abortos de las señoras bien hubieran vuelto a la vida y gritaran reconociendo a papá y a mamá, no habría tanto escándalo como el que se produce ahora cuando esos seres abandonan los barrios, que se supone deben ser sus habitáculos de por vida, y se vuelcan masivamente al asfalto.

»Se producen así, singulares alteraciones nerviosas: los cagatinta, los fantasmas a la lustrina, los planillómanos, los intelectuales, en fin, los que tienen un poco que perder, pierden primero el cerebro y comienzan a pensar con las más diversas vísceras.

»Los que tienen mucho que perder pareciera que han succionado la materia gris de los otros: piensan rápido y piensan bien (en realidad vienen copando la manifestación del pensamiento desde hace añares). Claro que una cosa es pensar y otra actuar. Ellos están apretados, no tienen gran margen de maniobra y deben aflojar soga. Todo está en saber cuál punta de la soga hará de horca.

»Ahora bien: el factor determinante está en si el cerebro de los que nada tienen que perder funciona o ha sido bloqueado efectivamente desde el otro extremo de la soga».

«No tomes más, querido».

«Tomo. Si ellos están abandonados, traicionados, imposibilitados de tomar, dejame tomar a mí. No soy un borracho sino un tomador. Lástima que ya no corra el tomo y obligo.

»Y es así, muchachos. Nadie regala nada. De un día para otro no nos puede caer todo del cielo. Amputados de su cerebro, sólo serán víctimas del engaño. El desengaño es una glándula que, muy lentamente, les irá formando un cerebro propio. Claro está que, como individuo, cada uno tiene el cerebro que le tocó en el reparto. Les falta adquirir uno conglomerado. A eso me refiero.

»Buscarán amasijón y les darán amasijo. Ese será su drama durante los años venideros. Pero de los supuestos fracasos, de los retrocesos aparentes, nace la sabiduría.

»¿Te vas, Pedrito? ¿Abandonás la mesa de café donde predica el profeta? ¿Verdad que, por las dudas, tus pasos no se dirigirán hacia la plaza? Tendrás algo importante que hacer. En primer lugar: desligarte de lo que este borracho pueda decir al servicio de una imaginación enfermiza.

»Y ¿si todo lo que he dicho fuera cierto? ¡Qué problema para los intelectuales carlistas! Los hechos a la par o delante de las elucubraciones de café constituyen groseros desórdenes sociales de muy mal gusto.

»Ustedes ¿también se van? Tranquilícense. Fue todo un mal sueño, aunque un sueño en colores, muchachos.

»¿Ven? Lo que les decía. He debido desenganarme de algunos amigos pero gano sabiendo quién es quién. Quién está conmigo y con quienes estoy yo. Sólo cuatro hasta es demasiado para empezar: Julia, Dalila, Juan Julio y yo. Somos de fierro».

Y continuó Hilda: Formábamos un grupo simpático. Jamás consentimos en que Dalila nos trasportara ni siquiera se nos ocurrió semejante idea. Solíamos marchar de a dos en fondo por la avenida.

Algo había cambiado en la ciudad puesto que todo seguía como siempre. Solíamos recorrer el centro de lado a lado. Es decir: desde un límite incierto hasta la costa bloqueada por galpones. De café en café, sabíamos que el fin de las tardes y las noches eran similares hasta en la anécdota.

Había infinidad de ritmos en la multitud, todos rápidos, y la sensación de falta de cambio nos recurría. La gente disparaba en una ciudad paralítica; eran como astronautas dentro de una carabela.

«Ustedes sabrán lo que hacen, dijo una noche Dalila, pero yo, para seguir acá perdiendo el tiempo, me voy a casa a tomar mate».

«Te necesitamos», dijo Lupo.

«Cuando me precisen, ya saben donde encontrarme», contestó Dalila y tomó un cuatrocientosiete.

«Tiene razón», comprobó Juan Julio. «Tiene», refrendó Lupo.

Pese a nosotros mismos, continuamos atravesando aquellas ciudades repetidas. Hasta que Lupo tuvo una iluminación:

«Sapristi, dijo. Es evidente que estamos siendo víctimas de un complot. ¿Por qué vagamos tan idiotamente noche a noche, de café en café, por las calles de esta gran ciudad? ¿Saben lo que ocurre? Pues que una banda de

paranoicos se hace perseguir por nosotros. Hasta ahora sólo han logrado que tomemos el hábito de perseguirlos en línea recta pero pronto conseguirán llevarnos a donde ellos deseen».

«¿Estás seguro de lo que decís?», preguntó Juan Julio y agregó: «Quiero decir: ¿estás bromeando?»

«No, no estoy para bromas. Tu incredulidad impide que los *paras* nos conduzcan a donde desean. Estás interfiriendo. Te ruego que, desde mañana, nos dejes solos a Julia y a mí. Luego te informaré de lo que haya ocurrido».

Juan Julio no se ofendió pero se fue a dormir. Todos nos fuimos a dormir y yo ahora me voy a la cama. «Mañana veremos qué pretenden los *paras»,* bostezó Hilda.

Luego de un resumen, porque encontraba todo algo entreverado, Peloquieto empalmó en la narración que Hilda había abandonado sobre el sofá, la noche anterior, para irse a dormir, y dijo:

Pese a que vestían trajes camuflados, pude entrever grupos de numerosos *paras* que anhelaban ser perseguidos por nosotros. ¿Para qué? Aún hoy no podría responder a esta pregunta. Sólo puedo narrar los hechos tal como sucedieron y así lo hago.

Sin ningún motivo aparente fuimos incitados a tomar un ómnibus de heterogéneo itinerario. Estábamos nerviosos, con cierto temor. Además temíamos equivocarnos y que todo fuera imaginación mía. Ningún *para,* en apariencia, había tomado nuestro ómnibus.

Algo nos hizo descender en el barrio residencial. Nadie bajó junto con nosotros. Algunas gentes caminaban hacia las dos direcciones de la calle. ¿Se trataría de un seguimiento con relevos?

Parados en la esquina, nos sentíamos ridículos y no sabíamos qué hacer. Íbamos a regresar cuando comprendí que debíamos caminar hacia la derecha, donde los árboles mostraban mayor abundancia de hojas.

Llegamos frente a una puerta de roble. Estaba cerrada como todas las otras aberturas de la casa. Llamé. Muy a lo lejos, se escuchó un timbre. Volví a llamar al rato y pronto sonó el choque de una puerta con vidrios. Se abrió una mirilla y un ojo nos preguntó: «¿Qué buscan?»

«No buscamos nada, dije. ¿Quién vive aquí?»

«Esta es la casa de Eduardo Lupo. ¿Qué buscan?»

«Queremos hablar con Eduardo».

«¿Hablar con don Eduardo?, parpadeó. ¿No saben que viene aquí contadas veces? La familia reside en Tolija».

«Bueno, gracias, otra vez será», dije por decir algo.

Esa noche analizamos consternados en el *Carlista* nuestra aventura. Eduardo, mi hermano mayor, había hecho mucha plata y vivía efectivamente en Tolija lejos de los pechazos, lejos de la familia. A mi madre la visitaba una o dos veces por año y, con el pretexto de no beneficiar a los demás hermanos, no le acercaba ni un peso. Todo esto yo lo sabía muy bien. Lo que

no sabía hasta esa tarde era que Eduardo tenía una semejante casa en la capital y todo el resto de mi familia también lo ignoraba.

Todo esto era muy curioso y sorpresivo. Me daba un elemento más para maldecir al primogénito pero ¿qué buscaban los *paras* con esa revelación?

Sin provecho evidente y el rostro circunflejo volví, volvimos, hacia el centro. En el *Carlista* estaba Juan Julio y con él hablamos casi que del tiempo. Verdad es que rodaba una espesa tormenta con estruendo fulero por sobre la ciudad aquietada y sonora de tan húmeda pero, pordiós, no era para tanto.

Entonces él me dijo: «Y ¿los *paras?*»

«Sin ninguna novedad novedosa».

«Se dice de Focilón que tambalea. Si es que alguna vez logró hacer pie».

«Ojalá que dure, dije, porque hay siniestros planes».

«¿De los siniestros diestros?»

«De esos malditos oligos».

«¿Lo sabés de la propia boca?»

«De la propia boca de Corvalán. Y te lo puedo contar tranquilo porque hoy no estoy rodeado por imbéciles. ¿Sabés a qué Corvalán me refiero?»

«Al de Informaciones, por supuesto».

«A ése. Me aseguró que hay un plan que a él le gusta llamar, con una torcida sonrisa, del Despotismo Ilustrado. Y la cosa sería más o menos así:

»En primer lugar, se distribuirían certificados de domicilio a toda la población mientras que se tomarían las medidas necesarias para levantar fronteras entre todos los barrios. Ningún ciudadano podrá pasar los límites de su barrio sin un salvoconducto especial que sólo se dará para casos de enfermedad, exigencias militares o de interés público.

»Todo transeúnte deberá llevar bajo el brazo los discursos completos del general Oñativia bajo pena de cuarenta días de arresto. Delito no excarcelable.

»Los inspectores de tránsito, que no sirven para nada, tendrán una tarea útil: Detendrán al azar a cualquier ciudadano y le preguntarán qué página del libro está leyendo y exigirán un resumen con conclusiones. Si el ciudadano no es capaz de hacerlo, se lo reprime.

»El cuñado de Oñativia ya estaría instalando una academia de mnemotecnia para analfabetos y preparando ediciones Brayle. No se ha resuelto aún el problema de los sordomudos pero se lo considera.

»Periódicamente, a modo de engañosa válvula de escape, se anunciará un encuentro clásico de fútbol en el Monumental. Entrada gratuita. Se permitirá, en esas ocasiones, el libre tránsito por fronteras internas con el solo fin de concurrir al estadio. De comprobarse alguna trasgresión, se reprime.

»El estadio deberá estar concurrido en su capacidad máxima, momento en que será rodeado con tanques de guerra, carros de asalto y compañías lanza gases. Helicópteros, aviones del cuerpo de paracaidistas y cazabombarderos, sobrevolarán la zona.

»Seguramente estos preparativos llevarán su tiempo y el público comenzará a impacientarse. Entonces, por los altoparlantes, se ordenará silencio. A todo aquel que hable, silbe o grite daledale, se lo reprime.

»Esto creará, cuando menos, cierta expectativa que será seguida de un nuevo y firme llamado al silencio. Seguidamente se anunciará que no habrá partido de fútbol alguno sino que la orquesta sinfónica del estado ejecutará La Pasión según San Mateo.

»Todo aquel que hable, se mueva o haga ruido con los papelitos de los caramelos, será severamente reprimido».

Acodado en el parapeto, contemplé el barrio desde el puente. Detrás de nosotros dormían las vías o centelleaban fugaces. Más allá de los tejados, el amplio campo desierto de la base recostaba sus hangares a la derecha, contra el camino.

Desde esa perspectiva el conjunto se encerraba sobre sí, se volvía una unidad, un objeto, una cosa irreal. En las hileras de cables murmuraban los electrones o, tal vez, el viento suave del mediodía.

«Julia, te dije. ¿Será cosa de los *paras* o qué?» Te apretaste contra mí. La felicidad nos venía mal, nos venía mezclada. Así era.

Y no hubo más remedio que bajar,introducirnos en ese objeto desértico por la ingestión y el sueño. Las casas tenían jardines y una, con plantitas miserables, tusadas por torpe geometría, nos indicó que allí era. Un portoncito bajo, un sendero, dos escalones, una puerta inexpresiva y un aldabón. Llamamos.

Algo comenzó a arrastrarse allí dentro, vino y abrió. Fueron un batón revulsivo, un par de anteojos, un gesto temeroso y un grito de alegría.

«Beto». La muy maldita me seguía llamando así. Qué familiares habían resultado ser los *paras.*

«¿Te habías olvidado de nosotros?, me besó. Tu hermana había muerto ¿eh?»

«No, Angélica».

«Para vos, sí. Triunfando en el cine y en la radio y yo, como si me hubiera muerto. El éxito te secó el corazón».

«Esta es mi esposa. Se llama Julia».

«Pasen, pasen. Me van a disculpar el desorden. Encantada, querida».

Todo estaba al acecho en aquel líving.

«Mi gente se fue al fútbol y Tiburcio duerme. Pero, sientensé. ¿Cómo encontraron la casa?»

«Le preguntamos a Eduardo, por teléfono», mentí. «Julia. Yo no la conocía. En fotos, nomás. Claro; cuando ustedes se casaron vivíamos en Masones. ¿Unos mates? ¿Una copita de licor?»

«Traé las dos cosas».

«¿Seguís tomando? ¿No seguirá tomando, verdad?» Un silencio con tres matices de sonrisa, uno en cada boca.

«Ufa. ¿Hay mate o no hay mate?», le dije con una palmada. Desapareció en la cocina. Te miré y me encogí de hombros. Afuera el sol caía por pura rutina. Vino el mate y era redondo y chico. La luz que permitía la persiana entornada le acariciaba un costado. La bombilla era ostentosa y pesada. Había un desequilibrio similar al de la habitación: muy pequeña para tantos muebles imponentes.

«¿Cómo te va?, dije. Tenés una linda casa».

«No apoyes el mate que me manchás el barniz. Sí, no es nuestra, y nos acaban de subir el alquiler».

«Bueno, pero es grande».

«¿Quieren ver los otros cuartos? Pónganse estos patines que si no me rayan el encerado». Nos hizo parar encima de trapos de lana y empezamos a esquiar por un corredor. Me divertía y llegué a pensar si mi verdadera vocación no estaría oculta en algún deporte.

«Oh, oh, dije al pasar junto a un cuadrito con montañas nevadas, demasiado perfecto».

«¿Tanto te gusta, Beto? Pero si todavía no viste nada».

«Hermana, tengo dones sobrenaturales. Antes de que abras la puerta puedo ver los banderines pinchados a la pared, el ropero con la puerta mal cerrada, los pantalones y la camisa tirados sobre la silla y la foto de Eva Duba».

«¿Quién te contó? No. La foto es de Rina Longhessi». Abrió la puerta y vimos el cuarto. Era, efectivamente, el dormitorio de un muchacho. Se me había olvidado un detalle: el depósito de objetos que amenazaban saltar desde la cima del guardarropas donde se agazapaban.

«Linda vista», dijiste.

«¿Verdad que sí?» Se veía un seto y el costado de una casa lindera.

Después vimos la pieza de la nena compartida con el nene más chiquito, la cocina, el baño, el jardín del fondo. Siempre sobre nuestros esquís de lana, volvimos al líving donde la penumbra y las cortinas que se agitaban de rato en rato daban ilusión de frescura.

«¿Cómo anda Tiburcio?»

«Amargado, che, amargado con este Focilón del diablo».

«¿No le gusta el general?»

«¿Estás loco? Ahora cualquier chusma se va a creer con derecho a codearse con nosotros y ocupar nuestros lugares en la confitería y en el cine. Y ya están queriendo ganar como un empleado. ¿Para qué hemos hecho tantos sacrificios? ¿Para estar igual que esos negros roñosos que nunca trabajaron ni fueron a la escuela? Ah, no; eso no, m'hijito».

Me quedé mirando al vacío, sin fuerzas para contestar suavemente.

«¿Lo reconocés?»

«¿Qué?»

«Si reconocés el perfumero de abuela». Enfoqué la mirada sobre una especie de aparador y distinguí un objeto de bronce con vidrios azules y florcitas rococó. «Y eso ¿qué hace ahí?»

«Está ahí porque es mío. Me lo regaló mamá».

«Tendría que estar en tu tocador, digo».

«Allí nadie lo vería».

«Bueno, menos mal que no te regalaron la escupidera del abuelo».

«Siempre el mismo guarango».

«Pero ¿por qué está allí?»

«Está porque es bonito y porque no dan nada por él».

«¿No dan nada?»

«No. Si alguien diera algo ya me lo habrían vendido o empeñado».

«Y con eso ¿qué?»

«Me han ido despojando de todas las cosas de algún valor que quedaban de la quinta. Cosas que estaban allá, en Sitiecito, y que todavía las recuerdo».

«Qué te vas a acordar. Pura imaginación».

«Me acuerdo, me acuerdo. Para mí valen sobre todo por eso: porque me dan seguridad».

«¿Que te dan seguridad? ¿Todos aquellos cacharros ferrugientos?»

«No hables así. Cada cosa que me han ido vendiendo es una parte que me arrancaron sin mi consentimiento. Me han hecho sentirme desnuda, con una oreja o un ojo de menos».

«Siempre fuiste una urraca pero nunca pensé que fuera para tanto, Angélica».

«Es lo único que me queda en este mundo».

«Estás macaneando».

«No». Se paró y fue hasta el aparador. «Mirá esta madera. Mirá este trabajo. Todo macizo, hecho a mano. No se fabrican más».

«Y es lo único que te queda».

«Sí. Es lo único a lo que podré recurrir si alguien se enferma, si Tiburcio queda sin trabajo, si pasara algo. ¡Y me han ido vendiendo todo!»

«Bueno, dije, pero te han respetado los valiosos muebles».

«Sólo porque son difíciles de llevar. Además no tienen noción de lo que valen: dicen que son horribles».

«Tengo sobrinos con buen gusto. Ya es algo».

«No seas malvado, te burlás».

«No, hermanita».

«No te dirijo más la palabra. Usted, Julia, pobrecita, ¿cómo puede soportar a un hombre así? Ah, claro, todavía debe de estar enamorada. Pero eso se pasa pronto ¿y después? Va a sufrir mucho».

«Él no quiso burlarse», dijiste.

«Todavía no lo conoce. ¿Verdad que una mujer necesita seguridad para el futuro?»

«Yo no necesito nada de eso».

«Porque no tienen hijos. Ya va a ver. Sé lo que le estoy diciendo. Mire lo que me pasa. A usted se lo voy a contar porque parece comprensiva aunque Beto se burle. Andate al fondo si vas a reírte de mí».

«Ufa, hermanita, ufa».

«Todo un juego de cristal, que no dejaba usar para que no se rompiera, desapareció y sólo descubrí eso un buen día en que hacía la limpieza general. Mal día, en realidad, porque hice un escándalo. Lloré, me desmayé. Era como si me hubieran arrancado las uñas, querida, una por una. Después fue el jarrón de porcelana, cubiertos, anillos, camafeos. Así me han ido descuartizando, poco a poco, sin piedad, sin ninguna consideración.

»Pero yo creo, querida, que una lo último que pierde, gracias a Dios, es el instinto de conservación. Sin embargo ya me consideraba perdida. Estaba desesperada y no podía ni dormir. Antes de aceptar que no me habían dejado nada decidí averiguar algo. Con varios pretextos fui al centro y recorrí casi todos los anticuarios tratando de sonsacarles el verdadero valor de uno de estos muebles. No voy a decir cuál de ellos, no. Pueden esperar sentados que nunca lo sabrán.

»Bueno, yo no tenía una noción de estilo, desconocía la calidad de la madera y del trabajo y así ellos no me podían tasar nada ni querían venir hasta

aquí.

»Pero yo tenía fe. Una gran fe, querida. Removí cielo y tierra hasta encontrar a un entendido que comprendió, que intuyó, más o menos de que se trataba».

«¿Usted lo quiere vender?», me dijo. «No, ni loca», le dije.

«Si es lo que yo pienso, tal vez valga la pena ir hasta allá. Me gustaría verlo. No le voy a cobrar nada, de todos modos», me tranquilizó.

«Era un caballero, un artista. Me refiero a un artista serio, responsable, raro ejemplar. Sabía que tenía que venir a una hora en que no estuvieran Tiburcio ni los chicos. Cayó a los pocos días y estuvo observándolo todo antes de ir al grano como si temiera una desilusión o aplazara un placer.

»Al fin, cuando vio la cosa no quería creer. La inspeccionó de abajo, de arriba, de atrás, del costado, de todas partes. Me hizo mil preguntas sobre mi familia, que de dónde había emigrado, que en cuál año, que cómo no nos habíamos dado cuenta antes de lo que teníamos. Se le iban los ojos al pobre. Estuvo como una hora insistiendo para que se lo vendiera. Cada minuto que pasaba me ofrecía más dinero.

»lmaginate, querida, que era como si me quisiera comprar a mí. Lo único que faltaba. Al fin se dio por vencido y me dijo: "Le pueden dar hasta quinientos mil. Yo no le puedo ofrecer tanto pero, si se decide, no se olvide de consultarme antes."

»Quinientos mil. ¿Te das una idea? Me sentí renacer. Casi lo abrazo.

»Sí, querida, quinientos mil aunque te cueste creerlo. Quinientos mil cuando el cambio estaba a once. ¿Te das una idea?

»Y esa cosa tan cara está aquí. Nadie lo sabe, salvo ustedes. Sé que no van a decir nada, que no me van a traicionar. A alguien tenía que contárselo. Además la he ido camuflando y está poco reconocible pero se puede restaurar rápidamente en un momento de apuro».

Se quedó callada, mirándonos con una sonrisa de astucia y de triunfo.

«Pero, le dije, si vendieras esa cosa, sea lo que sea, podrías resolver algunos problemitas ¿no?»

«Sí, Beto, pero una nunca sabe cuando va a precisar realmente dinero. Además no tengo ninguna seguridad de que esto no correría la misma suerte que las otras cosas malvendidas».

«Estás presa de estas horribles cosas. Estás dormida, paralizada por el miedo a vivir, idiota».

«Animal, lloró, sos tan animal como los demás. Estoy acosada pero no por las cosas sino por las bestias que me rodean».

En ese vestigio se había transformado. El tiempo demostraba ser más despiadado con las mujeres. Los hombres se suelen emputecer igual o peor aunque con cierto estilo, con un andamiaje de excusas y de motivaciones menos simples, con mucha mayor astucia y con infinitas posibilidades más de salvarse que ellas, aunque no se animen a utilizarlas mayormente.

«No necesito recordarte lo maravillosa que eras. Sería demasiado cruel si es que ya olvidaste. Cuando te deshagas de esa cosa, llamame o, mejor, prendele fuego a la casa y venite con nosotros», le dije.

Se enfureció y nos echó a la calle. Afuera comenzaban a salir los niños con sus triciclos y un tren pasó por el puente.

Comenzamos a caminar por el centro del asfalto hacia la estación. Estabas muy callada.

«¿No es monstruoso?», te dije.

«Fuiste despiadado, ¿por qué?»

«Porque ella es, en cierta medida, un espejo. Un espejo mas bien espantoso».

«Es hora de que nos tomemos un respiro. Mirá: no tuvimos ni una miserable luna de miel. Hagamos lo que podamos con tal de reparar semejante error aunque más no sea en cómodas cuotas», dijo Hilda y continuó:

Podrá parecer increíble, pero nos estamos portando como dos masocas. Traete los pantalones de baño. Maniataremos a un para cataléptico y lo usaremos de trampolín. Daremos saltitos elásticos sobre su nuca antes de zambullirnos en una especie de jailaife.

No me mires así. Jamás estuve tan lejos de la locura. ¡Esparciémonos, darling, esparciémonos!

Duro es confesarlo, pero ocurrió que los *paras nos* tomaron de nuevo. Resultó evidente que esa vez habían descartado de entrada la casa de tu hermano mayor. Subimos a un tren. Un moderado día de verano acampaba en el paisaje. Bajamos en Winder.

Niños robustos o extremadamente frágiles dejaban brillar sus cabellos compactos en los jardines donde tripulaban todo tipo de ciclos y cicletas abusivamente cromados. Los gritos tenían espacio muy holgado como para revolotear, elevarse y caer desflecados en medio de los parques sin ofender tímpanos. Y era un lujo caminar por esas calles limpias, en orden, arboladas con naranjos amargos o con castaños de Indias.

Yo te mostraba la hermosura de los árboles y vos, invariablemente, me decías: «Son sicómoros». Te burlabas de tu propia ignorancia, de las traducciones baratas, de los escritores cursis. Por idéntica razón, todos los canteros lucían vincapervincas.

Habremos caminado más de veinte cuadras, desde la estación hacia el río. A un costado se abrían los portones de un parque. Entramos porque no parecía un lugar privado y, sobre todo, porque era allí donde teníamos que ir para satisfacer la manía persecutoria de los *paras.*

Recorrimos una alameda de sicómoros salpicada por las diversas formas y colores de las vincapervincas.

Fuimos a desembocar a una planicie de pasto inglés que se cortaba a unos cincuenta metros dejando ver el río y sus regatas. A la derecha había un caserón con numerosas aguas de pizarra, vitrales, altos zócalos de granito y, con permiso, un enorme ciprés junto a la entrada. Automóviles desentonaban, numerosos, en sus alrededores.

Con toda timidez, fuimos hasta el borde del césped que, desde allí, bajaba ondulando con artificio hasta un muelle construido, en el extremo izquierdo del terreno, junto a galpones.

En un plano más bajo que el que nos sostenía, había gran confusión de gentes. Tipos que, se veía, estaban como en su casa, vistiendo ropas muy cómodas y elegantes, alternaban con personas como nosotros. Cada uno tenía su vaso empañado y gritaba o reía con exageración. Caminamos hasta una escalinata y nos juntamos con ellos. Los primeros, sin conocernos, nos saludaron al pasar. Luego, mezclados y con nuestros vasos en la mano, dejamos de llamar la atención.

Se trataba, debo confesártelo, de comer un asado.

Caudillesco y radiante, el gordo Solá amagaba ocultar su grosería como un hipopótamo cursi. Las revistas habían divulgado sus perfiles y su pelo canoso y corto revelando, con auténtica demagogia y falsa indiscreción, que Pelón era su mimoso apodo.

Por eso lo reconocimos aunque nunca hasta entonces lo viéramos personalmente sino en las posadas imágenes vendedoras. Era un resentido vergonzante, calculante altruista, cobarde subcaudillo piantándole al fracaso. Toreaba a la derrota con retazos de inmediatos éxitos desvaídos. Creía creer que creía pero descreía, allá en el fondo.

Animaba los grupos. Pasmosamente ingrávido, correteaba de uno a otro esparciendo infidencias jocosas, adulando con calculada brutalidad. Lo asistía un amorfo sector de guardafamas, mucho más pequeños que él, y en quienes fomentaba una orbital disidencia táctica.

Advenedizo, alquilaba su imagen compuesta de cauto desparpajo, de amplios vínculos en bandos enfrentados, de reconocido coraje estrictamente físico. Se lo sospechaba agente y evidenciaba serlo, sólo en lo comercial, de la *Johnson.* En todo caso, alardeaba de un nacionalismo sensato y ocultaba con ostentación pasados pujos extremadamente radicales. Tenía su vergüenza escamoteada en trastiendas como la hija idiota en algunas familias.

Piadoso impío, era el ejecutivo perfecto y te ubicó al instante.

«Creí que ya no venía», declamó con alegría y alivio. «Es un placer conocerlo y un orgullo. Usted es de los pocos artistas que no han claudicado ante las presiones del General», agregó soslayando improbables soplones. A mí me saludó como a una princesa consorte.

Nos introdujo en un grupo que rodeaba una mesa, apartada del gran tablón común montado sobre caballetes, y nos presentó a un tal Green exagerando protocolos.

La conversación fue volviendo a donde estaba antes de nuestra llegada. Green se fue evidenciando como el vocero de un fuerte grupo y los demás, entre los que había periodistas --no todos los que habían asistido-- parecían integrantes de alguna corporación. Por supuesto que Solá era el maestro de ceremonias. Ecuánime aunque sin desdeñar la vehemencia.

«Hablé con el señor Massaferro, informó Green, y le dije lo que hemos sostenido siempre. Ministro, le dije, el país ha dormido sobre el lomo de sus ganados. No nos oponemos a que el país despierte. Nos oponemos, sí, a quemar el catre. Le hablé así porque se trata de un hombre con una inteligencia natural pero al que hay que dirigirse en términos gráficos y vulgares. Es la mejor forma de asegurarse que comprende y, además, le gusta».

Mientras hablaba, abundaba en gestos de lord y todos parecíamos pequeños y aislados porque todo simulaba haberse alejado: el follaje, las risas, los ruidos de la costa.

«No estamos en una época de tranquilidad y nosotros tenemos parte de culpa: no nos hemos modernizado a tiempo, continuó. Entonces la gente quiere recuperar en un año lo que no tuvo en siglos y eso no es posible.

»Le dije al Ministro que la revolución ya se había hecho en este país, que nadie era más sensible a los postulados democráticos que nuestra Sociedad pero que no se podía tolerar la anarquía y que el poder sindical no podía pretender suplantar al poder político.

»Entonces me habló de la necesidad de una industria nacional. Le hice ver quiénes son los que tienen los capitales y que no era cuestión de empezar por descubrir la pólvora ni los telares mecánicos. "¿Usted cree que nos van a vender patentes?", me dijo. Eso es competencia del superior gobierno, le respondí, nosotros nos limitamos a apoyar. No consideramos la industrialización como una panacea ni nos entusiasma pero estamos dispuestos a ceder con tal de que vuelva la calma. Nosotros podemos hacer mucho por ustedes... y a la recíproca. Todo esto puede ser cuestión de conversaciones. De una cosa estamos convencidos: el gobierno tiene que dar un paso hacia la pacificación: dejen de hablar de reforma agraria. Eso no puede beneficiar a nadie».

Los presentes aplaudían con el brillo de los ojos, murmuraban, sonreían con la cabeza hundida entre los hombros, jugaban con miguitas.

Green parecía haberse agotado y buscó un flanco para seguir machacando: pareció elegirte a vos como único interlocutor o, más bien, como quien le habla a un animal o a un grabador, con la vaga seguridad de que lo entiendan pero con la necesidad de hacerlo.

«Porque, puede sonar a vanidad el decirlo, sin nosotros el país no va a ningún lado. Somos las fuerzas vivas. Hemos hecho sacrificios y los seguiremos haciendo. Desdeñamos la sensualidad de la *costa azul* de nuestro país y nos enterramos en los mismos centros de producción. Si el gobierno está ciego, si el gobierno no ve la necesidad patriótica de brindarnos cada día más apoyo o, lo que sería peor, pretende relegarnos, ignorarnos, caerá víctima de sus propios errores.

»A mí a veces me dicen que soy comunista, sonrió, porque comprendo que en otros países no hay más remedio que tomar el toro por las guampas, renunciar a todas las conquistas de nuestra democracia, pero comer todos los días y tener un par de zapatillas que ponerse.

»No somos industriales. A lo sumo algunos de nosotros está en la importación a granel, en el fraccionamiento. Somos fundamentalmente exportadores y damos de comer acá adentro. Por lo tanto nos afecta más el desorden administrativo que el desorden social. Sin embargo, no podemos cerrar los ojos a lo que está pasando ni cerrarnos el camino del progreso. La maquinaria del gobierno debe mantenerse aceitada como un fusil y seria como una bragueta...»

Nosotros, Roberto, mirábamos las copas de los árboles, que cabeceaban como un hombre que duerme sentado, el agua que estaba plateada a esa hora, los veleros que se movían como una promesa inventada por el cansancio. Y oíamos los gritos libres de los bañistas, alguna risa fresca que llegaba desde la costa. Pero la cara roja y flaca de Green, su voz cultivada y sus argumentos, correctos para sus socios, no querían abandonarnos, insistían en sus disparatados lugares comunes buenos para un banquete con la cofradía, incluso efectivos, pero tan endebles allí donde

triunfaba la realidad, la naturaleza. Y no sabíamos escapar.

«...hay que agarrar una horca y una bolsa de dinero, continuaba Green, una horca y una bolsa de dinero y recorrer el país otorgando justicia. La nación sigue siendo un desierto que tenemos que conquistar, por segunda vez, con métodos un tanto más flexibles y modernos. Todo tiene su precio. Para aquellos que cometan el pecado de vanidad de considerarse inapreciables, tenemos métodos más drásticos. Estos deben comprender que todos tenemos que hacer concesiones. Pero sin una coherencia, si no limamos nuestras contradicciones, nos hundiremos poco a poco en el caos aunque, objetivamente, tengamos prácticamente la eternidad por delante. Tenemos que inculcarle al pueblo que debe moverse por ideales. Por los ideales más elevados, excelsos...»

Fue interrumpido por la llegada de un excelso asado de shorton. Ya nadie le prestaba atención, ya todos comentaban a gritos sobre el hambre y la carne, tragaban cantidades industriales de saliva.

Solá se sentó a tu lado. Comenzó a hablarte de la comida, luego de sentimientos abstractos, más tarde de dificultades de trabajo, de la crisis de la industria

del cine.

«Usted es el hombre, te dijo, que necesitamos para promover la *Johnson.* Está limpio, conoce su oficio. Claro que con este hombre en el gobierno nadie quiere invertir aquí. Pero un enorme mercado potencial no puede dejarse abandonado a otros. Por eso debemos insistir en una línea de propaganda institucional ¿me comprende?, debemos mantenernos presentes en la conciencia de la gente aunque no tengamos nada

que venderles.

»Mientras no haya productos,venderemos prestigio. Y que me perdone el amigo Green pero, como yo siempre le hago ver, él es un tanto feudal. Yo también, para qué negarlo, aunque comprendo que estamos viviendo otros tiempos. Ahora la conquista del desierto, como él gusta llamarla, se hace con dinero. Hay que hacerle ver a la gente todo lo que ha logrado y todo lo que le queda aún por lograr si trabaja bien y gana buen dinero para conseguirlo. Nosotros tenemos las mejores medicinas, las mejores películas, las mejores máquinas, los mejores automóviles, la mejor vida que ofrecer y seguiremos teniendo todo de lo mejor a medida que el mundo avance. ¿Qué más se puede pedir?

»La cosa está en llegar a un entendimiento con la gente. Nosotros tenemos lo mejor de lo mejor y estamos dispuestos a ponerlo al alcance de todos y a enseñarle a todos cómo disfrutarlo pero ellos tienen que ayudar. Tienen que comprender que hay que hacer sacrificios para conseguir lo que se busca. Ayúdate y te ayudarán, dice el refrán ... »

Oías pero no escuchabas y el otro seguía hablando, presionándote para tenerte de su lado adornando publicidades. Comías poco y tomabas con desesperación un vino rojo y brillante.

Comprendiste de pronto que eras un náufrago aquí y en todas partes. No lograbas ver claro. Conocías los puntos cardinales pero flotabas a la deriva. No hacías pie en aquella realidad enrarecida, poco concreta, y sospechabas que la teoría, solita, no podía ayudarte porque se volvía justificación, cinismo, engrupimiento o aislaba más todavía. Entonces sólo atinabas a un humor dudoso, amargo, casi guarango. El error estaba en que querías salvarte o destruirte solo y no eras un mito.

«...por todo esto le propongo que venga a visitarme, seguía Solá, para llegar seguramente a un acuerdo ventajoso para ambos. Acá tiene mi tarjeta, querido amigo Lupo».

Ay, todo se puso flu y después todo quedó velado. Todo en blanco y en silencio y solamente quedaban los ámbitos: el aire puro, el apagado murmullo del agua y algo que te exigía. Las diversas calidades de las hojas, el césped, el césped elástico como una probabilidad de huida y eso que te pedían que hicieras. Y los insectos. ¿Es que nadie se preocupaba por los insectos que horadaban, poblaban, devoraban, enriquecían la tierra secretamente pero ahora perceptibles hasta en los más recónditos escondrijos? Y las demandas de esa masa que se había disipado en la nada como pequeñas nubes de primavera. Qué náusea. Tu cráneo era un caracol

vacío y ahora venía tu hermana por detrás, por la nuca, y te decía: «Atendé a los señores». ¿Qué es lo que te piden? Vos sólo querés morir en paz. Morir y dejar morir. «Señores».

Fue cuando la tarjeta de Solá quedó flotando, milagrosamente impoluta, sobre tres milímetros de vómito rosado. El estupor se presentó como un círculo de rostros en blanco y negro y el tibio líquido se iba extendiendo sobre la mesa enfilando sus seudopodios hacia el asco de los caballeros presentes.

No supiste qué había pasado hasta que tus ojos se despertaron contra el cielo y tu cabeza resquebrajada evitaba esparcir sus trozos sobre mi falda.

Estábamos junto al muelle donde las ondas sonaban al pulir las patas de cemento y el aire era dulce pero inquieto al respirarnos o al modificarnos tiernamente a su gusto.

Siempre fuiste un lactante.

«No te abuses, Hilda», sonrió Peloquieto y continuó él:

Lo que pasaba era que yo no había hablado en vano. Había advertido a quien quisiera oírme que los monstruos andaban sueltos. Pero era más fácil suponer que yo estaba loco o borracho, con delirium tremens, quizás.

No, yo no veía elefantes rosados con patas de mosquito. Veía lo que los demás no querían ver simplemente por indiferencia. Quiero decir: a mí me resultaba indiferente. Entonces no tenía prejuicios ni fobias, no tenía nada que perder y muy poca fe en lo que podría ganar. No me animaba a soñar sobre cómo deberían ser las cosas porque tenía miedo de pinchar el globo y quedarme con un harapo, con un horrible cadáver de goma oscura.

Una plasta amorfa que se pensaba un hombre de acción. Eso era yo y no estaba equivocado. No me contradigo. Simplemente no encontraba con quienes integrarme para nada concreto. Por mi propia cuenta me sentía capaz de mucho pero eso no servía más que para mí, supongo que también para vos, Julia. No daba para más.

Me faltaba una estructura, un punto de apoyo aunque fuera ínfimo. Con muy poco estaba dispuesto a dedicarme a cambiar el mundo. Sí, sí, suena muy grandilocuente, pero dejemos eso. Creo que está claro que yo no era un aventurero ni un hombre valiente, ni un santo ni un desesperado. Tampoco un mesías.

Era un tipo cualquiera como hay millones, con un gran desinterés que podía cambiar de signo, volverse muy interesante. Si hubiera sido un aventurero o cualquiera de esas cosas que te enumeré y que no soy, tampoco sé si me hubiera quedado aquí bajo esta horrible campana de cristal, en este aire quieto y tan acondicionado. Es muy posible que me hubiera ido. Yo no me fui pero ¿no lo habrá hecho mi mesías dejándonos solos?

Está claro que nada le reprocho al probable mesías. Además no soy tan lactante como para no comprender que al fin y al cabo cada uno tiene su responsabilidad y su culpa. Solamente quiero dejar una cosa en claro: no me negué, no me niego a los deberes que tengo con el prójimo. Aunque me siento muy débil y me siento muy solo, sé que un buen día tomaré fuerzas.

Si el mesías se fue, volverá. Si no nació, nacerá. Si no creció, crecerá y aprenderá y florecerá y millares de mansos comenzarán a practicar un heroísmo cotidiano para que el futuro sea cada día más grande y más cercano.

Y, si el mesías ya murió por nosotros, ay. Entonces no habrá más remedio que juntar coraje o lavarse las manos. Será necesario abrir bien los oídos para escuchar y comprender su grito de guerra.

Falta, falta aún cierto tiempo para negarlo más de tres veces, para preguntarnos a nosotros mismos si estamos jugando o no, si estamos jugados o no. No sé si estaré entre ellos pero, otros hombres, se aprestarán a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

Claro que estoy mezclando las aguas. Hago trampa. Porque don Roberto Lupo, todos saben, desertará en Sitiecito con la penosa ilusión de rescatar el barrio perdido o de volver al útero o de transformarse en vampiro, en una quinta abandonada, para robarles la sangre a dos muchachos provincianos y perdurar miserablemente a merced de ellos.

Resolvamos, aunque no sepamos ahora bien por qué, que los Lupo no tienen salvación. Que los condenaremos inexorablemente estén vivos o muertos, presentes o en ausencia. Y que estaremos atentos para desbaratarles las emboscadas como la que me acaban de tender con vistas a una improbable salvación eterna.

Pero aquí no se acaba la cosa y debemos seguir hasta el fin.

«Mirá, Hilda, será bueno que terminemos con esta inútil historia de los *paras* de una buena vez. Eso es lo que haré», continuó Peloquieto:

Todo estaba en orden cuando el parlante emitió el Cero y el contacto se confundió con los primeros sonidos, y últimos para nosotros por cierto tiempo, del empuje de la nave fotónica sesenta. La travesía era relativamente corta en dirección oeste hasta Insuperable de modo que tuvimos poco tiempo para comenzar a extrañarnos ante la proximidad del paisaje desconocido que se iba dibujando en mitad de la diáfana negrura del espacio.

Claro que los tiempos estaban cambiados porque, recién cuando comenzó la desaceleración, nos enteramos de lo esencial del viaje consultando el Sinoptizador de Trayectoria. Con Insuperable ya a la vista, el S.T. nos fue mostrando las etapas del viaje: nuestro claro y despejado cielo, un helado y tembloroso claroscuro y la chocante aparición de las gemas en el negro terciopelo absoluto que surgía una «caída» expandida hacia todos los puntos del espacio, una quietud al mismo tiempo y la concreta presencia --por omisión-- de la falta de aromas y de sonidos.

Y, allá, un inalcanzable punto neto que lograba destacarse de incontables cuerpos similares por su tonalidad miserable y heroica como la poesía de un analfabeto. Esa era Insuperable.

La velocidad, impartida por la única y suficiente pulsación fotónica, había dado al espacio la apariencia de una bóveda, un embudo o una cúpula invertida en cuyo fondo y centro lucía el planetoide.

Los demás corpúsculos se fueron borrando paulatinamente en torno a Insuperable, huyendo en redondo hacia el infinito y la nada mientras que el

planetoide iba tomando relieve, semejante a una gota de rocío en una oscura y umbría violeta. Nuestro sol quedaba a popa de modo que fuimos adivinando un continente sin sombras, sin matices desde la lejanía, pero que fue revelando un rostro acogedor y variado a medida que los rotores de inducción dejaban oír sus clics de alerta ante los datos de la computadora.

Finalmente el Sinoptizador nos dio las últimas imágenes de Insuperable donde ya se divisaban las distintas calidades del planetoide, sus mares y sus más altos picos que parecían delatar nuestro arribo. Luego el S.T. conectó la pantalla en visión directa, cuando se acabó el tape sinóptico, y comenzó a proporcionarnos datos de ambientación climática de adelanto.

Fue así que nos asombró la poca diferencia con nuestro medio: la misma temperatura y humedad, casi idéntica atmósfera, aunque ruidos más francos y aromas más elementales. «Sólo algo más de metano y superior concentración de oxígeno, comenté. Esta ationósfera es sensiblemente más inflamable que la nuestra».

Vos sonreías hasta que se encendieron los retrocohetes y fuimos depositados mansamente junto a un arroyo, al costado de una colina. La señal roja fue reemplazada por la verde y quedamos liberados de los transportines y se abrió la escotilla de babor. La luz, la misma luz de nuestro sol, iluminaba unos descampados por trechos muy cultivados y por trechos baldíos en curioso contraste.

Descendimos por la escalerilla mecánica y nos resultó imposible imaginarnos en otro planeta que no fuera el nuestro. «Parecería que sólo cambiamos de barrio», fue tu primer comentario mientras te estirabas sobre la hierba roja de la colina.

«Pronto estaremos entre los pargatas, dije. O están muy acostumbrados a visitantes como nosotros o no nos vieron llegar. Abriré el sobre, con las instrucciones».

«Misión número tres del Comando Superior Paranoico, leí. Su hermano Josepedro, que murió a la edad de trece años, vive actualmente en villa Insuperable. Lo recibirá como si se hubieran visto la semana pasada, ocasión en que lo invitó al casamiento de su hija. En el pañol siete hallará un paquete conteniendo un obsequio adecuado a las circunstancias. Los pargatas tienen costumbres muy similares a las nuestras. Feliz misión y mejor regreso. *Parámetro».*

Volví a la nave y, en el pañol indicado, encontré lo que resultó ser, finalmente, una lámpara veladora con pantalla de tela.

Detrás de la loma, una ruta cruzaba un puente sobre un arroyo sucio y traicionero. Cruzamos a la otra ribera, hasta un callejón que salía en diagonal hacia la izquierda. Podríamos haber creído que estábamos en Las Brujas pero aquello era menos campesino. Era un suburbio, una aldea rala y polvorienta que no pretendía ser, pero era, la capital del planetoide.

Debía ser algo así como sábado ya que, en *El Pobre Canario,* estaban los pargatas tomando vermú. Vestían como nosotros pero con dos curiosas acentuaciones en los hombres: algunos lucían como malevos de entrecasa con tonos muy sobrios y cortes muy duros pero con gran descuido general, mientras que los demás, por lo común los más jóvenes, llevaban ropas cómodas de colores alegres y hasta chillones, de un mal gusto tan auténtico

que hacía vacilar cualquier prejuicio estético. Las mujeres presentaban un aspecto por el mismo estilo: o parecían viudas o vestían abigarrados dibujos con abuso de tonalidades apagadas en modelos rigurosamente discretos. Resultaba evidente que sus impulsos los volcaban con violencia al elegir las vestimentas de los jóvenes. Los niños iban duros en sosos adefesios o gozaban cubiertos de mugre entre las zanjas.

Tomamos por el callejón oblicuo donde había curiosos vegetales en un ordenamiento silvestre a los costados de las acequias para desagüe. El mismo gusto por la abundancia, por la exuberancia ya, que se advertía en la forma de vestir de muchos pargatas se manifestaba en los jardines que parecían más bien trozos de monte, sin césped, aunque con un claro deseo de atesorar el más amplio muestrario de la botánica pargatense. Abundaban también unos pajarracos violáceos y alborotadores de un aspecto parecido a un papagayo de rapiña, si los hubiera. Podían girar sus cabezas como lechuzas y graznar a los cuatro vientos.

A pesar de que anduvimos la ruta, no encontramos automóviles. Sólo vimos dos o tres carritos tirados por yacs o algún bicho parecido. Estos animales son muy preciados por los pargatas ya que, además de bestias de carga, dan lana, leche y también carne.

Habremos caminado unas tres cuadras, bastante desorientados, cuando advertimos el sonido de una fiesta. Entramos a un patio delantero donde niños y jovencitas interrumpieron sus juegos para mirarnos con desconfianza o, tal vez, sólo con asombro puesto que en ese día excepcional estaban dispuestos a admitir cualquier rareza, todo tipo de milagro esperado secretamente.

Entonces sonó un grito: «Robertito» y Josepedro, más viejo y gordo que yo, me abrazó lleno de emoción y de olor a humo y pakuma. También te abrazó a vos y te dio un beso muy sonoro y nos presentó a gritos a todos los demás pargatas presentes que sonreían y parecían respetarlo mucho.

Mi sobrina estaba hermosa en su traje nupcial transparente y el novio, que ya había tenido oportunidad de apreciar su alma, podía estar ahora seguro de que se le ofrendaba un cuerpo exquisito, franco, puro y profundo como la mirada de Adelaida Lupo, por Josepedro Lupo y Evanjelina C. de Lupo.

Eran costumbres similares a las de la Tierra pero más civilizadas en el sentido de que resultaban menos hipócritas.

Inmediatamente nos sirvieron enormes jarros de pakuma, una bebida alegre y anaranjada como algunos jereces.

Un viejo volvió a pulsar una especie de mandolina entonando: *Muniekita planka, planka como el alma ke tu tiene, kuando miro tu poca, parese que kuntito bamo al sielo.*

Entonces fuimos arrastrados hacia un fogón donde se doraba un enorme costillar de jélor y Josepedro comenzó a recordar cosas de familia y demostraba que estaba realmente alegre por nuestra visita y por el casamiento de Adelaida y por el pakuma y por todas las cosas vitales que destellaban en su mundo que no era muy feliz, sin embargo.

El viejo seguía... *e dime tú perké, explikame el misterrio, ke a mi corasón dormido, el fuego de tus ojos despertó*... haciendo serpentear su voz entre la algarabía de los convidados.

Cuando Josepedro se puso a hablar de Focilón comencé a sentirme culpable porque yo podía gritar Viva Focilón en la cara de los Solá, Green y compañía pero, delante suyo no podía sentirme focilonista y, menos, hacerme cómplice de un engaño hacia los pargatas.

«No, dije, no, ustedes no pueden esperar que alguien de otro planeta vaya a ocuparse de sus asuntos. Tienen que hacer las cosas por su propia cuenta. Allá hay gente que no sabe ni siquiera que ustedes existen, y, los que lo saben, dudan que se trate de seres humanos».

«No digás eso, kerido, suplicó Josepedro. Más de medio miyón de los nuestro an emigrado asía tu siudá i no ai ni uno ke no sea fosilonista».

(Aunque cueste creerlo, los pargatas hablan en fonética).

«Los están engañando, hermano. Es para frenarlos que les aflojan la rienda».

«Es la primera bes en la istoria ke los pargatas estamos en el gobierno. Biene fin de mes i yo o kualkiera podemos ir al asfalto i gastar en komer o ir al sine i no nos morimos de ambre el resto de la kinsena. Ba, yo no, yo no voi porke estoi biejo para esos trotes, pero kualkiera», hablaba amablemente, con una sonrisa bondadosa en sus labios gruesos. No me discutía; se limitaba a mostrarme una realidad de la que yo era ignorante.

«¿Bos kres ke antes, kon los gobiernos de Kichi o de Maltús, yo ubiera podido pagar una fiesta komo esta para Delaida? No, kerido, no. ¿I si se me enferma la Bieja, Dios no kiera? Aora tenemos los poliklínikos, todo gratis. Aora no te echan del trabajo porke tienen ke formar i asta darte esplikasiones. Si no es oi será maniana pero todos esos torkasitas, pitukos, rikachos, tendrán que asetar ke somos seres umanos komo eyos, ke tenemos los mismos derechos. ¿I Elbita? Elbita es pargata. Elbita nos komprende. Mirá --dijo abriendo las ventanas entornadas que daban a una habitación-- ¿ke te parese mi dormitorio? ¿No es bien debuten? Bueno, Elbita me preguntó: "¿I bos, ke kerés, che?" I aí tenés lo ke yo kería. ¿Estamos o no estamos en el gobierno?»

Nos volvieron a llenar los jarros con pakuma y fuimos a sentarnos bajo un árbol. Todavía se escuchaba al viejo con su mandolina: «...*muniekita planka, viní*».

«¿Ke todabía ai injustisia? --siguió Josepedro--, ai injusticia. ¿Ke todabía nos kompran a treinta la tonelada de jélor?, todabía. ¿I que nos esplotan? Nos siguen esplotando, pero menos ke antes. Komiensan a respetarnos porke komiensan a temernos i nosotros empesamos a perderles el respeto ke nos abían inkulkado junto kon los prejuisios. Dejalo a Fosilón dies anios más i bas a ber de lo ke es kapás el Ombre».

«Tengo la impresión de que a ustedes les dan diez para no darles mil, para no entregarles todo» --le dije--. «¿No ves que todo sigue como estaba antes?»

«El Ombre no nos ba a fayar, i, si nos fayara... ¿Te gustó el pakuma?»

«¿Que si me gustó? Desde hoy será mi bebida».

«I no, sin embargo. No será tu bebida porke está proibida la esportasión. Pero la probastes i bastó para que suenies con eya asta el fin de tus días. Probarás el jélor i ya no bas a kerer otra komida. Pero esa karne se kome akí, porke es donde están los frigorífikos i no se kome ayá sino en Kastania donde tienen guita para komprarla. Sabés apresiar las kosas buenas, sos mi digno ermano. Bueno, los pargatas estamos probando las kosas buenas i las keremos para nuestros ijos i más i mejores kosas. Kien sabe el Ombre se nos muere o lo matan, puede ser, pero nosotros ya probamos, ya sabemos lo que es el asunto i aremos todo lo nesesario para no perderlo o para rekonkistarlo. I estate seguro ke, tarde o temprano, todo será de todos nosotros, ermano. Sobre todo, el derecho de ser ombres, komo kualkier kristiano».

Comprendí que él tenía razón. Sin embargo, yo no podía aceptar lo que lo alegraba, lo que había conseguido, porque tuve siempre lo que a Josepedro le faltara. Lo que para mi hermano significaba una conquista, yo lo había tenido gratis simplemente por haber nacido en otro momento y haber sido trasplantado a otro medio, dadas determinadas condiciones y, sobre todo, porque no me había muerto como él.

Los pargatas buscaban la resurrección, emerger del espacio donde estaban confinados. Yo simplemente quería que no se conformaran con tan poco, que ningún hombre se conformara nunca. Aunque sabía que la perfección era imposible y que yo no estaba iluminado como para hacer nada por ellos, les deseaba una realidad más completa, más rica, más suya. Se lo dije.

«Está bien --dijo--, ¿pero ke kerés ke agamos por aora? ¿Seguir a Karodila ke nos konose por telebisión? ¿Kontinuar kon lo de antes? No, nada de eso. Los pargatas no sabemos kaminar para atrás. Abremos dado un solo paso pero no lo desandaremos. Kisá, algún sesudo, nos deje dar unos trankos sólo para que no echemos a correr asta aplastarlo. ¿Bamos a negarnos? Ni lokos. Pero eso sí: no entramos en su juego por la sensiya rasón de ke resulta imposible tanto para nosotros komo para el enemigo. Es posible ke muchos no veamos el fin de esta kaminata pero ke no se diga ke nos negamos a dar los primeros pasos. Abrá kienes entren en el juego de los otros, pero serán los menos. Komo desimos aká: Al ke nase Fosilón es al niudo ke lo paren».

De pronto se me ocurrió mirar entre los vapores del pakuma: estábamos rodeados por pargatas que escuchaban a Josepedro con mucha atención. Después supe que mi hermano era delegado en el frigorífico y que por eso había conseguido aquel jélor de exportación que estallaba en un aroma espléndido.

Pronto vino el silencio de la comida cortado por bromas y alusiones al asado y al casorio. Realmente el jélor sólo era comparable al shorton de exportación aunque muy superior. Si bien se deshacía en la boca inundándola con su típico sabor potencializado por las pequeñas porciones de grasa infiltrada entre las fibrillas musculares y por un dejo a leña quemada, el asado de jélor tenía más sabor que penetraba a través de las membranas del paladar y de la nariz y hacía funcionar las terminales nerviosas a su máxima potencia. Se producía así un gusto casi bárbaro en

ciertos sectores atemperado por el contrapunto de percepciones muy sutiles y variadas, verdaderos descubrimientos gustativos, que sólo eran posibles porque la carga eléctrica de las células reaccionaba con la mayor energía ante el estímulo de esa carne.

«El gusto del jélor es tridimensional», me dijo Julia.

«Sí, tiene profundidad y relieve. Lo vamos a extrañar --le dije--. Además, casi casi que tiene también sonido ¿no escuchás como un coro de ángeles?»

Josepedro, que había estado escuchando, se rió y nos hizo llenar de nuevo los platos con carne y con una ensalada parecida al repollo colorado, fresca, picante y con resonancias también.

Sin dejar de beber otra cosa que pakuma, pronto llegaron los bailes típicos de Insuperable al compás de la mandolina que el viejo sólo había abandonado para comer poco y rápido.

«I una i doss i tress --cantaba el viejo--, *saberr kisierra, tres kosas tienes ke, ke menamoran, bumba, bumba, bumba..* »

Sólo algunos niños prestaban atención al cuerpo de mi sobrina que se contoneaba dentro de aquel vestido transparente. Bueno, yo no era un niño por esa época pero sí un ávido turista y, juro, el placer era casi totalmente estético. Como si la Venus naciente hubiera cambiado su poesía por la del viejo cantor que decía: «i… *tiene unos ojitos, embriagadores, i unos oyuelos ke, reír paresen, bumba, bumba, bumba…*»

Ahora bien: mi sobrina tenía efectivamente dos fascinantes hoyuelos aunque no en las mejillas. Sin embargo, eso no pareció molestar a nadie y menos al novio que estaba totalmente ausente, flotando a la altura de la cofia de Adelaida, el rostro encendido gracias a la estrechez del cuello de su camisa, la pakuma y el torturado deseo.

El atardecer llegó muy rápido o el almuerzo fue muy largo pero lo cierto fue que pronto llegó la hora de las charlas múltiples y apagadas, llenas de reminiscencias y de pedidos de un grupo a otro para confirmar recuerdos.

Los niños se pusieron cargosos y muchos hombres no sabían ya dónde quedaba el piso, aunque procuraban no andar por las paredes, y transitaban con exagerada dedicación.

Fue entonces que la novia partió en un carrito adornado con arcos de flores de papel y que algunas mujeres lloraron por sus causas perdidas.

Entonces decidimos decirle adiós a Josepedro que permanecía en el umbral de la puerta de calle y pretendía disimular que estaba petrificado y que se demolería no bien tocara el borde de su cama, cuando los invitados quisieran irse de una buena vez.

Nos besó y nos dijo: «Grasias. Algún día nos enkontraremos ayá i espero ke estén con nosotros, ke no nos ayan olbidado. Todo sería mui triste si bolbieramos a morir para ustedes».

De modo que lo abandonamos allí, confundiendo el crepúsculo con la aurora, queriendo suponer que, en aquel momento, era más fuerte el comienzo que el fin. Pero sin poder dejar de admitir que algo se estaba muriendo muy lentamente y que el destino había querido que él y todos los pargatas asistieran a ese funeral como si fuera un parto.

El cohete nos esperaba junto a la loma y, en su fuselaje, el ocaso se trasmutaba en destellos de alegres colores. Dijimos adiós con las miradas a toda aquella esfera olvidada del mundo hasta que se cerró la escotilla.

Nos ubicamos en los transportines, apretamos el botón de encendido y partimos.

«Julia, te dije antes de que la pulsación nos sumergiera en un estado como de hibernación, Josepedro».

«Josepedro ¿qué?»

«Me hace pensar en aquel borracho que llegó a un velorio y sopló las cuatro velas».

«¿Y después?»

«Cantó que los cumpla muy feliz. Algo así me resulta esta historia de los pargatas y de Focilón. Hay mucha confusión, estoy muy confundido».

CINCO

«OPERACIÓN ÉXITO PT PAPÁ MUY BIEN PT VIAJAMOS QUINCE O VEINTE DÍAS PT CARIÑOS PT VA CARTA PT BESOS MAMÁ», decía el telegrama.

«Mirá», dijo Pelo.

Hilda lo leyó con alivio. Habían esperado lo mucho peor y ahora la realidad volvía con sus ventajas, con sus bienvenidas y vitales contras; con sus chaturas remediables, eventualmente deseables como remansos, y con sus cimas a cargo del consumidor.

«Qué suerte, Pelo».

«Sí», dijo él. Recién ahora sentía en los huesos su amor por Hilda. Hasta entonces, todo había tenido algo de gratuito, de irreal, de dicha que se sueña sin esperanza alguna.

«¿Te querés casar conmigo?»

Ella sonrió. Pelo se acercó y la agarró por los hombros y se miraron descubriéndose por primera vez como cosas concretas.

«¿Estás seguro? ¿No te vas a arrepentir?»

«Pero claro que no», dijo con la voz profunda debido a un algodón seco que le llenaba la garganta. «¿Por qué querés casarte conmigo?»

«Porque te amo».

«Te pedí una razón».

De modo que hicieron el amor interminablemente

y hubieran muerto, sin duda, en olor de santidad de no haber sido porque un viento loco irrumpió en corredores. Vino desde la costa, todavía caliente y húmedo como un tritón borracho, tumbando prolijos ataúdes vacantes.

Comprobaron que ya era pasada la medianoche y que estaban bloqueados en el dormitorio por un caos de ebanistería. El aire se había sosegado, tomándose su tiempo para contemplar los bosques desgajados, los techos liberados por su furia, las reses atónitas y los anuncios ridículos, mutilados con cierto humor de fin de fiesta, de los que pendían las serpentinas de los cables telefónicos. Entonces comenzaron la lluvia y la tormenta.

«Esto, dejémoslo para mañana», dijo Pelo desde dentro de un sueño. Y fue así que se durmieron, por primera vez conscientes de su amor, dos esponjas entrelazadas, embebidas de laxa dulzura.

Al otro día todo era nuevo. Todo había sido modificado, purificado, por el vendaval.

«Hola», saludó Hilda.

«Hola». Él todavía estaba en la cama pero advirtió que ella había aprovechado la mañana devolviendo el orden a la casa, preparando algo para matar el ayuno.

Luego salieron a un sol brillante pero sin fuerza, prescindente revelador de estragos. El pueblo tenía de qué hablar ese día mientras que ellos daban un paseo por el lado del arroyo evitando vecinos.

Había pocos lugares donde ir y no fue raro que se encontraran, en uno de los recodos, frente a la casa de los Lupo.

«¿Verdad que no lo vamos a dejar abandonado ahora?»

«No, respondió Pelo, tenemos el deber de agotar su historia».

«Y la necesidad. De otro modo, su fantasma nos perseguiría sin clemencia».

El aire estaba frío para la época y en los campos se leía la desolación en los ojos de los hombres y el resentimiento en los de sus mujeres. También el desafío.

Fue así que muy temprano se refugiaron con alivio en el recinto del negocio. Tomaron algo caliente y fumaron en los sillones de cuero.

«Hilda, hablanos de un día de Roberto y Julia. De un día inadvertido antes del Diluvio. ¿Te parece bien?»

«Sí, me parece. Será repetir lo ya sabido aunque no me siento capaz de otra cosa. Pero te voy a poner una condición».

«Aceptada».

«Que la jornada siguiente la recorramos juntos, hundidos en Julia y en Roberto, olvidados de nuestra existencia por completo. Así podremos terminar con esta dulce pesadilla».

«Yo también quiero poner una condición: que nos vayamos a la capital cuando regresen mis padres».

«¿De verdad?».

«Claro».

«No me animaba a pedírtelo ¿sabés? Te quiero mucho», dijo Hilda y agregó: Comienza la jornada de los Lupo en un momento quieto y sin gran importancia:

Las cosas se habían dado así: Había terror porque el asunto es como el arsénico: un terrorcito hoy, otro mañana, durante años, acumulan cantidades mortales de pánico.

Durante mucho tiempo sobreviene la parálisis. Si se aumenta la dosis, los paralíticos echan a correr al asalto del enemigo. Pero, si se les proporciona un antídoto, una válvula de escape, tienden a volver a confiar en las cosas muertas, aguardan que resuciten los desiertos, recurren a todas sus falsas esperanzas. Y la recuperación es desmesuradamente lenta porque deben esperar que ardan todos los ídolos apócrifos, consumidos por sus propios errores inevitables.

A Roberto lo tomaban por un borracho, y era un borracho. Pero además, su modo de ser y la lúcida conciencia de sus debilidades, lo llevaban a

flagelarse y a arrojar a los demás lonjas de su piel mortificada. Por eso le huían, le temían o lo escuchaban como a un idiota.

Te dije: «No puedo más pasarla sin comida, Roberto».

«¿Ni oírme decir, así, tantas pavadas?», retrucaste. «Julia, siempre creí que eras puro espíritu».

«Mañana empiezo a trabajar».

«¿Dónde y en qué?»

«Eso no te interesa. Ya me adelantaron plata para que me compre ropa porque tengo que atender al público y, con la facha que ando».

«El hábito no hace al monje, querida, pero sacate el gusto. Ahora te lo puedo decir: pensaba regalarte un tapado de armiño en cuanto firmara ese contrato con la *Principal».*

«Sí, querido».

«Es un hecho: primero Rizzuto me va a dar un bolo para que vaya tirando. Después, un primer papel en *Bodas de tango.* Le faltan capitales pero los va a conseguir».

«Y ¿qué más?»

«¿Cómo y qué más? No seas pinchaglobos. Mirá: para festejarlo, vamos para el centro».

«¿Con qué plata?»

«¿No decís que te dieron para ropa?»

«Sí, pero para ropa».

«Bueno, cincuenta mangos más, cincuenta mangos menos...»

Y así fue como, luego de tantas aventuras, hasta interplanetarias, aterrizamos en el asfalto, entre las luces malas del centro. El *Carlista* estaba muy animado y, rodeando dos mesas juntas, nuestra barra nos recibió esta vez con alegría.

«¿En dónde andabas, Roberto?», dijo uno.

«Mirá, si te digo la verdad, no me lo vas a creer. Así que dejemos a tus púdicos oídos sin respuesta. No quiero pelearme».

«Ya sé, dijo otro, le estás enseñando arte escénico a Focilón y a Elbita para cuando se mandan los discursos frente a la plebe».

«No, yo estoy abajo, con los pargatas aunque me desespere comprobar que, por ahora, van al muere, respondiste. A Elbita la conozco personalmente de cuando se llamaba Elba y era bastante buena actriz. Es todo un hombre. Sabe lo que quiere. En una ocasión me ayudó pero, ahora que está arriba, no quiero ir a pedirle nada».

«Muy digno de tu parte, dijo uno, pero hubieras podido darnos una manito desde las alturas».

«Y, ustedes, ¿en qué andan, muchachos?», dijiste. «Vamos a sacar una revista».

«¿De chistes?»

«Más o menos: una revista literaria».

«¿Para qué?»

«Mirá, Roberto, hay que hacer algo. No podés salir en este momento con una publicación política por más amigo que vos seas de Elbita. Vamos todos en cana, aparte de que ningún imprentero te agarra viaje».

«¿Y?»

«Y, bueno, la cosa política se puede dar en artículos conceptuales, incluso en la crítica y en la ficción», dijo uno.

«Justamente, yo había pensado en vos para la crítica teatral», te dijo otro.

«Muchas gracias, pero ¿a quién jodemos con eso?»

«Podemos tirar más de mil ejemplares».

«Seguimos sin joder a nadie. Nos leeremos recíprocamente entre los que estemos de acuerdo y todos contentos».

«Bueno, Roberto, peor es no hacer nada. El gobierno está enfermo y va caer de un momento a otro. En cuanto se abra una brecha, nos largamos con todo pero antes tenemos que estar ya en la calle».

«¿Van a agarrar los fierros, por un casual?»

«En la calle con la revista, belinún. ¿Aceptás o no, la crítica de teatro?»

«Lo pensaré, camaradas, lo pensaré».

«Siempre fuiste un tipo pesimista y negativo», te enrostró uno. «¿Sabés que Elbita está incurable?»

«Siempre fue incurable».

«No embromes. Sin ella, el Hombre se entrega abiertamente a la bartola, todo se termina de pudrir y se desmorona».

«Y, entonces, llega la bandada de buitres, ironizaste. Ya en la escuela me enseñaban que tenemos que ganarnos lo que ambicionamos. Yo no tengo voluntad para eso, soy un blando, pero al menos lo sé».

Se molestaron con vos y decidieron ignorarte. Volvieron a hablar entre ellos de la organización de la revista, de cómo podía financiarse, del formato y, ya tintos en café y licores, empezaron a disponer los materiales de la primera entrega.

«¿Vamos al cine?», resolviste.

Salimos a la calle donde todavía montaban guardia aquellos ángeles de yeso aguardando el Juicio Final. Tomamos por Soto hasta desembocar en la rotonda de Juncal donde, en un tiempo, había una fuente con luces de colores casi tan cambiantes y repetidas como el agua.

En cierta medida, la ciudad había sido invadida por los pargatas atraídos por el mito y las cosas concretas que les permitían, también en cierta medida y no poca, sentirse hombres.

Estaba cayendo la noche y los luminosos concedían una grave, impertinente alegría, a las calles congestionadas donde largas colas de personas esperaban para tomar un ómnibus, comprar fruta, comer de pie, o divertirse. Ah, y era el invierno de aquel año.

Así fue que integramos la cola de una cola y trajimos cola a nuestras espaldas.

Al fin pudimos caer en las butacas, arrojando el frío de la calle que se iba desplazando hacia fuera de los abrigos, caminando para atrás hacia su retirada momentánea.

En la pantalla, un noticiero mostraba las obras del gobierno, como si fueran una gracia y no una obligación entre otras muchas, y apareció el general en un coche descubierto hablándole a Elba, sin sonido, con gestos contenidos y autoritarios. Elbita, un fantasma de lujo entre sus pieles, trataba de sonreír con un rictus, se mareaba, sus piernas hacían dudar al resto de su cuerpo. Pero Focilón dio la voz de mando y ambos se irguieron. Él, sosteniéndola por la cintura; ella, atrapando, de quién sabe dónde, una sonrisa triste y casi radiante que contradecía el resto de su figura. Todo esto en pocos segundos y un segundito más para levantar las manos en un saludo, antes tan firme, ahora desmadejado, chirle y lleno de angustia. Ahí vino el corte y siguieron mostrando las obras y las banderas flameando como para dejar una última impresión de alegría.

Después vimos una película bastante pasable, que mostraba el régimen de los obrajes, y donde un escritor cabrón había permitido que se pusiera una leyenda a su libreto en la cual se afirmaba que --la explotación y la ignominia que mostraba la cinta-- eran cosas del pasado, desterradas para siempre por el general Focilón.

Salimos, ya en plena noche, sólo para hacer otra cola en busca de comida y decidiste recalar en el *Carlista* donde aquellos seguían planeando su revista sobre migas y platillos apilados.

Pediste bebida y que dejaran la botella y te pusiste a contemplar a los amigos con muda ironía.

Estabas en maldito mientras ellos hablaban con entusiasmo, expresando con palabras todas las posibilidades de sus sueños limitados. Yo también me entusiasmé y participé de aquellas posibilidades. Opiné sobre el formato y les rogué que no pusieran títulos con interrogantes, como *¿Hacia dónde marcha la humanidad?,* les pedí que fueran firmes y definidos, que abandonaran para siempre la adolescencia que algunos arrastraban desde hacía añares.

Después la conversación se desplazó hacia el resto del mundo, ocupándose de las masacres, del hambre, de los movimientos de la política en el tablero. También, con cierta pena aunque más bien azorados, como cuando se levanta una laja sobre la tierra y se descubre que está habitada por extraños insectos, hablamos de Juan.

Mejor dicho: no hablamos de Juan. Se lo aludió inevitablemente y hubo un silencio. Todos vimos la imagen de *El Ladrón* que hubiera jugado a ser Cristo por pura voluntad narcisista de complacer, por una necia resolución de negarse a enfrentar sus debilidades con la suma de sus pequeñas valentías.

Todos vimos esa imagen aunque él había muerto con diversa convicción para cada uno; aunque él anduviera despoblado, por su espacio ficticio, repitiendo sus hermosos gestos, sin dejar de valer lo que su parte pura había valido siempre cuando se animaba a asumirla. Pero a nuestros ojos, ese era ya otro hombre con el que quizás algún día nos encontraríamos y que nos

daría o no, le pediríamos o no, alguna explicación inane, yerta, que nada significaría ya.

Porque, ¿te acordás?, nos había estafado de un modo único, sin contar con nuestra complicidad como es lo correcto, y fue, como ese oro efímero, hecho con protones prestados o qué sé yo. Nos enriquecía hasta que amanecimos pobres, despojados, con su rostro tramutado en chatarra y supimos que él mismo se nos había escamoteado.

Entonces tuvimos que desayunarnos aunque sin poder dejar de recordar que fue el mismo Juan quien nos dijo un día con pena y sarcasmo: «Qué cosa. Con la gente me he pasado la vida desayunándome. Me engañé siempre y, algún día, me gustaría almorzar».

Un amigo había muerto. Nos quedaba el elefante pero no lo dejaban entrar al café, ni él quería hacerlo, porque estaba ocupado en cosas más importantes y más claras.

Entonces abriste tu boca en dicterios.

«Intelectualoides de café, dijiste aprovechándote de tu físico excedido, ¿saben lo que van a hacer los pargatas con sus papeles? ¿Con la hermosa revistita doctrinaria? Bueno, sospéchenlo. Ustedes se van a quedar acá, lustrando y quemando los bordes de las mesas, mientras que una ola de cosas que suceden de veras los aplastará, los naufragará, y terminarán yendo a joder junto con Focilón. No me miren así, maricones. ¡Abajo Focilón! ¡Muera Focilón, el canalla que da un poco para no entregarlo todo!»

Y vos también quedaste sumamente despoblado. Ya estaban colocando las sillas sobre las mesas y fregando como para limpiarnos a nosotros también de aquel sitio lleno de sueño frío.

Entonces nos fuimos para casa pensando en ir a buscar al otro día al elefante pero sintiendo que no teníamos nada para ofrecerle salvo cierta rebeldía esporádica, etílica o vinosa.

Esa noche me hablaste de tus sueños, de cómo querías que fueran las cosas para felicidad de todos y de tu infierno que consistía en no poder creer en nadie en este país. Dijiste que muchas ideas hermosas habían florecido en otros pueblos pero que, aquí, era demasiado temprano o esas mismas ideas, al contacto con los cerebros de los limitados, de los pobres de espíritu, se oxidaban como pétalos de jazmín, como manzanas desnudas.

«Estoy enfermo, dijiste. Lepra en la voluntad, gangrena en la acción y sólo bellas ideas para vendar esas lacras. Si me juntara con esos cagatintas, podríamos ganar una licitación para empedrar el camino del Infierno. Pero al menos yo lo sé, al menos lo acepto y no me engaño ni quiero engañar al prójimo».

Pronto te dormiste y resoplabas entre tus espectros.

Mucho más tarde pude dormirme y padecía sueños abigarrados. Era como si a la ciudad la hubieran cortado como un queso y así podía registrar simultáneamente, todo lo que estaba ocurriendo en un instante.

Ni mil bocas me alcanzarían para expresarte un sueño semejante. Sólo me es posible ir contando desordenadamente lo primero que llegue en pálido recuerdo:

Una mustia señora se ahoga en sollozos en una pieza solitaria y hermética en lo que parece una ceremonia habitual mientras que un pingüino embalsamado saca pecho con su idiotez en un cuarto deshabitado por un hombre soltero que siente horror de regresar solo a enfrentarse con la pared amarilla con una mancha de números de teléfono; alguien se ríe en un baño, que no está visible pero resuena en sus azulejos, aparentemente de una mujer que se tapa hasta la barbilla con una sábana arrinconándose histérica en un ángulo de la cama que encaja con otro de la pared contra el que sacude una melena hirsuta de unos veinte centímetros de largo; un loro duerme; las dos hermanas se están acostando y parece haber reproches mientras que sus enaguas centellean y una se pone crema de noche frente al espejo; un chico llora porque tiene sed hasta que se prende una luz en el cuarto de al lado; cuatro hombres en camisa rodean, de pie, una mesa larga donde otro suda porque le aplican como una batidora o un encendedor para gas en la entrepierna en una habitación desolada; un viejito se hamaca en el insomnio mientras lee el diario y fuma un toscano apagado; aquí todavía están bailando y, en un altillo, una pareja unida hace respirar las cobijas como un fuelle; un suicida escribe una larga carta aguardando que llegue el arrepentimiento o que la causa de sus pesares abra la puerta de pronto y se arroje en sus brazos; un hombre, con gorro blanco, maneja una esprés inventando que está en un cuarto de máquinas, muy lejos de allí; las cucarachas invaden un baño recorrido por los senderos plateados de las babosas al tiempo que alguien vomita dándome la espalda en un mingitorio contiguo; un adolescente lee en la cama a la luz de una lamparita; un judío, con un sombrero negro hasta las orejas, juega con su barba y murmura sobre un libraco; una mujer se desangra, se muere antes de que llegue la ambulancia, junto a un hombre desesperado; numerosos cuartos, con bombitas desnudas goteando desde el techo, se llenan de una luz amarilla cuando gente cansada practica la rutina de la noche mientras piensa en sus propios asuntos o imagina; cantidad de huecos negros callan o emiten sonidos guturales; en uno, entra un destello rojo, luego verde, después naranja que se repite en ese orden revelando una pareja vestida, tirada de espaldas en una cama, y que discute mirando el techo con las manos cruzadas bajo las nucas; alguien toma mate en la cocina y le enumera a otro lo que hizo, lo que hará o lo que habría que hacer; una señora gorda eructa mientras se apresura en camisón a correr las cortinas; sentada en un inodoro, una mujer lee y fuma; un hombre rubio hace gimnasia en calzoncillos; otro, morocho, toca la guitarra porque está muy borracho y una vecina le golpea la pared con un zapato; un reloj de péndulo canta, con vacío dramatismo, una hora escandalosa para los sillones cubiertos de fundas de piqué blanco; dos mujeres se besan; buceando en una luz roja y mortecina que hace doler los ojos, un fotógrafo se agita en un cuarto de revelado; alguien no para de toser; otro pega un vagido cerca de una sala de espera donde un cartel dice *Primeros auxilios* sobre unas gentes con cara de sueño y de dolor, con ojos expectantes; en los fondos de un almacén cantan canciones alegres y juegan a la murra; una mujer considera las formas de su cuerpo, frente a un espejo, antes de ponerse el camisón; una sombra baja con una vela sobre los crujidos de una larga escalera; una casa se incendia; una mujer grita en sueños; dentro de humo azul, cuatro tipos juegan a las barajas; una pileta se desborda y empapa; una gata se lamenta debajo de un

gato; y, en una torre, un inspector de faros traza su próximo itinerario y las luces van muriendo, salvo una, roja, en la punta de una antena y yo estoy sola, acurrucada dentro de un barril y hace frío y es húmedo.

«Mañana será otro día», dijo Peloquieto. «En el resto de hoy, tengo que hablar de ciertas cositas, sin saber cuáles son, que irán surgiendo como algo natural de mi boca de Lupo».

Alguien dijo que yo era lúcido, quizás con la bondadosa intención de atribuirme una virtud o adjudicarme una disculpa. Sin embargo sólo consiguió, con eso, sepultarme bajo una tonelada más de oprobio. Con eso, se consiguió solamente dejar bien claro que yo era un tipo higiénico: el que más a conciencia se lavaba las manos.

Resulta que siempre sabía poco o sabía demasiado. Era un gran ignorante cuando había que saber; un teórico reposado, cuando era necesario ir a los hechos; sabía demasiado, pero no hablaba, cuando la cuestión era comprender a los pargatas y hacerles ver ciertas cosas porque, si ellos comprendían, habrían de moverse en consecuencia y, eso, era prematuramente peligroso.

Claro que no era el único que sabía lo que sabía pero era de los pocos capaces de admitir su propia ruindad sin justificaciones.

Y bueno, dejemos de elaborar teorías, de mordernos la cola, porque, al final, terminaremos por absolvernos y eso no es cuestión nuestra ni importa a nadie.

Cuando vos conseguiste trabajo, resolví que era necesario esperar que las cosas madurasen, que todo siguiera una evolución natural pero que no era posible quedarse cruzado de brazos. Reaccioné.

Entonces volví a frecuentar los boliches donde me fiaban. Eran lugares en los que abundaban los pargatas o algunos elementos pargatizados provenientes de otras estanterías de la sociedad. Luego de largas charlas sobre bueyes perdidos, asumí la decisión de politizarlos.

«Mi tarea, me dije, será humilde y lenta pero importante». Para tal fin recurrí a mi olvidada biblioteca donde estudié algo de Prax, el manifiesto *Tal,* la declaración *Mascual* y, aunque pueda parecer increí*ble, Nuestro camino desemboca en el Victorio.* Es que todo tiene su parte positiva si es que se la sabemos buscar bien y de buena fe.

Mi cuartel general lo establecí en *Los mil yuyos,* ese boliche donde dan caña con limón, con papa, con berro, con basalto, con quina y con las cosas más inverosímiles, aunque allí todo el mundo la toma pura, mejor dicho, purificada por el bautismo.

El éxito de mis charlas informales en el estaño me asombró superando todos mis cálculos optimistas. En poco tiempo tuve una disciplinada caterva de seguidores dispuestos a no arrimar una copa a sus labios si yo no estaba presente para iniciar nuestras pláticas.

«Compañeros, les decía, estamos en el gobierno. Somos gobierno y le debemos la vida al Hombre pero hay gente allí que no es focilonista de corazón. Tenemos que tener una ideología, pues eso será lo único que podrá

salvarnos en el caso de que, Dios no lo permita, nos llegara a faltar el Hombre o la Señora». Y, paulatinamente, con cosas por el estilo pero cada vez más audaces, les iba inculcando el virus de la revolución como quien no quiere la cosa. Los bolicheros, representantes primarios de la plutocracia, uno a uno me fueron cerrando el crédito para boicotear económicamente mi movimiento.

Anduve unas semanas desesperado encerrado en casa y tratando de detectar entre mis materiales políticos una fórmula adecuada para tales casos. Afortunadamente no lo conseguí.

Digo «afortunadamente» porque un revolucionario debe ser también un creador. Aplicar automáticamente fórmulas, que sirvieron en otros medios y en otras circunstancias, puede llevar al fracaso.

Quiso la suerte que una tarde me encontrara con un viejo amigo que había instalado una imprenta. Entonces se me ocurrió la gran idea. Busqué una buena foto de Vergara, el comandante guerrillero muerto en pleno combate por sus ideas, y mandé hacer miles de estampitas. Quedó que ni un santo, che.

Mira: La cosa era bien simple, como todos los grandes descubrimientos. La estampita tenía en el dorso un decálogo que conciliaba las ideas de Focilón con las auténticamente revolucionarias porque no era cuestión de ir preso porque sí. Entonces, cambiaba la efigie de Vergara, que era muy apreciado, por casi todos los pargatas, por una copa y de ese modo pude continuar con mi prédica.

Me escuchaban con placer y ya había perdido la cuenta de los amigos, de los que iban madurando sus ideas al choque de interminables y diarias discusiones. Tuve que ampliar mi radio de acción porque venían delegaciones de otros barrios para que fuera a hablarles de «Focilón: una apertura democrática», como yo había titulado mi charla, que ya me la sabía de memoria, y que pensaba mandar a imprimir en folleto.

Mientras tanto, hice varios intentos para volver a filmar pero siempre había un problema o había otro que me impedían conseguir siquiera un miserable bolo.

Finalmente, aún no sé si por distracción o por cálculo, me dijo Rizzuto que fuera a verlo a los estudios. Le dije a Julia todo lo que le iba a comprar, aunque ella ya no me tomaba en cuenta y me prestaba la misma atención que a un niño cuando comienza a divagar sobre sabidos temas recurrentes.

Como era habitual tuve que hacer mi antesala antes de tener el placer de entrevistarme con Rizzuto. La entrevista comenzó en un tono amable. Estuvimos recordando los viejos tiempos donde uno filmaba lo que quería y no tenía que andar repartiendo coimas o temiendo que algún censor le hiciera perder unos cuantos miles de pesos. Era cierto que, en aquellas primeras épocas, tampoco se filmaba. Gran cosa, quiero decir. Y también es verdad que nos atraía más la bohemia que el trabajo disciplinado.

«Roberto, me dijo pomposamente Rizzuto, estoy, al fin, en condiciones de ofrecerte un trabajo a la altura del Gran Lupo: *Bodas de tango,* con la participación estelar de Myrna Pelma».

Fui y nos dimos un gran abrazo. Él se separó y fue hasta su escritorio donde buscó un papel para leerme: «Necesitás un esmoquin, un equipo completo de esport, dos trajes de calle, por supuesto, lo menos cuatro pares de zapatos, camisas adecuadas, un sombrero blando y... nada más. ¿A ver, a ver? Sí; nada más». Me quedé mirándolo con desconcierto, con destellos de odio que no me decidía a liberar. Él me miraba convencionalmente, como si no advirtiera mi traje desteñido y pasado de moda, el cuello raído y rebelde de mi camisa, las deshilachadas bocamangas. «Eso, lo ponen ustedes, por supuesto».

«Querido Lupo, está algo olvidado. Nosotros ponemos el vestuario cuando se trata de trajes de época».

«Háblele a su sastre o deme un adelanto».

«Imposible, querido. Absolutamente imposible. No tenemos un centavo. Nos van a financiar contra entrega de cada metro de la película, prácticamente. Sí, en

la práctica es así».

Ahora lo despreciaba. Por eso simplemente me di vuelta y salí. Posiblemente, era lo que él había buscado. No lo volví a ver.

A veces conseguía un papelito en la radio pero mi principal ocupación consistía en la distribución de estampitas de Vergara y en escaparme de mi amigo el imprentero.

Como siempre que cobraba algún dinero, estaba sentado en la vereda de un café del centro. Había salido recién de la radio. Escuché gritos en la punta de la calle. Una manifestación se acercaba con grandes carteles azules y blancos y negros.

Pronto la muchedumbre llegó a mi lado. La presencia de mucha gente vibrando me produce profundo estremecimiento, me pone la carne de gallina. Me dan ganas de gritar a mí también pero, por desgracia, nunca encontré un motivo justo para hacerlo, nunca un arranque que me hiciera decir: «Largate aunque estés en parte equivocado». No sé, debe ser mi fibra de dirigente nato lo que me lleva a mantener la cabeza fría, a ser implacablemente objetivo.

Varios hombres de la columna me saludaron al pasar y eso me entusiasmó y me asombró. Eran mis amigos de los boliches. Algunos me hacían señas para que me incorporara a la marcha.

Uno me gritó: «Vamos que habla el Hombre. No se nos quede ahí, carajo». Le hice señas de que tenía que acabar lo que estaba tomando.

Hombres y mujeres pasaban enardecidos ofreciendo la vida por Focilón. Golpeaban los automóviles estacionados, amenazando a quienes amagaban en las bocacalles acelerando el motor en punto muerto. La columna pasó en varios grupos. Venían desde muy lejos, de los barrios de afuera de la ciudad, y la mayoría vestía como los pargatas, era pargata.

Tres hombres se desprendieron de un grupo y vinieron hacia mí tomándome por sorpresa. «Vamos, don Roberto. Los artistas también son trabajadores. Ya lo dijo el Hombre».

«Tengo que pagar».

«Ma qué pagar ni pagar. Hoy no se les paga a estos ladrones».

Me arrastraron hasta la columna, me sumergieron en aquel sudor sin sofisticaciones. Al principio caminaba intimidado, como un chico bien educado cuando sus tías lo sorprenden, jugando en un charco, con el traje de marinero que le regalaran para el cumpleaños. Después noté que empezaban a mirarme y alguien dijo: «¿Quién invitó al mudo?»

Entonces grité que viviera Focilón, «qué grande sos», «cuánto valés», «sos el primer trabajador». Era como si me hubiera hecho efecto una purga. Un cuarto litro de aceite de ricino me hacía arrojar de los pulmones y de la cabeza toda una serie de nudos, de anclajes que me habían estorbado toda la vida.

Alguien pateó un tacho de basura que vino a pegarme en las canillas. Lo levanté y terminé de vaciarlo. Era una buena lata. La empecé a golpear con el puño pero no sonaba nada entre tantos gritos. Entonces me saqué un zapato y marqué el ritmo. Muchos se sonreían con extrañeza y luego con aprobación. «Qué grande sos, qué grande sos, mi general, cuánto valés, pumpumpumpún, pumpumpumpum».

Cuando el general apareció en el balcón, fuimos un solo grito que parecía no iba a terminar hasta que al final se desflecó en diversas ocurrencias aisladas que contagiaban a grupos y nadie era capaz de entender prácticamente nada.

Ninguno de mis adeptos me prestó ya atención alguna desde el momento en que Focilón comenzó a hablarles. Bajo el sol, las caras permanecían expectantes, tensas, retraídas como las de los ciegos. Todas hablaban de la intemperie: unas con rasgos duros que contrastaban con las facciones, hechas con planos que terminaban por fundirse con suavidad mórbida el uno en el otro, de las mujeres que ofrecían una inusitada fuerza en los pómulos, en muchos casos.

Sigilosamente, abandoné la lata y me puse el zapato. Me fui escurriendo como un microbio entre la multitud compacta que no favorecía mi paso y, al contrario, parecía querer frenarlo con agresividad. Creo que me llevó como veinte minutos salir de la concentración. Conocía a muchas de las personas que encontraba en mi camino. Eran de mi cofradía.

Caminé hacia el sur hasta desembocar en Parque Ocho donde ocupé un banco. Un aire suave hacía murmurar las hojas y no se veía a nadie por los senderos.

Me puse a calcular mentalmente las consecuencias de mis correrías por los boliches. Mi gente y yo teníamos muchas posibilidades en caso de que pasara algo con Focilón y con Elbita. «Sí», sonreí. Entonces me entró un miedo tremendo. Decidí que mi actividad entre los pargatas debía terminar ese mismo día. Era demasiada responsabilidad y preferí quedarme allí, cómodamente sentado, aguardando un mendrugo de victoria. «Mutis, para mí», murmuré y me quedé dormido.

SEIS

«Ya nada podía interesarte, ¿eh, Roberto?»

«Nada ya, Hilda, Julia, respondió Pelo. En el fondo de mi bolsa quedaban trastos del pasado, flotando a la deriva en una curiosidad muy difusa, que eran lo único que me permitía seguir boqueando».

«Y era muy tarde en la noche».

«Llovía de un modo cruel y fuimos a guarecernos, debajo de un toldo, junto con otras personas. Otros se fueron sumando hasta formar una larga fila a todo lo largo de la cuadra. Hicimos algunos comentarios sin importancia hasta que advertimos que entonces nos resguardaba una marquesina».

«Algo se movió», te dije.

«Julia, yo no me moví. Se corrieron las casas», afirmé y estaba completamente seguro de lo que decía. El aguacero continuaba llenando de luz el aire y el suelo renegrido. Una viejita con un chal sobre la cabeza cruzó por la mitad de la cuadra con un tranquito vacilante pero decidido. Venía en línea recta hacia nosotros hasta que llegó y nos preguntó:

«¿Para qué lado es la cola?»

«No sé de qué cola me está hablando, señora». Se alejó mascullando algo así como «guarango» y fue a preguntar a un grupo que sobresalía unos metros del borde de la edificación.

«Roberto, ¿no estaremos en una cola?»

«No digas disparates. ¿A esta hora? A no ser que repartan paraguas».

«Eso explicaría que se hayan movido las casas, quiero decir, que nos hayamos corrido sin darnos cuenta».

«La lógica femenina. Es mucho más absurdo, mucho más imposible, que toda esta multitud esté haciendo cola bajo la lluvia a la una de la mañana, que el hecho de que las casas se hayan corrido un poquitito. ¿No sabés que el mundo respira, acaso?»

«Bueno, no te enojes».

«No, claro, vos querés que me ría, que me agarre un complejo de hiena. No tenemos plata para ir a un café, nos mojamos, reventamos de frío y de sueño. Estamos bloqueados, porque si vamos a tomar algo para ir a casa nos terminamos de ensopar, y vos querés que me ría, que sea feliz y que retoce con esa viejita entre los charcos».

«No seas así».

«Claro, soy un monstruo. Mirá la cara de la gente: si parecen estar en un velorio. Si no estuviera lloviendo, diría que esas gotas que se arrastran por sus mejillas son lágrimas. Sólo les falta moquear y contar cuentos verdes y tomar café y…»

«Sirvasé, compañero». Un hombre, con un gran termo colgado en bandolera me alcanzaba un vaso de cartón con café coronado de vapor.

«No, gracias», le dije sorprendido.

«Tomeló que le va a hacer falta. Es gratis». Lo agarré y miré para la derecha: una ondulante hilera de puntitos blancos que subían y bajaban en las manos de la multitud me indicó que el hombre venía repartiendo café desde más allá de la esquina. Después los vasitos fueron desparramados bajo la lluvia, desde la pared hasta la mitad de la calle, a medida que se iban vaciando.

Entonces, Roberto, pensé que habías adquirido cierto don, cierto magnetismo, que te permitía poner las cosas al revés y quise con fuerza que, al llegar a casa, pudiéramos encender la luz porque la habían cortado el día anterior por falta de pago. El café nos reconfortó pero no paraba la lluvia. Ni las paredes ni la gente se habían vuelto a mover de lugar y estaba el murmullo del agua y de los comentarios en voz baja y nosotros, encajados en un portal que nos reparaba del frío, comenzamos a amodorrarnos. Te dormiste de pie, como un centinela hueco.

Cuando me desperté, repetiste lo que habías escuchado decir: que Elbita había muerto y que estábamos en la cola para ver su cadáver. «¿Quién te lo dijo? ¿Quién? ¿Ese negro? ¿Pero no ves que está totalmente borracho?» La lluvia no paraba y yo no podía creer lo que oía, porque muchas personas estaban dando la misma versión, hasta que pasaron vendiendo el diario y todos lo compraban y me gasté la plata del ómnibus para poder aceptar que no estaba soñando.

Una lista negra marcaba la primera página y los tipos catástrofe confirmaban la noticia mientras que Elbita sonreía, como en sus mejores tiempos, en una estereotipada pose que, ahora, se teñía de una ligera burla.

Con la madrugada, amainaron gotas y arreciaron rumores. La cola no se movía y abundaban las explicaciones infladas, contradictorias, que recorrían la fila como esas ondas de piel nerviosa que suelen formar los caballos a lo largo de sus lomos. Hubo tantas palabras muertas o neutralizadas por otras más imaginativas que sólo vale la pena referirse a las que luego demostraron contener algo de verdad: La estaban embalsamando.

La histeria y otras faltas se dedicaron a voltear mujeres sobre las baldosas. Por la mañana todo estaba muy mal organizado. Esa no fue una cola como la gente hasta el mediodía, cuando el ejército montó carpas en las esquinas y distribuyó mantas y braseros fabricados con bidones de fierro. Entonces se pudo volver a tomar café o mate cocido, según la suerte, con una

galleta marinera.

Ya no se estaba tan mal: a medida que el piso se iba secando y se rompían los nubarrones, uno se ponía algo más cómodo echándose sobre las mantas dobladas varias veces sobre el suelo.

«¿Hasta cuándo pensás quedarte, Roberto?»

«Mirá, hasta ver a Elbita, por supuesto. Acá tenemos más comida que en casa. No sé qué daría por echarme un trago pero, entre las diversas probabilidades de conseguirlo en un lado o en otro, bandera verde». El frío

no era tan intenso como por la mañana pero se había materializado, casi que se lo podía tocar, mientras que los periodistas, que estuvieran relampagueando en otros puntos de la fila la noche anterior,

volvían a la carga.

Llamé a un jovencito, que no sabía por donde empezar, y le dije: «Oiga, yo fui amigo de Elbita. Tengo cosas muy interesantes para decirle. Pero, imaginesé, no acá. Vamos a tomar algo».

Al muchacho le brillaron los ojos por la inexperiencia y aceptó. Vos te quedaste cuidándome el lugar

en la cola.

Me puse a hablarle de cualquier cosa hasta que entendió que yo precisaba gasolina. Sólo cuando me mandó el primer trago, le dije: «Créame: era como una hermana para mí. Éramos del mismo pueblo. Yo soy Roberto Lupo, el actor, ¿sabe? Pero no es la ocasión de hablar de mi modesta persona.

»Elbita, desde su más temprana infancia, evidenció que, si había algo en este mundo que no podía admitir, eso era la injusticia. De origen muy humilde, como un servidor, siempre sintió un odio profundo hacia los explotadores. Sí. Y no era que nadie se lo inculcara ni que hubiera andado con los libros, no; era nato en ella ese afán de justicia social que ahora todos tienen el placer de conocer y el privilegio histórico de aprovecharse de sus generosos frutos.

»Es cierto que yo solía darle algunas orientaciones, algunos consejos de hermano mayor, por favor, esto no lo ponga, pero ella poseía una inteligencia natural y, mucho antes de que yo terminara de hablar, ya había captado la esencia del asunto. Rápida y privilegiada mente.

»Y, la pureza de su alma, ¿puede acaso expresarse con palabras? Me excuso, amigo. En cuanto a su belleza física, cada año le sumaba un nuevo atractivo. Quienes la conocieron en la escuela siguieron siendo para siempre sus amigos, rendidos ante la dulzura de

su carácter.

»El destino logró separarnos pero, la vívida impresión que había dejado en mí su personalidad superior, no pudo borrarla el paso de los años y fue así que volvimos a encontrarnos aquí, cuando la suerte puso frente a ella a un militar pundonoroso, en todo digno de tan notable criatura.

»No necesito decirle que me refiero al general Focilón. En seguida se amaron y quisieron unirse para siempre. Para siempre. Oh, qué mal suena hoy, aquí, esa palabra audaz, prometedora de amor firme y dulce.

»En su boda levanté la copa... otra vueltita ¿eh?, pidiendo para la nueva pareja, bueno, lo que se desea a dos seres tan admirables que juntos se encaminan por la vida, apoyándose uno en otro para resistir mejor los embates de la adversidad.

»Pero no bien se casaron, en lugar de olvidarse de sus convicciones y deberes, se dedicó a la lucha. A una lucha desigual y heroica contra el dominador poderoso y organizado y que, tras largos años de opresión, se creía con derecho a vidas y haciendas, llegando hasta a invadir el dominio de las conciencias.

»Como todo lo grandioso y lo que asombra; como esos meteoros luminosos cuya aparición en el cielo nos encanta, el paso de Elbita por la tierra tenía que ser fugaz.

»Jamás se depura tanto la admiración de los pueblos como a través de la muerte y, la que ahora afrontamos, casi no debe entristecernos. Porque es el resurgimiento de una nueva vida.

»Morir dando la vida. ¿Puede haber más cruel ironía de la suerte?»

El joven periodista era muy bien educado de modo que sólo se atrevió a dar por terminada la entrevista en este punto, abonar lo consumido y dejarme, de yapa, su copa sin terminar.

Volviste a la cola cuando la tropa estaba repartiendo el rancho y comiste con hambre verdadera mientras que yo apenas si pude tragar unos bocados. Estabas eufórico como después de un estreno.

Terminado el almuerzo, los rumores volvieron con más bríos que antes. Se decía que Elbita no había podido ser embalsamada, que era una santa, que la enfermedad había avanzado demasiado, que había malestar en los cuarteles. Y así llegó la tarde hasta que fui yo quien cayó desmayada y llevada a la carpa de primeros auxilios.

Volví cuando ya anochecía. Te dije: «¿Venís?»

«Iré a besarle la frente a Elba. Ahí es donde iré». Besé tu frente y te dije adiós. Me había enamorado y te había ofrecido una oportunidad pálida, reticente y tramposa.

Él era un estudiante de medicina que hacía el servicio militar. No daban abasto con tanta mujer que rodaba por el suelo de modo que tenían una orden: abrirles la ropa y manosearles los senos. Las que fingían, reaccionaban en seguida escandalizadas y se acababa el problema. Yo no fingía. Él, al verme, se negó a cumplir esa orden porque también se había enamorado. Estuvo arrestado pero a la otra semana nos encontramos.

Dos meses después volví a verte. Seguías en la cola. Estabas contento porque habían avanzado media cuadra. La casi inmovilidad de la columna había hecho que, con frazadas y palos, la gente fuera improvisando refugios. Aquello parecía una toldería pero los habitáculos se construían con esmero, lo mejor posible, porque todos querían, al tener que mudarse, poder encontrar un lugar confortable.

Parecías feliz. Te había llevado cigarrillos y una botella de ginebra. Reíste blandamente, con una picardía babosa. Tus ojos eran dos nidos de viborillas rojas y me hiciste asomar la cabeza, con aire de misterio, en tu carpa.

«Mira, te entusiasmaste, mirá: anoche rompimos una vidriera». Tres botellas estaban tendidas contra la pared y las volviste a tapar con un trapo. Me hiciste un guiño que me desgarró. Estabas, como los demás encorvándote como un mono, las articulaciones rígidas por el frío y la falta de movimiento.

«Pobres angelitos», lamentaste.

«¿Cuáles?»

«Los del homenaje. Vistieron a veinte chiquilines con túnicas blancas y les colocaron alitas en la espalda. Venían en procesión, caminando descalzos por la ruta. Eran sólo cincuenta kilómetros, pero empezaron a morir de frío. Les pusieron medias de lana y no hubo caso. Quedaron sólo cinco pero la policía no los dejó seguir. No van a poder ver a la señora».

Te diste vuelta, Julia, y adiviné que era para que no viera tus lágrimas. Y te dejé ir otra vez. Estaba demasiado ocupado por rumores muy inquietantes.

Se decía que la cara de la Señora tenía una mancha verde. Nadie podía asegurar si era sabotaje o si era normal que pasara eso. También se afirmaba que la iban a maquillar y que pondrían un cristal para protegerla de los millones de labios que ansiaban despedirla. Eran dos malas noticias: ya no podría besar su frente y los preparativos demorarían aún más la marcha de la cola.

Por momentos me reprochaba el mutis que me impusiera el miedo en aquella concentración en la plaza. Creeme que, con toda el alma, quería lo mejor para mis compañeros de espera.

Los que habían tenido la suerte de pasar junto a Elbita, venían generosamente a alentarnos. Nos contaban de la sonrisa que parecía aletear sobre su rostro pálido. Nos daban fuerzas.

Por uno de estos amigos me enteré que Josepedro estaba quince cuadras más adelante que yo, aunque todavía le faltaran cuarenta y cinco para llegar.

Empezamos a escribirnos cartas. Él me expresaba su alegría de saber que yo estaba allí. Decía que mi viaje a Insuperable había dado sus frutos. Una vez, hasta llegamos a cambiarnos una botella de grapa por una de pakuma cuando tuvo la noticia de que su hija, que lo acompañaba con toda su familia, estaba embarazada.

Los embarazos abundaban y, cuando la noticia era bien recibida y legal, se organizaban pequeñas fiestas permitiéndose el desplazamiento de las amistades y parientes. En mi caso no pudo ser porque, para más de diez cuadras, no otorgaban salvoconducto.

Me tuve que conformar con ir a algunas fiestitas por los alrededores, aunque prefería no moverme para poder cuidar bien mi botín de frascos. Alguno que otro saqueo nos facilitaba pasar mejor el tiempo. Además, yo comencé a escribir cartas, o poemas de amor a cambio de víveres y no me iba tan mal.

Me acuerdo bien de esa época, Roberto, porque fue cuando los diarios entraron en una pequeña controversia sobre si era justo que se pidiera un préstamo al extranjero para el relevamiento aéreo de la cola. Sin embargo, se hizo. Aviones y helicópteros, con cámaras de fotografía, reemplazaban unas horas por día a la flota de patrulla que recorría zigzagueando la ciudad, vigilando la interminable cicatriz.

Una noche notamos que se había metido por nuestra calle, donde vivía yo entonces con el estudiante. No pudimos soportarlo y escapamos hacia cualquier dirección.

De pronto, nos vimos rodeados. No pude saber nunca cómo, nos vimos rodeados en una plaza. Tal vez hayamos pasado por una brecha que luego se cerró.

En una esquina habían encendido una hoguera a pocos metros de un altar improvisado donde se veían una gran cruz y un retrato de la Señora. Un muchacho flaco, con la cara llena de músculos que le dibujaban el gesto del llanto o de chupar limón, estaba sentado en un cajón junto al fuego hurgándose la nariz con calma.

A pesar de la temperatura tan baja, llevaba sólo una bolsa de arroz descosida y atada a la cintura. Una vieja, que podría ser la madre, rezaba hincada a su lado. Tenía la mujer una negra verruga chata debajo de un ojo con largos pelos que se mecían con los movimientos de su hocico melindroso. Un hombre, con cabeza de jabalí, miraba furioso la escena con los brazos fuertemente cruzados.

Se percibía un ambiente demasiado tenso. Fuimos a un bar que tenía ventanales desde donde se podía ver la plaza. Él (vamos a llamarlo Pepe), que ya había sido dado de baja en el ejército, se puso a recordar sus experiencias en la cola. Me contó cómo se habían organizado los servicios higiénicos en los cruces de calles colocando casillas sobre bocas de tormenta y cómo esa gente se había ido adaptando a la nueva vida.

«El coronel con el que yo estaba trabajando y muchos otros oficiales estaban con bronca por esta cola y les debe durar todavía», dijo Pepe.

«¿Qué les hace esta gente?»

«Lo que pasa es que los milicos, quien más quien menos, son dueños o tienen acciones en fábricas. La cola les quita obreros y tienen que mimar a los que pueden conseguir y, por el otro lado, acá deben darles de comer gratis».

«Y ¿qué hacen?»

«Nada. Por ahora se limitan a protestar, también hay bronca entre los comerciantes, pero parece que ya están hartos de Focilón. No les sirve más, según parece. ¿No tomás tu café?»

«Sí, es que te escuchaba y miraba a la gente que se está moviendo en la sombra de aquel árbol».

Un grupo de hombres de la cola, se los reconocía porque llevaban el distintivo obligatorio cosido sobre el pecho, se arrastraba por los canteros de la plaza. Lo hacía muy lentamente, con gran sigilo, pero muchos lo advirtieron aunque nadie dijo nada quedando en suspenso.

Las imágenes, marfileñas dentro de la luz violácea del neón, permanecieron mudas. Reflejaban el cansancio y el hambre, brillaban con la untuosidad de quinientos sudores diversos, más que arrastrados, emulsionados con el agua del lavado. Las bocas, entreabiertas en gestos morados, no mostraban sus dientes sino una negra tubería sin fondo.

Las ropas habían abandonado sus formas debido a que el papel era quizás el material más codiciado por los coleros que habían descubierto infinitas

nuevas aplicaciones. Por esta razón, las cabezas parecían pequeñas y los cuellos, flacos, sobre esos cuerpos hinchados. Llevaban los brazos, el tronco y las piernas envueltos en todo el papel que pudiera soportar la amplitud de sus ropas. Además todos los bolsillos estaban dedicados a papeles más finos, no ya de diario, como el que rellenaba sus vestidos, lo que les daba el aspecto de bolas mal modeladas, deformadas por protuberancias irregulares. Los pies eran como muñones, usadas pelotas de trapo.

Nidos arrasados eran sus cabelleras opacadas por la resignación. Y, sus ojos secos, explosivas armas exiladas en el futuro.

Se quedaron sin respirar, los cuerpos cristalizados en poses dinámicas como si el sueño los hubiera congelado de pie, como un friso grotesco.

A lo lejos se oía una sirena y las letras de vidrio titilaban su neón, desde las cornisas, hacia las sombras irregulares de la plaza que cayeron en ese instante sobre el hombre con cabeza de jabalí.

Una mancha de tinta estalló en un secante: era un silencio agudo y sobrecogedor que secó las gargantas y humedeció las sienes.

El jabalí pataleaba sobre el pasto, ahogado por una rabia que sólo le permitía estertores. Según el aire agitaba las llamas de la fogata, se podía ver o no el duro forcejeo. Al fin quedó el túmulo de su redondo vientre suspirando hacia las estrellas. Lo habían estaqueado.

Volvieron los ruidos y un camioncito dio lentamente la vuelta a la plaza hasta ubicarse a la altura de la

fogata. Rápidamente, lo descargaron de una lata con

clavos y de martillos.

Nos paramos contra los vidrios del ventanal que se empañaban a cada rato con nuestra cercanía. El joven de rostro musculoso se incorporó entumecido. Su madre se arrastró hasta él y le abrazó las rodillas. La apartó cuando llegaron los del camioncito, que eran tres, a los que estrechó contra su pecho desnudo y acarició las espaldas.

La multitud formó un círculo que llegó a estrangular la fogata y volvió a crecer de inmediato, en expansión respetuosa, formando un halo luminoso.

Sólo se oyó la lata al caer contra el suelo y un crujido de maderas cuando corrieron la gran cruz del altar y la depositaron junto al cordón de la calle. La vieja se puso a aullar bajito, modulando los tonos de la pena, y el jabalí a tartajear desesperado.

El joven se acostó sobre la cruz y se puso cómodo. Sincronizadamente, sus amigos cayeron de rodillas y le fijaron las manos al travesaño con clavos galvanizados. El de los pies no conseguía cumplir. Se mezclaron los tres en su discutir de martillos hasta que se oyeron algunas voces de protesta entre la multitud. Uno se sacó el cinturón y con él ataron los tobillos al palo mayor.

Los del grupo que redujo al jabalí salieron de la sombra y, entre todos, subieron al crucificado a la caja del camioncito. Arrancaron el motor y partieron, cantando una letra que no se comprendía, rumbo a la cabeza de la cola.

Todos empezaron a hablar al mismo tiempo y a moverse formando pequeños grupos inestables y nos vimos obligados a tomar una copa que nos quemara el pecho en dos.

A la madre del pobre cristo tuvieron que asistirla y librar al jabalí, que era el padre y el carnicero del barrio, que desapareció para volver con una cuchilla, primero ansioso por enviudar, y luego, frustrado genocida, derrumbado a sopapos blandos.

«Pobres angelitos, Julia, se nos fueron apagando por el camino igual que sus velitas en el viento helado.

»Julia, estoy solo y ya no me querés. No venís a verme. Ya avancé casi dos cuadras y nos prometieron que la cosa va a marchar más rápido.

»Mi sobrina tuvo una nena y le puso Elbita. No Elba, Elbita se llama también en los papeles. La tuvo que tener aquí porque tratan por todos los medios de achicar la cola y a los que se van, aunque sea por unas horas, les quitan el distintivo y ya no pueden reincorporarse.

»Aunque vos me hayas olvidado, te sigo queriendo. Ayer tuve una gran alegría. Resulta que hicimos una representación en el atrio de una iglesia abandonada. También muchos negocios van cerrando a nuestros costados porque la gente que está contra Focilón no quiere acercarse a nosotros.

»Tuve una alegría porque pude volver a actuar. Tenés que ver qué buen público es esta gente. Es un público maravilloso porque participa y, si se le ofrece una obrita, por mala que sea, la transforma en algo totalmente distinto y lleno de creación. Se mete con uno y modifica o critica en el acto lo que uno haga.

»Y eso que no saben nada de teatro. Hay muchos que son unos negados, como en todas partes, pero el nivel general de la sensibilidad de estas gentes, te asombraría.

»Bueno, no puedo disponer de mucho papel por ahora porque se acercan los primeros fríos y es necesario ir acumulando todo el abrigo que sea posible.

»Aquí la gente está empezando a enfurecerse. Dicen que hay sabotaje y que por eso no avanzamos tan rápido como tendría que ser la cosa. También se dice que Focilón es un prisionero de los militares pero eso nadie llega a creerlo porque, si fuera así, todos estos muertos de hambre se levantarían.

»Supongo que habrás podido solucionar de alguna forma el pago del alquiler de casa. Para cuando se acabe esto, ya tengo un plan para ofrecer teatro en los barrios con aficionados que nos permitirá subsistir».

Te escribí esta carta porque no estaba enterado de nada de lo que sucedía fuera de mi mundo. Tenía una noción, distorsionada, del paso del tiempo pero me resultaba imposible valorarlo. Mi único fin inmediato era despedir a Elbita pero me arrepentí de mi tacañería con el papel y continué escribiéndote:

«Mientras tanto, pasan cosas. Ya te dije que se habla de sabotaje y algo de razón hay en esto. Parece que estuvieran tratando de disolvernos por hambre. Es una maniobra muy sutil. El rancho y el pan vienen todos los

días pero pareciera que el tamaño de los platos y de los panes se fuera reduciendo milimétricamente. Nadie está en condiciones de afirmarlo pero todos lo sienten así. Mientras tanto, un fantasma recorre la cola.

»Nadie los conoce, salvo ellos mismos entre sí, y yo trato de mantenerme al margen porque no quiero perder mi puesto. Algunos hombres de acá, se dice que también hay apoyo desde afuera, atacan los depósitos de comestibles y escapan dejando notas donde se condena el sabotaje que se nos hace. Luego los alimentos son repartidos anónimamente entre los enfermos y los más necesitados.

»Por la noche se suelen producir,apagones en varias cuadras. Entonces se organiza un mitin donde alguien, que no podemos reconocer, nos explica por qué se mantiene esa pequeña lucha.

»Muchos, de estos fantasmas caen en manos del ejército. Lo menos que les puede pasar es que pierdan su derecho a la cola y se los destierre a insuperable. Se afirma que hubo muertos en los dos bandos. A muchos oficiales les han robado sus pistolas de reglamento. Esto me consta porque fui testigo en dos oportunidades en pleno día.

»Yo sospecho que estos muchachos están dispuestos a ir más allá que Focilón, incluso pasándole por encima, pero no pueden olvidar que la mayoría de la gente es incondicional del general. Esto los limita. Supongo que un paso en falso del Hombre les vendría muy bien a los muchachos aunque no ahora porque no están muy preparados ni tampoco demasiado unidos pues hay varios grupos distintos.

»Acá, donde nada ocurre, se vuelve muy evidente el peso de los hechos. Los hechos están enfrentando a la gente con los militares y, las acciones de los muchachos, demostrando que se puede contra la milicada.

»Claro que esto es mínimo pero puede aumentar de fuerza y de dimensiones según se vayan dando las cosas. Por lo demás, las cosas no han cambiado mucho. Me acaban de afirmar que mañana es muy posible que llegue hasta la esquina así que te dejo pues, prefiero preparar mis cosas para moverme rápido ya que no falta el avivado o el que tiene alguna recomendación y que consigue saltar por encima tuyo.

»Bueno, ahora sí que me despido con un largo beso, Roberto».

Nunca recibí esa carta, claro, pero hacia esa época me acerqué a la altura de la cola por donde vos estabas. Quería y no quería verte. Había calculado que te

informaría sobre mi abandono, sobre mi nuevo amor, cuando volvieras al mundo porque nunca había sospechado que duraría tanto. A medida que pasaba el tiempo, más difícil me resultaba darte la noticia.

Antes de doblar la esquina a la altura de la iglesia, vi un resplandor y supuse que estarías representando en el atrio. Pero no.

La iglesia estaba incendiada. Un grupo de pargatas que, después supe, no pertenecían a la cola, bailaba en mitad de la calle llevando ropas de monaguillo, pellizas, todos esos disparates de jerárquico misterio.

El ejército ni la policía intervinieron. Resultaba evidente que la orden venía de arriba, tal vez, del propio Focilón.

«Los quieren engatusar, buscan desviar la atención de la gente», me dijo Pepe. Probablemente tuviera razón. La iglesia estaba cerrada pero tenía párroco que atendía sus pocos asuntos por una puertita lateral. Se había negado a ofrecer una misa por el alma de Elbita.

Pero el fondo de la cosa estaba en que había trascendido, que se organizaba una huelga en la cola. La gente quería protestar contra el sabotaje.

Con el pretexto del incendio, la cola fue flanqueada por un cordón del ejército, armado a guerra, y fueron suspendidos los salvoconductos casi antes de que llegaran los bomberos.

A todo esto, los falsos oficiantes, borrachos y obscenos, paseaban su desparpajo carnavalero a lo largo de la fila.

Ni pensar en verte en esos momentos. El resto de la ciudad resonaba rumores y vaticinios. Se escandalizaba o comprendía.

Pese a la represión y a la amenaza, se hizo la huelga. Se retiró la colaboración con las autoridades. Los desperdicios, los excrementos, fueron formando una barricada irregular en mitad de la calle donde eran arrojados cuando aflojaba la vigilancia. También regía la huelga de hambre.

Camiones celulares, ómnibus, carros de asalto, fueron utilizados para llevarse una persona de cada diez de la fila a trabajos forzados. La orden no provenía de Focilón. Cuando éste se enteró, mandó suspenderla. Era tarde porque ya había descontento en los dos bandos.

Resultó evidente que el general se encontraba entre dos fuegos. Entonces aparecieron camiones de propaganda, con altoparlantes y grandes cartelones, que recorrían la cola anunciando un plan quinquenal. En síntesis, se aseguraba que todos podrían desfilar frente a la Señora durante el curso del plan; que se repartirían números entre los integrantes de la cola; que los mejores trabajadores recibirían un cupón por semestre; obteniendo el cupón tres veces consecutivas, se adquiría el derecho a integrar las visitas extraordinarias del domingo siguiente; que en las fechas patrias se admitiría la concurrencia ante el féretro durante las 24 horas del día. Para obtener todo esto, los integrantes de la cola debían volver a sus tareas habituales a partir de las cero del día siguiente a la promulgación del plan, en los horarios de costumbre.

Hubo vacilaciones. El ejército trataba de impedir los movimientos de los activistas y secuestró a varios dirigentes. Mientras tanto, el ambiente se hacía irrespirable y la tropa no daba abasto para despejar las calles de desperdicios pese a que los bomberos colaboraban con sus mangueras día y noche.

Llegó el plazo estipulado por el plan y la huelga continuaba. Las provocaciones de la tropa se agudizaron, se volvieron más groseras. Al grito de «Queremos a Focilón», la inmensa serpiente comenzó a despertar.

En un principio fue un movimiento de ida y vuelta, apenas un temblor epidérmico. Después, trabajosamente, la cabeza se fue agrandando hasta desbordar la plaza.

Focilón apareció en los balcones. Una ovación estalló en la cabeza y fue recorriendo a latidos, kilómetro a kilómetro, todo aquel cuerpo tendido sobre la ciudad.

«Mis queridos pargatas, dijo. Una vez más, debo dirigirme a esta gran masa, a este gran pueblo, para asegurarle en esta ocasión que sus justos reclamos serán escuchados por el gobierno, como ha ocurrido en tantas y tantas oportunidades. (Aplausos.) Sin embargo, sin embargo, debo alertarlos contra la labor de elementos, que, abusándose de la buena fe de nuestros humildes, quieren sumir al país en el caos y la anarquía para entregarlo, atado de pies y manos, al dominio extranjero. (Silbidos.)

»Ahora, nada puedo ofrecerles salvo mi palabra de honor de que, mañana, y a esta misma hora, vendré con una nueva propuesta que contemplará, no me cabe la menor duda, las aspiraciones de mi pueblo al que estoy obligado a servir hasta el último aliento. (Aplausos.)

»Empeño mi palabra de hombre, de trabajador y de soldado, afirmando que, todos ustedes, sin que falte uno, sin ninguna excepción, saludarán por última vez a Elbita aunque para eso sea necesario remodelar media ciudad, movilizar las fuerzas armadas y paralizar el país, cueste lo que cueste. (Ovación.) Sólo les pido que se replieguen en orden y que esperen con confianza.

»Y, finalmente (gritos), finalmente, hagamos un minuto de silencio en memoria de nuestra jefa caída».

Esa misma noche, Julia, comenzó una finísima lluvia, muy mansa, que nos envolvía junto con nuestros comentarios y especulaciones. Estábamos alegres.

Como primer síntoma favorable, el cordón militar se fue retirando regresándose a la guardia ordinaria. Ya sólo me faltarían veinte cuadras. Calculé que, a lo sumo en dos días, ya estaría de vuelta en casa. Nos dormimos muy tarde.

Una conmoción despertó a la gran víbora. Otra vez el rumor: en una operación comando, el ejército había secuestrado el cadáver de Elbita. Fue desmentido por la radio pero volvió.

Regresó varias veces hasta que, hacia el mediodía, fue certeza. En esta ocasión la movilización fue mucho más rápida. Impresionaba el ruido de tantos pies en el silencio. La casa de gobierno parecía que iba a ser absorbida por tantas bocas abiertas gritando «Armas, Focilón, Armas, Focilón».

El general no dio señales de vida. Se siguió reclamando armas. Fueron asaltadas varias armerías consiguiéndose unas pocas escopetas, algunos rifles y armas cortas.

La radio llamaba a la tranquilidad, exhortaba a volver a la cola. Nadie se movía y el final de la fila no había recorrido todavía ni la mitad del trayecto.

Entonces llegaron los aviones volando bajito. Muchos los saludaron agitando sus manos o sus pañuelos hasta que cayó la primera bomba.

La mayoría arrasó las calles como un torrente, buscando escapatoria. Muchos permanecieron de pie, disparando perdigones contra la lluvia, solos y traicionados, hasta que los aviones comenzaron a hacer pasadas rasantes ametrallando a lo largo de la calle hasta la plaza.

Las bombas estaban destinadas a la casa de gobierno, para presionar a Focilón, que ya no estaba en ella, pero caían en cualquier parte.

Los pargatas buscaron refugio en los portales, en algunas recovas que enfrentaban la plaza. Ahora, veinte ametralladoras comenzaban a protestar desde las azoteas y unos pocos antiaéreos estallaban sus granadas en la ruta de los aviones que no dejaban de recorrer, una y otra vez, su ida y vuelta arrojando metralla sin sentido, con rabia.

Había recibido un buen golpe en una pierna durante la primera confusión y decidí salir de allí rengueando o como fuera. Pasé por encima de heridos y de muertos. No había ninguna posibilidad de cruzar la calle sin peligro de ser alcanzado por el fuego de los aviones. Un rebote de bala hizo cantar una lata de los retretes de emergencia que servían a la cola. Me deslicé hasta allí, corrí la plancha de hierro, que estaba sólo apoyada contra un borde de la abertura, y bajé y escapé por los caños.

De todo corazón, deseé la victoria de los pargatas, quise que triunfaran, pero no fue así.

Y aquí termina nuestra vida de Lupo, plena de sabias lecciones, aunque prolija eludidora de moralejas para no ofender a la juventud ni complacer a los decrépitos. La admitimos así, corremos graves riesgos al inventarla que tal vez nos condenen, sólo porque se nos fue dando de espontánea manera y elegimos ser en esto respetuosos.

Y si es cierto que pudo haber adquirido otras formas, más nobles y elegantes pero vacías y alevosas, ante esto sí que temblamos y rehusamos porque no es cuestión de asumir virtudes ajenas pecado de los pocos irremisibles, alcanzado siempre por el castigo.

He dicho. Y ahora, Hilda, besame en rápido japiend porque me estoy muriendo de hambre.

SIETE

juro que nunca había apelado a un pretexto tan gastado ajeno a mi estilo sin embargo ante su cara de mono aburrido decidí matar por segunda vez a mi madre o enfermarla grave en Sitiecito para conseguir un poco del vil metal para el pasaje aunque supongo que no fui muy convincente se lo vi en la cara suponía que el dinero era para agarrarme otra tranca en la mirada de bronca pena de querer sacarse el asunto de encima lo más rápido posible pero qué tipo infeliz posándola siempre de generoso racionalizando su amarretismo igual que cuando se siente culpable de hacer un buen negocio y es por eso que se deja estafar tan a menudo en lugar de dedicarse con alma y vida a fabricar estatuas que tanto no le deben importar como dice al fin de cuentas

el asunto era yo que desentonaba en esa oficina lujosienta esto ya es historia antigua lo que importa ahora es saber si esta locomotora aguanta todos los kilómetros que necesito porque sabrán lo que dicen cuando las llaman material obsoleto y estas máquinas y vagones no lo desmienten ni tratan de disimular la esclerosis que recorre sus vías

me da pena ver nuevamente a Julia me habría devuelto a nuestro pequeño infierno así que fue mucho mejor rezumar: dóndestarás entrequeimbéciles diciendoqué pavadas carteles cartelones cartelitos palomas y toda esta derretida ciudad pegajosa también por la humedad y solo golpe de vista me hago cargo de sus futuros de sus miserables pasaditos de los horribles lugares que habitan con luces amarillentas miserables lujos baratos confores

voy a bajar la cortina pero esto no me ocurrió en otras ciudades donde un viejo era un viejo y también los niños se quedaban en el molde y cualquiera era algo presente sin derivaciones aquí no es así bajaré la cortina a esta ciudad compulsiva exilada por la felicidad donde sus gentes ocupan mausoleos de un modo más o menos prolijo o nichos para sus múltiples existencias pero no vidas no digo vidas tan arrastrada la existencia con las gastadas caretas para el trabajo la familia los amigos o para eso que llaman amor incapaces de conocer otra cosa hasta que en la oscuridad se despojan o a solas de ellas y no tienen rostro para encarar las verdades aunque tampoco verdades sólo vergüenzas para frotarlas jugando al amor a que confían en que saldrá un genio de las ánforas de sus mujeres o a la recíproca de las lámparas de aceite de sus hombres más bien alcuzas

siempre están estos boludos que llegan tarde a las estaciones agradeciendo a los trenes que no respeten el horario pero después el mal servicio sirve para mantener largas conversaciones con vecinos quejarse del

país sentirse desconformes simulando creer en una solución hasta con la audacia de suponerse poseedores de claves o remedios

tac hace la aguja del reloj burlándose agregando un minuto al retraso a mí me deja indiferente así se pudran todos aunque hubiera querido espiar a Julia sin que ella pudiera verme porque no es pena lo que me produciría un encuentro sino miedo a tener que seguir actuando en un papel tan sabido no libre de sorpresas duras que no quiero aguantar dramitas irrupciones ajenas a mi voluntad como cuando dijo que yo buscaba mi propia ruina que había otros hombres en el mundo aunque ella me amara a mí pero eso no dejaba de advertirlo

otro tac del reloj que debe andar mal para apresurar al guarda que ahora parece movilizarse emprender sus ambiguas partidas o regresos ya que nadie sabe sé que es imposible regresar a un lugar donde se faltó por tantos años otro tipo vuelve ya me ha pasado encontrar las cosas disminuidas secas del encanto que les pusiera la infancia como aquella casa de Bobocara de pronto gris como el resto de la ciudad opaca cuando se me ocurrió reconocerla mucho tiempo después de aquella segunda mudanza

sí cara de mono la plata estaba destinada para volver a Sitiecito sino ya para ver a mi madre reencontrarla al menos en sus antiguos ámbitos los espacios vacíos de la quinta quizás en huellas desleídas

al fin se mueven los bancos los anuncios de colores crece el ruido en esta penumbra llena de humo que resuena como el vientre de una guitarra Filomeno tocaba como un ángel mal pero obtenía todo lo que deseaba los días de fiesta se convertiría en un morocho alto doblado en dos cuando tenía que trabajar la quinta gozaba de sus bromas gritadas sobre las hileras los surcos y de hablar en difícil como suponía se hacía en la capital o entre los doctores

paf esta luz violenta cuando ya tenía los ojos acostumbrados a la sombra se nota más la mugre de los vagones veo esos destellos que corren como centellas por los rieles y se multiplican por dos más dos más dos más dos en los desvíos ya no puedo ver nada en el interior como si viajara solo a no ser por las voces que procuran vencer el estruendo de hierros para que dijera que el caballo tenía las patas breves y el cuerpo prolongado papá tiraba de la lengua a Filomeno o para que preguntara si la pipa de abuelo provenía de la metafísica

cómo se reían de mí en la capital cuando les anunciaba en qué iba a terminar toda esa historia de la abundancia y que aquello no marchaba era solamente una racha que pasaría por encima de sus cabezas por qué la gente se negará a ver lo que tiene delante de sus narices no voy amargarme ahora pero después se dicen engañados como costureritas

toda esta ciudad que se aleja continuará con sus ritos de pesadilla mañana cuando todos tipos y tipas que quiero se muevan como enajenados como aquel cuadro con miles de personajes de patas flacas tragados por un huevo encerrados en esferas de cristal metidos hasta la cintura en un caldo jugando un juego partícular sin conexiones con el resto pero no su propio juego sino el que les fue inventado

esta alemana o inglesa que habla y ah se ríe en inglés agudamente para adentro de su paladar como una idiota que quisiera hacerse disculpar

su seriedad como sus risas que la perdonen íntegra para poder caer después sobre prójimos indefensos arrancarles los ojos

podía tolerarse que aquel inglés sin barbilla que paseaba con su perro por Sitiecito lo llamara uisky pero cuando se apareció con el otro seter gritándole soda junto a nuestra pérgola de glicinas ya nadie lo pudo soportar tuvo que irse del pueblo aquellos sí que eran tiempos donde la gente podía entenderse o no pero las cosas se arreglaban

qué calor me pregunto si lloverá ahora en Sitiecito a quienes encontraré no me preocupa serán tipos salidos de un sainete campestre no estaría mal inventar algunos personajes con quienes pasar el tiempo antes de reventar una vieja como Bori Nenni metida en cueva con esos lagartos llenos de hierbas perfumadas claro que con una olla de base redonda un verdadero puchero caldero siempre me negué a tomar la sopa como un buen chico clásico sólo el abuelo me daba razón de comer arroz blando Julia aburrida me decía masticando acá no pasa nada en este país todo tiene su tiempo le respondí sólo es cuestión de esperar con la boca abierta hasta que la fruta madura te caiga dentro ella se negaba a comprender mi idiosincrasia siempre se negó cuando yo estaba alegre era una gran tristeza entonces tenía que mandarme a mudar buscando comprensión y cariño como aquella vez que desaparecí acostado dos semanas con Anita qué mujer insaciable por eso volví le conté a Julia que mi vida había corrido peligro o mi libertad ya ni me acuerdo

podrían ser dos muchachos no mejor será una chica y un chico para que no se aburran tanto en Sitiecito más que una cueva me gustaría una empresa de pompas fúnebres esto resulta inverosímil habría que buscarle la vuelta todo se puede arreglar menos la vida

en fin tiempos hermosos cómo reía ella reía cuando no había preocupaciones la cabeza echada hacia atrás contra cielo de nubes corredizas una brizna cosquilleaba detrás de mi oreja pero no me movía manteniéndome sobre los codos puestos hacia atrás hundidos en la tierra tenso para no perder nada de esa alegría desconocida fresca usted ¿quién es? me dice guardándose la risa suavemente hay gritos sobre el río me siento un eunuco porque el vino me ha dejado muy omni pero nada potente soy un dios sin herramientas eso la hace volver a reír cuando alguien la llama Julia se va mientras me derrumbo entre el pasto la cabeza una sirena que muge hace girar el mundo en un mareo cuando cierro los ojos imposible dormir imposible levantar los párpados de plomo cae el sol del mediodía como cuando pasé el ecuador tiene la virtud de que no hablen de que la mujer haya dejado de reír en inglés al menos

siempre la estaré esperando allá en el barrio feliz vuelvo a decir Julia no es aquella Julia que sabía reír contra el cielo reconozco que la culpa es mía ya no tengo fuerzas para nada aunque ella guarde alegría de vivir vaya a saber uno de dónde la saca le di una vida de mierda verdaderamente si se hubiera agotado eso me habría hecho reaccionar aunque esto tampoco sea verdad sino que yo estaba embrujado bloqueado girando en redondo en busca de algo que nunca encontré ni supe de qué se trataba qué gran imbécil si lo que tenía era temor a ser Roberto Lupo y chau miedo al fracaso antes de empezar cualquier cosa así era como brotaban las justificaciones

los escollos la parálisis para poder decir después qué bueno hubiera sido si lo hubiera hecho lo que no me explico es cómo si yo sabía todo eso no podía superarlo la gente es así se remata por pavadas ya empiezan las vacas y los alambrados

habrá que inventarlos llenos de inocencia de sabiduría diestros en su torpeza vivos a fuerza de ser ficticios ociosos también sólo así sería posible que me devolvieran una vida similar casi paralela no sé bien para qué pero se me divierte el narciso adormecido ellos querrán que me materialice sólo para poder disolverme deformarme a partir de mi forma naturalmente porque para más no les da son preferibles sin embargo a cualquier otro personaje que pueda hallar en Sitiecito señores orondos campesinos secos idiotas taimados ella se llamará Hilda pero él carecerá de nombre por los siglos de la humillación a medias del tipo a quien los demás le importan un bledo pero está obligado a convivir así sufrí yo superior en lo superficial huérfano en lo profundo qué tipo jodido diría uno pero no qué tipo fuera de este tiempo idiota ojalá reencarne en el siglo veinte y uno o veinte y dos cuando todas estas jodas se hayan superado pero habrá otras mujeres me dije siempre que las cosas no funcionaban bien en el amor eso tampoco me resultó porque no supe que ellas no eran un objeto sino prójimas con las que se podía funcionar en diversos planos y el asunto de que se puede amar a varias a un tiempo que es sí que es no porque uno está dispuesto a tomar pero no a otorgar ese es el nudo del problema comprendo bien las cosas en teoría incapaz de aplicarlas me traiciono en algo voy a ser coherente si me da el coraje para conseguir juntar esta muerte hipotética con una real nadie se mata por algo sino contra algo contra sí mismo no es un cuento en el mejor de los casos contra lo que se cree que hicieron de uno el gran ejemplificador generalmente no consigue lo que busca siguiendo ese camino lo que recoge es malestar incomprensión de los que quedan así que será conveniente encontrar a Hilda y a ese otro chico para que traten de ayudarme aunque sepa que no podrán venir a decirme ahora que estaba equivocado con Focilón en eso fui hasta donde pude o me atreví no como esos que ahora que el general está muerto no desperdician la oportunidad de usarlo para cualquier cosa ambivalentes como yo en momentos difíciles no como ahora que corren tiempos más cómodos que estos asientos es difícil que haya otros pero ya me estoy cansando de estar sentado la mujer se vuelve a reír en inglés a mis espaldas insufrible aquel ambiente del hospital cuando me caí del tranvía me rompí la pierna estaba abarrotado pero el vasco comenzó a gritar en los corredores hasta que apareció en la sala con un colchón y su mano deformada lo tiró entre dos camas dijo que no se iba de allí ni de la capital hasta que no se la operasen porque así no podía trabajar desde que sé la aplastara no sé qué máquina o caballo estaba resuelto lo miraba desde la camilla que me quedaba corta no había más camas miraba pero no hablaba con nadie porque me había replegado a un lejano reducto interior dejando solito a mi cuerpo humano para que lo disecaran si querían aunque a mí no podrían alcanzarme nunca al otro día el gordito de la cama 8 estaba triste porque tenía que abandonar el hospital hasta que hubiera tiempo de hacerle una segunda operación en la pierna lo echaron porque no tenía el carácter ni la experiencia del vasco para dejar entrar a otros más necesitados yo no lo sabía pero me había estado observando hasta que se me

acercó con brusquedad me obligó a que él me prestara un librito de comboys alguna sonrisa pude haberle dado pero ninguna palabra por palabra las fui mirando a todas paseando el foco de mis ojos sobre ellas pero no podía leer ni enterarme de qué era lo que hacía el muchacho cuando le raptaban a la muchacha una vez que le firmaron el alta vino el gordito y se llevó el libro entre los esfuerzos inútiles de mi cuerpo humano por demostrarle gratitud por su gesto solamente me pasaron a la cama que él dejó vacía pensé que esa noche podría dormir más cómodo pero mi camilla volvió con una masa vendada debajo le tiraron un par de zapatos no tenía mucha forma lanzaba estertores algo se movía pequeño dentro de aquella macerada inconciencia gemía breve como una bestia lejana cuando parecía entrever el dolor la emoción que me produjo Julia cuando apareció por la mañana recién la había conocido rescató mi cuerpo humano de ese laberinto de locos

¿Cañada? sí debe ser Cañada lo que quiere decir que esto se mueve perdido en medio del campo como una pelota de golf corriendo de una estación a otra tan importante tan superfluo como ellos que jugaban golf yo no me pregunto si mi familia conservara la prosperidad la quinta todo aquello que se fue con abuelo si yo sería como soy haría lo que hago y haré del mismo modo por las mismas razones pienso que no que algo me determina como un traidor de la traición misma abandoné una clase no me incorporé a ninguna otra quedé espectador vacante no no haría lo que voy a hacer ni lo que hice al menos no por las mismas razones no quiero acordarme de aquellas noches de frío frenesí ni siquiera sabía cómo funcionaba un 38 corto me ponía frente al espejo con todo el tambor cargado menos la bala que daba al caño oprimía el gatillo así por horas hasta que el aburrimiento me llevaba a la cama no llegaba a permitir que el percutor zafara sino que lo hacía levantar hasta que ofrecía resistencia lo dejaba volver suavemente una otra vez hasta que el hastío del mismo juego idiota me hizo observar que el tambor giraba antes del disparo o sea un poco más de presión el percutor caería sobre el fulminante de donde sí había bala con el caño sobre la sien me pegué una espantada no me atreví a volver a esa habitación si no fuera por Julia que me fue a buscar las cosas todavía estarían allá pero al revólver no quise ni verlo más era como si el fierro hubiera adquirido vida propia decidido tomarse venganza qué idiota es uno cuando es idiota y pretende jugar a que no ahora jugaré idiotamente en serio quiero decir que hubo mucha broma para no tener que asumir nada era una actitud simpática en la adolescencia el reírse de uno mismo eso es bueno pero después muy irresponsable porque se llega a la autoabsolución absoluta para eso hay que tener mucha plata así uno consigue cómplices ¿no es verdad? esa nena ¿es enana? o mejor ¿esa nana es anena? ¿es enana la nena? no la nena no es enana la nena es nena fue a hacer pis con mamá la nena viene con su mamá la mamá y la nena se sientan miran por la ventanilla y se acabó la risa en inglés pero vienen olores de comida encerrada alguien abrió paquetes es bueno que recurra a mi culatera eche un trago después dirán yo te lo dije tenía que acabar así Aroldo desde adentro de un embudo comentará con Juan en su baño de sopa tibia Andrés estará muy ocupado dentro de la bola de cristal tratando de fabricar un explosivo lo conseguirá correrá el riesgo de volar también él con tal de lograr romper ese aislamiento un poco de libertad para mis pies cansados estos

zapatos me vuelven a recordar al bulto informe de vendas sobre la camilla del hospital ah hubo veces que nos comprendíamos en la lucha cuando penetraba la carga eléctrica tenía el mismo voltaje una especie de comunicación biológica telecomunicación porque el alma estaba en sitio más alejado las dos almas habitando vaya a saber dónde pero entrando en conjunción así por esa ranura que Julia usaba para captarme cuando yo exploraba las diversas bandas eléctricas más allá del vestíbulo de las glándulas de Bartolini entonces era una suave tormenta eléctrica demorada enclavada en la esfera rosada que crecía hacia dentro hasta que rayos y centellas estallaban aquella urdimbre y venían la felicidad y la calma

al fin viene el boletudo picando cartoncitos con su sacabocados tomándose la cosa en serio semejante gordo mal afeitado dejando un corazoncito calado para cada pasajero si dan ganas de reírse o de tocarle el culo para que abandone su solemnidad pero nadie nota nada y al fin pasa al fin puedo quedarme tranquilo sin que nadie venga a embromar hasta mi destino porque todo aquel día anduve sin sosiego finalmente descubrí que tenía el malestar sin causas sin origen una cosa concreta implantada en mi centro o yo en su centro vaya a saberse como si uno se tragara un carozo o anduviera navegando en un estómago a lo Jonás eso es el malestar ignorado por la ciencia médica aunque tampoco algo que venga de Marte no sino bien autóctono muchos no lo advierten aunque lo padezcan bueno como quien dice fui presa del malestar al principio no me daba cuenta de lo que me pasaba hubiera discutido con cualquiera que pretendiera convencerme de mi malestar pero terminé visitando al doctor Sak gordo hipogenital supuestamente astuto afirmando que no tiene nada somático pedanteó de lo lindo pero amigo usted tendría que hacer algo de su vida qué por ejemplo qué ¿dar un largo viaje por el mundo o estudiar la vida síquica de las hormigas? ¿y a usted qué le parece? preguntó entre divertido y su olor a talco para bebes me parece que sería lo más indicado dedicarme a capar monos hágalo entonces hágalo por no darle el gusto se lo di junto con las gracias mil pesos y las buenastardes resultado que sólo me quedaba para una cervecita pero ir hasta casa caminando así que atravesé entre los variados árboles poco confianzudos entre sí del jardín botánico reunidos allí todos de etiqueta todos Linn Linn Linn Linneo había sido algo así como el pájaro loco con más peluca pero blanca para mí finalmente estuve sentado en la vereda de la cervecería dándole de beber al malestar no iba tan mal la cosa no pero no podés traerlo a vivir con nosotros protestó Julia y qué querés el malestar no me abandona pensé seriamente en embarazarla para que un cierto malestar la habitara por 9 meses al menos ya no me dirigís la palabra Roberto lloriqueó no podía ocuparme de los dos al mismo tiempo tenía que atender a él aunque sólo fuera por cortesía de huésped a huésped las mujeres no entienden de estas cosas así que tuve que disimular sacarlo a pasear todas las noches después de la cena mientras ella se desnudaba para ponerse el camisón y acostarse era muy fastidioso además ya no podía gozar mirando su cuerpo de ella todas esas cosas fueron deteriorando nuestro amor varios meses después le dije voy a la cola de la focilona vos estás loco con este frío que pelo como si de pronto le hubiera hecho una proposición demasiado aberrante fuera de lugar es que ni ella ni nadie conocía mis planes que eran bien sencillos rigurosamente científicos todo basado en un

problema de masas estuve lo suficiente en la cola como para sentirme rodeado por el malestar colectivo suponía que el asunto se arreglaría igual que cuando de chico se me pegaba un pedazo de chicle o de plastilina en los dedos la única manera de sacármelo era pegándolo a un trozo mayor de esta forma resultaba posible que mi malestar se adhiriera en el popular y colectivo arrancándose de mí cuando abandonara el lugar sorpresivamente casi resultó porque aquella noche llegué magníficamente bien a casa sin nada que me acompañara fuera de mi sombra pasamos una hermosa noche con Julia recordando tiempos idos todo parecía arreglado pero volvió a caerme encima al salir de casa por la mañana fue así como me convertí en el tipo más absurdo de la cola donde ocupaba el último puesto todas las noches sin conseguir avanzar nada sino retroceder noche a noche una punta de cuadras qué pasaba con la masa que no conseguía retener un pequeño trozo de malestar pensé que mi problema era individual por lo tanto de carga eléctrica negativa que el malestar colectivo debía tener la carga positiva eso en vez de explicar el problema lo hacía más incomprensible llegué a pensar que al fin y al cabo mi malestar sería positivo también pero no sabía encauzarlo no quería meterme en honduras seguir más adelante todo esto bastó para que se tejiera un mito conmigo y la cola que no vale la pena desmentir después que hasta salió en los diarios ahora que estoy en otra cosa cuando uno decide llevar las cosas hasta el fin puede muy bien conseguirlo o no poco a poco fui descubriendo que el malestar si me quedo sin cigarrillos me tiro del tren parece que me alcanzarán también los tragos que nunca son suficientes pero estamos en una situación contingente como se dice transformado en náufrago en la isla Del Malestar decidí fabricarme una buena idea a su bordo lanzarme al mar hasta tocar tierra firme sólo tres pasitos de tierra natal gracias a esa idea bastante sencillita con una tuerca en la parte superior como válvula de escape o seguridad para el caso de que fuera muy explosiva se basaba en la antimateria los mundos paralelos vaya a saber en qué porque todo era empírico dadas las circunstancias consistía en inventarme como negativo así habría muchas posibilidades de que surgiera un contrario en alguna parte que fuera mi positivo viviera lo contrario que yo entonces instalado en el Ejército de Salvación para borrar todas mis huellas esfumar pistas aterrizando en mi sueño por las mañanas venía el viejo sin dientes a despertarme rezongando a las 6 me tenía que poner el uniforme cargar con el bombo hasta el patio donde todos arrojaban sordas chispas de reproche sobre mi facha de hermanito descarriado bom bom el clarín la trompeta o lo que fuera estaba helado se mandaba cantidad de gallos adecuados a la hora recién podíamos ponernos un poco de acuerdo entonar cuando en el cielo pasen lista yo estaré o adorar a Cristo aunque ya no recuerdo nada de nada vale ahora perder el tiempo con historietas sin mayor sentido la idea era concretamente llevar hasta el fin todas mis cosas negativas para posibilitar que otro recogiera lo bueno convertirme heroicamente en antihéroe así es la cosa muchacho le diré luego de inventarlo en la funeraria de construirlo con la misión de repensarme lo más prolijamente posible hasta un par de jóvenes secretados por mi cerebro pueden ser tremendamente reales como ahora se acostumbra no me digan que no sería bueno encontrar a ese tipo buscado por la historia gracias a mi modesta desinteresada colaboración no hay de qué asustarse total yo ya no sirvo para nada mi secreto impedirá que alguien rompa la magia

pronunciando la palabra holocausto qué mierda me vienen con eso ahora que toditos nos conocemos ¿eh, mis muy queridos sátrapas mis malas bestias mis conciencitas remolonas? ¿eh, manga de cómplices de cagones? mis despistados ¿eh? aquí lo tiene ya no se puede creer en ningún tipo de paz justo cuando estaba por agarrar un sueñito de segunda clase tenía que venir el inspector para dejarme un círculo vacío en mi boleto junto al corazoncito del guarda gordo la tipa se vuelve a reír en foráneo ya falta poco para que se termine toda esta cuestión de horas habrá llegado la noche estaré descansando con abuelo aspirando vestigios épicos de sus historias postergadas por generaciones ablandadas a progreso y comida eran otros hombres más hombres los nuestros cuando se levantó Aparecido Montalvo yo era un chiquilín mi hermano coronel de Montalvo consiguió deslumbrarme con sus arreos de batalla Robertito algún día podrás comprenderlo éramos un grupo de gauchos brutos puro sentimiento patrio agallas al cuete pero al menos nos movíamos sobre la tierra buscando algo apenas vislumbrado entendés mocoso como era yo en ese entonces no me interesaba para nada la política pero tampoco era cuestión de quedarse papando moscas como revolucionarios de capirote como los de ahora tipos que piensan mucho quién sabía pensar en aquellos tiempos de meros hechos nadie muy pocos formábamos aquel grupo empecinado harapiento casi limitado a lo que hoy llamarían presión política o vaya a saber cómo lo curioso del asunto estaba en que nuestra acción era muy propia de aquella época al mismo tiempo resultaba anacrónica imposible darte una explicación nosotros marchábamos hacia la capital armados a guerra muchas lanzas pocos fusiles suficientes caballos algunas batallas menos que decisivas simplemente hostigábamos hasta donde era posible la genialidad de Montalvo nadie se animaría a discutirlo estaba en las retiradas experto maestro en retiradas sin perder un solo hombre sin permitirle al enemigo hacer su capricho cazar pescar andar a caballo cohabitar con la rudeza todo esto era lo que me atraía a mí que no comprendía otra cosa ahora sólo me queda recordar emborracharme quien me quita sin embargo aquel mugriento esplendor que tercamente busco en vano en tu futuro mimado tal vez mamá fuera la única que lo comprendía mientras que papá asumía el desprecio del despreciado cajetilla como lo consideraba abuelo sin apelaciones yo pagaba por mi admiración cada vez más echado de lado por papá cada vez más protegido por mamá mujer de belleza inconciente antigua inmemorial como ciertas estatuas conmigo igual que esas gallinas indefinidamente cluecas pura bondad darse hasta la misma asfixia del ser amado y la propia consunción cómo estarán aquellos campos de Sitiecito sus cielos rara vez plomizos qué chiquilín soy uf tenía que ponerme el revólver en la cintura hasta dejármela magullada en lugar de colocarlo en el bolsíllo mejor será que quede allí causando menos molestias que si me pongo a mudarlo y lo advierte alguna vieja uno de esos alcahuetes espontáneos armando un lío porque por una vez decidí decirle lo que pensaba sobre sus películas sus contratos fraguados por el abuso adoptando el papel de ofendidísimo Rizzuto El Magnánimo magno irreprochable dentro de 110 kilogramos reto luciendo anillo de piedra negra chata rectangular lápida de todo cuanto tuviera algo que ver con el arte y poco con el negocio me di el gusto al menos de relajarlo en su relamido rostro fingidor de adecuadas convenciones redituables crug crug reviento de hambre ya está

cayendo el sol y no ha de faltar mucho lo bueno que tengo ya un panorama en claro bastante honesto conmigo mismo me falta lo más duro no tengo perdón de quedar en falta de coraje por qué no admitir confesarme que Julia me debe de haber abandonado por otro tipo hasta tanto no me animé no quise verla porque me habría entregado al fracaso puedo permitirme a! menos así fracasarme elegir un poquito no ser fracasado ejecutado flotar a la deriva hasta la destrucción no elegida no eso sí que no tengo unas horas de hombre muy poco para optar pero muy más que nada elegir por ejemplo la casa funeraria la muchacha azorada el pibe engominado innominado dado pavo crearlos minuciosamente pensar que me pensarán finalmente termino obligado a creer en alguien en algo aunque no existan ni las más dudosas probabilidades de que pueda ocurrir a un costado del mundo una incierta realidad que me contradiga contraponga fines valiosos contramarche regrese contraiga compromisos contrapese iniquidades allí está allí está la mancha de Sitiecito el corazón me late después de tantos años añares que no nos vemos cómo andás qués de tu perra vida y no cambiaste nada tus calles polvorientas tus inocentes pretensiones de aldea el lento transcurrir de tus vecinos la quieta actividad las cofradías aquí estoy yo mirame un estropajo por sonrisa ciego tajo miserable ya veo tus casas regreso por las buenas a la mala noche cuando vine a nacer estaba ya esqueleto naciente vengo a verte con ojos que escatiman realidades de este tiempo juguete reversible de dos niños terriblemente solos piensan contra el viento y la marea historias de ida vuelta querré tener del otro lado rebotado cuantimás seré nada feliz si tengo suerte muerte abierta lujo hoy día que ni siquiera se paga con la vida entra en mis pulmones perfumada de tus primeros jardines ya soy nada feliz como te dije una nada buscándose en la nada atiborrada por mi fantasía que se pasa ya estoy ya llego a tus andenes me amaino me domino bajo impasible solitario en este viejo nuevomundo donde mi último mutis conocerá la gloria del silencio elogio mayor que aplausos piensen en mí no me abandonen así todo fané como me encuentro al final al principio de las cosas payaso jubilado que desfila anuncia confía duda cargando un cartelito desvaído en que letras torponas me olvidan me apartan me condenan indican:

por duros sufrimientos no está gratis la cosa vendrá el tiempo del hombre macanudo